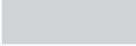


**Intelectuales
y políticas**
de comunicación
en **América
Latina**

REFLEXIONES SOBRE
ANTONIO PASQUALI



Sanchez Navarte,
Emiliano



Intelectuales y políticas de comunicación en América Latina

REFLEXIONES
SOBRE ANTONIO PASQUALI

Sanchez Navarte, Emiliano

Sanchez Navarte, Emiliano

Intelectuales y políticas de comunicación en América Latina : reflexiones sobre Antonio Pasquali / Emiliano Sanchez Navarte. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Periodismo y Comunicación Social, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-34-1955-7

1. Comunicación. 2. América Latina. I. Título.

CDD 320.014

Prólogo **Agradecimientos** **Introducción**

Capítulo I

Qué hacer con los medios: la intervención estatal entre la revolución y la dependencia

Pasajes intelectuales. De la filosofía a la información audiovisual
Los medios en las tramas de la revolución
La comunicación entre lo local y lo transnacional
Comunicación y cultura de masas en los debates regionales
Una política para la producción cinematográfica
Renovación universitaria y desplazamientos teóricos
Recepción de McLuhan desde el prisma frankfurtiano

Capítulo II

De la investigación académica a las políticas estatales de comunicación

Entre la gestión universitaria y las redes académicas de comunicación
Un instituto para investigar la comunicación
La intelectualidad venezolana y las políticas estatales de radiodifusión
Dilemas intelectuales sobre la política estatal y la visita de McLuhan
Condiciones e imposibilidades de la conferencia de Costa Rica
Comprender la comunicación. Crítica y balance

Capítulo III

¿Qué Estado para la comunicación? De las ruinas neoliberales a las políticas del chavismo

Estado y políticas de comunicación. Interrogantes
postdictaduras

Repensar el mercado comunicacional: desmonopoli-
zar y desgubernamentalizar

La democracia amenazada por el “pensamiento único”
y la *global village*

Reconfiguraciones del campo político y dilemas
emergentes

Después del Golpe. Políticas estatales y reposiciona-
mientos intelectuales

Telesur: la transnacionalización del debate cultural
e intelectual

El cese de las actividades de RCTV y después

Palabras finales

Referencias bibliográficas

Prólogo

¿Cómo se organiza una investigación, cómo se estructura, cómo se piensa, cómo se indaga en 2020, cuando gran parte del archivo que creíamos imposible conseguir, hoy se presenta digitalizado?

La transformación que ha vivido el modo de investigar ciencias sociales y, por ende, comunicación, en las últimas décadas, a partir de la digitalización, Internet y la profusión informativa nos permite acceder a documentación digital directa que antes era imposible. O que sólo lo posibilitaba contar con recursos propios, becas o apoyos económicos que nos permitieran hacer residencias de investigación en las bibliotecas o centros de documentación con mayor concentración de información como, por ejemplo, la Universidad de Texas, la Universidad Autónoma de Barcelona u otras enormes en el mundo.

Pero en la actualidad, por ejemplo, se accede a 17 publicaciones de Wilbur Schramm en la Unesco y se analiza la trama de creación de CIESPAL, tan importantes para comprender la atmósfera de interpretación de la primera contribución del pensamiento comunicacional latinoamericano, *Comunicación y cultura de masas*, de Antonio Pasquali, que con tanta destreza este libro interpreta.

Es decir, la Teoría del desarrollo de Estados Unidos aplicada a América Latina, bajo la capa de invisibilidad de origen y de protección simbólica de la UNESCO, hoy puede ser analizada desde sus producciones previas al libro *El desarrollo de las comunicaciones y el proceso de desarrollo*, de Schramm, abarcando también, de este modo, su proceso de adecuación.

Sin embargo, esta investigación, producto de la Tesis Doctoral de Emiliano Sánchez Narvarte, revela un deseo por seguir desarrollando una investigación claramente artesanal, comprometida con el dato directo y enlazada con las contribuciones de quienes pueden ofrecer una reflexión original. De allí el esfuerzo notable del autor al recorrer Latinoamérica y, particularmente, Venezuela, en busca de fuentes propias, a partir de su maestría en el uso de la entrevista académica que habilita la palabra de los protagonistas.

En el tiempo del acceso, para lo que saben navegar como diría Jorge González, en las aguas procelosas del océano de la web, el Dr. Sánchez Narvarte decide explorar por *motu proprio*, contactando con su campo

material, desde sus memorias y su complejidad.

También hay que valorar, una vez más, la comunidad de sentido. Porque este libro no hubiese podido contar con esta lectura comprometida, con los distintos aportes que produce, si no hubiese sido parte de una institución que fue la pionera en constituirse como tal en unidad académica específica en el país (1994), así como lo fue en la creación de la primera Maestría (1996) y el primer Doctorado específico (2002) en el ámbito nacional.

Y, como sabemos, esas semillas germinan y se multiplican en las relaciones nacionales e internacionales con referentes del campo, en grupos de investigación genuinos y en los Centros e Institutos de Investigación que alimentan estudios como el del autor, que conforma el núcleo inicial del Instituto de Investigaciones en Estudios de Comunicación Aníbal Ford de la UNLP.

Ese trabajo recorre distintos aspectos claves que permiten habilitar sentidos para densificar núcleos de interpretación del campo de la comunicación en nuestro continente.

Sabemos, desde Schmucler en 1984, que comunicación /cultura están unidas. Ford le agregó información y este material, para pensar nuestro campo intelectual, sin duda le agrega Política. Esa articulación es clave y fundamental para comprender el vértigo de los procesos que atraviesan siempre la realidad latinoamericana.

La presencia de un inicio devorador y un final insondable constituyen la trayectoria de Antonio Pasquali como un capítulo fundamental de la comunicación de América Latina. En su derrotero intelectual se inscriben muchos de los ropajes que han tenido que vestir muchas de las grandes figuras del campo de la comunicación con sus aportes, desgarrs y contradicciones.

Esos ropajes responden a distintos aspectos: la sobrevivencia, la resistencia a la persecución, la transculturalidad del exilio, el atravesamiento del dolor por la generación perdida y los cambios ideológicos. Y de esos desgarrs se compone su complejidad.

Por estas razones este libro puede servir también como metáfora de interpretación de posicionamientos intelectuales actuales signados

por las pasiones cercanas a emblemas europeos o estadounidenses y que, a su vez, son vehementes críticos de cada avance que se logra en los países de América Latina, multiplicando la cita volteriana acerca de que lo mejor es enemigo de lo bueno.

Y quizás esta producción sea un aporte sobre los itinerarios intelectuales en plural. Y en América Latina, continente con el mayor índice de desigualdad, ¿qué es ser un intelectual crítico?

¿Quién ejerce mejor su función? Quien critica distinguidamente a los gobiernos populares por adherir a la concepción de que la independencia del intelectual está por sobre todo y luego, sin ruborizarse, acepta un contrato de asesoría de esa misma línea de gobierno o aquel que se beneficia de los medios de comunicación que en sus investigaciones critica para luego ser contratado por instituciones cooptadas por esos poderes económicos y que las figuras de esos intelectuales contribuyen a lavarles la cara. ¿O es el que prefiere sacarse fotos con dirigentes de la izquierda testimonial pero recibir subsidios de los grupos concentrados de la economía mundial que, obviamente, nunca se evidencian ni se inscriben en sus CV?

¿O cumple mejor su función el que planta bandera en una posición y defiende desde ese lugar su mirada sobre la realidad social?

¿Cumple mejor su función de intelectual, entonces, aquel que tiene mejor capacidad de disimulo y desarrollo de una hiperhipocresía o quien se expone a cuenta de arriesgarse al menoscabo ante un cambio de hegemonía?

De algún modo, el derrotero de Antonio Pasquali que presenta el autor ayuda a mirar con el rabillo del ojo sartreano estas mediaciones, estas evidencias ocultas por mucha presencia desinformativa en redes sociales o anti-sociales.

El gran tributo de este material consiste en haber recuperado la importancia de su visibilidad, de enfrentar esta secuencia compleja y desarrollar un revisionismo honesto y con una identidad muy definida. Sin dudas, un aporte valioso al escenario disciplinar de las últimas décadas.

Alfredo Alfonso

Agradecimientos

Este libro es resultado de una investigación que he realizado en el Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder Aníbal Ford, de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata. El Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) me otorgó una beca doctoral para llevarla a cabo. Quiero reconocer a Florencia Saintout, directora del Ford, por su acompañamiento como directora de beca. Este estudio también le debe varias de sus reflexiones a las sugerencias que Jorge Huergo me efectuó cuando empezaba a dedicarme a la tarea de investigación en el año 2013. Un reconocimiento especial merece Mariano Zarowsky, director de la tesis, a quien le agradezco la disposición a acompañarme en el proceso de investigación, a leer atentamente, sugerir preguntas y materiales bibliográficos. Mis agradecimientos a Mauricio Schuttenberg, que codirigió el trabajo doctoral.

Agradezco a las autoridades de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social: a su decana, Andrea Varela; al vicedecano, Pablo Bilyk; al director de Ediciones de Periodismo y Comunicación, Ulises Cremonte, que me alentaron a escribir y publicar este libro. También quiero reconocer el trabajo de la secretaria de Investigación, Daiana Bruzzzone; de la secretaria de Posgrado, Lía Gómez; y de la coordinadora del Ford, Rocío Quintana, que sostuvieron los espacios de investigación en contextos difíciles para la labor académica e intelectual. Entre los años 2015 y 2019 experimentamos en el país muchas dificultades en todos los espacios de la vida social, y la educación y la producción de conocimientos no fueron la excepción. En ese tiempo hostil, la Facultad siempre acompañó y fomentó el desarrollo de la investigación científica.

Antonio Pasquali me abrió las puertas de su casa en Caracas y me brindó su testimonio en reiteradas oportunidades entre los años 2015 y 2016, además de facilitarme el acceso a fuentes y materiales de archivo que fueron imprescindibles para este trabajo. Mi reconocimiento tanto a él como a quienes en Venezuela colaboraron con la reconstrucción de su itinerario y me ofrecieron sus testimonios o materiales de archivo para que pueda interpretarlos: Benjamin Santaella, Elizabeth Safar, Jesús María Aguirre, Marcelino Bisbal, Alfredo Chacón, Ovidio Pérez Mora-

les, Carlos Guzmán Cárdenas y Bernardino Herrera.

Con amigos/as y compañeros/as del Ford dialogué y discutí sobre distintos aspectos de este trabajo y me alentaron en todo momento: Guille Romero, Sofi Bernat, Serguei Komissarov, Sol Logroño, Giuli Pates, Candé Luquet, Gonza Mamani y Daro Medina. Agradezco las sugerencias de “Les tesisas salvajes”, Sil Casali, Vale Vivas Arce y Juan Artero, por sus comentarios al capítulo III. También compañero/as del Ford, militamos los encuentros de los miércoles, espacio de lectura e intercambio de nuestras producciones que surgió en tiempos de largo aislamiento.

Fueron muchas las personas que realizaron aportes relevantes para esta investigación, ya sea en diálogos informales, *de pasillo*, en clases o en otras instancias de intercambio académico; entre ellas: Alfredo Alfonso, Nancy Díaz Larrañaga, Silvia Elizalde, Carlos Mangone, Silvia Delfino, Martín Becerra, Carlos Ciappina, Raúl Fuentes Navarro, Erick Torrico Villanueva, Víctor Lenarduzzi, Federico Rodrigo, Josefina Bolis, Tomás Viviani, Daniel Badenes, Valerio Fuenzalida, Claudia Villamayor, Natalia Aruguete, Carlos Vallina, Virginia Cáneva, Bianca Racioppe, Kevin Morawicki y Anahí Angelini.

Y finalmente, y no por eso menos importante, quiero agradecer a Victoria Schroeter, gran compañera, con quien conocimos Venezuela allá por el año 2015, primera lectora y crítica, que estuvo conmigo en todos los momentos que atravesaron este arduo trabajo intelectual.

A ella le dedico este libro.

Tolosa, julio de 2020.

Introducción

Este libro presenta algunos tópicos trabajados en mi tesis titulada *Antonio Pasquali, un itinerario intelectual transnacional: comunicación, cultura y política (1958-1989)*, defendida en abril de 2020, en el marco del doctorado en Comunicación de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la Universidad Nacional de La Plata.¹ A diferencia de esa investigación, aquí la trayectoria académica y las conceptualizaciones del teórico venezolano Pasquali, además de ser estudiadas, serán una *puerta de entrada* para pensar los nudos problemáticos que han surgido en la relación entre intelectuales y políticas de comunicación en América Latina, desde mediados del siglo xx hasta la primera década del siglo xxi.

No pretendemos hacer un análisis histórico de las políticas de comunicación, sino más bien pensar cómo en el devenir de los problemas y dilemas que atravesaron a una franja de la intelectualidad venezolana –y latinoamericana–, el campo de las regulaciones estatales del mercado comunicacional se fue convirtiendo en un espacio de disputa e intervención, un campo de problemas teóricos y políticos desde el cual incorporarse a los debates públicos por transformar y democratizar la producción cultural. Como veremos, Pasquali tuvo una destacada participación como promotor y militante de la democratización del mercado de bienes simbólicos a partir de su inserción en distintos movimientos culturales y políticos. Por ello es que analizaremos la obra y la trayectoria intelectual de Pasquali en relación con la de un conjunto de intelectuales que se ocuparon de pensar e intervenir en la formulación de políticas de comunicación en América Latina. Entendemos que esta puesta en relación nos permitirá dar cuenta de los entramados más amplios que operaron como condición de posibilidad de las conceptualizacio-

¹ El jurado evaluador estuvo compuesto por la doctora Josefina Bolis y los doctores Federico Rodrigo y Víctor Lenarduzzi.

nes y teorizaciones de Pasquali sobre la relación entre comunicación, cultura y política.

Vamos a trabajar tres momentos de su trayectoria político-cultural y de su producción teórica. En el capítulo I, “Qué hacer con los medios: la intervención estatal entre la revolución y la dependencia”, analizaremos las conceptualizaciones de Pasquali acerca de la cultura y la comunicación, en un período que va desde mediados de los años cincuenta hasta finales de los sesenta. Esta periodización posibilitará conectar sus trabajos con los debates que ocupaban a una franja de la intelectualidad en torno a la producción audiovisual, las incipientes formulaciones sobre regulaciones estatales y las problemáticas emergentes sobre la cultura de masas. Consideramos que en Venezuela la reflexión sobre la comunicación emergió tendiendo a la formulación de nuevas estrategias teóricas y fundamentalmente políticas. Fueron interpretaciones que no estaban destinadas simplemente a ofrecer una representación de los problemas vinculados a los medios masivos, la cultura de masas, la ideología o la política, sino que también ofrecían una orientación para actuar conforme a la crítica que se desprendía de dichas representaciones.

Pondremos de relieve que el pensamiento de Pasquali no se elaboró desde el exterior de los movimientos intelectuales y culturales de los que participó, sino *en su interior*. En este sentido, entendemos que operó una doble dialéctica: la política se configuró como una *disposición hermenéutica* –construida en la intersección de múltiples espacios–, productora de miradas y lecturas de los procesos sociales, y puntualmente de eso llamado “comunicación” –*a posteriori* en términos disciplinares–, y la “comunicación” como zona estratégica desde la cual pensar los procesos políticos. La comunicación pasó de ser percibida como un problema eminentemente político para devenir un problema, *simultáneamente*, político y académico. Un proceso de doble legitimación: algo sobre lo cual discutían referentes políticos en espacios y términos académicos y algo que podía ser discutido por académicos/as en términos y espacios político-culturales.

Desde su participación en distintos proyectos culturales, Pasquali se incorporó activamente en los debates políticos de la sociedad venezolana en un campo cultural trazado por discusiones alrededor de la reorganización de la democracia –tras diez años de Gobiernos militares–, la

necesidad de modernizar la producción cultural e intelectual, y la emergencia de movimientos radicalizados –más o menos orgánicos con los grupos guerrilleros–. Varias de las discusiones en las que participó se condensaron en sus trabajos *Comunicación y cultura de masas* (1964) y *El aparato singular* (1967).

En el capítulo II, “De la investigación académica a las políticas estatales de comunicación”, analizaremos la participación de Pasquali en una diversidad de espacios institucionales –nacionales e internacionales– interpelados por la pregunta en torno a la relación entre comunicación y regulación del sistema de medios. Durante estos años, que van aproximadamente desde 1970 hasta 1978, se produjeron intensos debates sobre la investigación en comunicación. Se fue estructurando una red de estudios a escala nacional, que problematizó la relación entre medios, cultura y comunicación. Paralelamente, hacia 1974, el Gobierno venezolano dispuso de un conjunto de políticas a través del Consejo Nacional de Cultura (CONAC), que apuntaron a la reorganización de la producción cultural, específicamente en lo que se refiere al cine, la radio y la televisión. Desde el CONAC se incorporó a distintos/as intelectuales e investigadores/as. Pasquali fue convocado a dirigir el Comité de Radio y Televisión que redactó el “Informe Ratelve” entre 1974 y 1975, un proyecto que pretendió delimitar una nueva política para la radio y la televisión del Estado venezolano. La *incorporación de los/as intelectuales a la formulación de políticas estatales* fue uno de los ejes polémicos que atravesaron las páginas de las revistas especializadas en comunicación fundadas hacia aquellos años.

En el capítulo III, “¿Qué Estado para la comunicación? De las ruinas neoliberales a las políticas del chavismo”, vamos a trazar y analizar la trayectoria intelectual y la producción académica de Pasquali desde principios de la década del noventa hacia los primeros años del siglo xxi. Este período nos va a permitir dar cuenta de los dilemas emergentes que fueron atravesando a la intelectualidad venezolana –y latinoamericana– respecto a una serie de problemas que ocuparon la agenda de reflexión y de intervención del campo cultural. Recuperaremos algunas discusiones acerca de la relación entre Estado y políticas de comunicación que se dieron entre mediados y finales de los años ochenta. Ello nos habilitará a desarrollar algunos desplazamientos conceptuales y políticos que interpelaron a los/as académicos/as e intelectuales de la comunicación

en la región, tras el ascenso de las dictaduras y el posterior retorno de la democracia en América del Sur. Luego analizaremos las discusiones que se dieron en Venezuela a principios de la década del noventa a partir del *gran viraje neoliberal* que marcó la agenda del por entonces Gobierno venezolano. En esta trama, inscribiremos la producción teórica de Pasquali respecto a la necesidad de pensar una noción de *servicio público de la comunicación*, en un contexto en el cual participará activamente del debate cultural y político como director del Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público.

Nos preguntaremos, por último, acerca de las reconfiguraciones en la relación entre intelectuales y política luego del ascenso de Hugo Chávez a la presidencia de la nación en 1998. Tras el golpe de Estado de abril de 2002, el Estado nacional tomó una serie de medidas en el plano político-económico, cultural y comunicacional, que reordenaron las reglas del juego democrático. Nos interesa analizar, siguiendo esa hipótesis, qué modalidades de pensar las políticas públicas de comunicación surgieron en un sector de la intelectualidad venezolana, en el que se encontraba el propio Pasquali. La radicalización creciente de las tensiones entre el campo político y el campo económico surcará los posicionamientos históricamente estructurados de los/as intelectuales, generando nuevas preguntas y discusiones sobre la regulación en el campo de las telecomunicaciones, la libertad de expresión y el acceso y participación de las mayorías populares en los procesos comunicacionales.

Este trabajo se sitúa y dialoga con las distintas investigaciones que indagan sobre la historia intelectual y cultural de los estudios en comunicación en América Latina (Zarowsky, 2013, 2017; Ciappina, 2015; Diviani, 2019). Su aporte consiste en explorar su contexto de emergencia histórico-social y, al mismo tiempo, analizar las dinámicas específicas en las cuales –en un entrecruzamiento de instituciones académicas, formaciones culturales y las lógicas del campo político– se fueron produciendo saberes sobre la comunicación entre la década de 1960 y los primeros años del siglo xxi. En este sentido, consideramos que dar cuenta de la formación histórica de un campo de saberes específicos permite visibilizar la emergencia de discursos especializados y, a la vez, iluminar entramados político-culturales más amplios.

Capítulo I

Qué hacer con los medios: la intervención estatal entre la revolución y la dependencia

Pasajes intelectuales. De la filosofía a la información audiovisual

Antonio Pasquali llegó junto a su familia a Venezuela en febrero de 1948. Provenientes de la ciudad italiana de Rovato, y producto de las vicisitudes experimentadas a lo largo de la Segunda Guerra Mundial, sus padres accedieron a la oferta de las embajadas latinoamericanas que buscaban inmigrantes para trabajar en estas latitudes. El vivir en las “comunidades agrarias” creadas por el Gobierno de Rómulo Gallegos se presentaba como el mejor destino para esta familia italiana con sus tres hijos.²

Dos años después, en 1950, Pasquali ingresó a la Escuela de Filosofía de la Universidad Central de Venezuela (UCV), espacio educativo que estaba constituido por una trama de tensiones. La relación entre el poder político y el mundo académico fue trazando de manera particular los debates y movimientos en el interior de la universidad en un contexto represivo sobre la vida intelectual a lo largo de la década del cincuenta.

² Durante la presidencia de Gallegos se promulgó una reforma agraria por la cual – si bien no llegó a aplicarse en su totalidad producto del golpe de Estado de noviembre de 1948–, desde el Instituto Agrario Nacional, se llegaron a “repartir” más de setenta mil hectáreas entre seis mil familias. Se pretendió fomentar la creación de “comunidades agrarias” para propiciar la producción cooperativa (López Portillo, 1986, p. 35).

El Gobierno militar, dirigido entonces por el presidente Marcos Pérez Jiménez, se caracterizó por políticas modernizadoras y desarrollistas de corte nacionalistas, marcadas por un proceso de industrialización (Velázquez, [1976] 1979, p. 151; López Portillo, 1986, p. 7; Coronil, 2000, p. 171; Castillo, 2011, p. 4). De todos modos, si bien operó coercitivamente en algunos aspectos, a lo largo del perezjimenismo emergieron ciertos discursos especializados y diversas actividades culturales (Vivas Lacour, 2009, p. 95). Aun con la presión ejercida sobre la universidad y en general sobre la vida política, que había conllevado a la disolución de partidos como Acción Democrática (AD) y el Partido Comunista de Venezuela (PCV), el historiador Ramón Velázquez sostiene que la dictadura en su etapa perezjimenista, “salvo algunas excepciones, no se preocupó del problema ideológico” ([1976] 1979, p. 151).

Tras obtener la licenciatura en Filosofía en la UCV, en 1955 Pasquali viajó a Europa a doctorarse. En su testimonio retrospectivo, recuerda que producto de sus buenas calificaciones obtuvo un subsidio de la UCV, y la embajada francesa en Caracas le concedió una beca que le permitió pagar el alquiler de una pensión en París.³ En su viaje formativo se fue acercando a los debates que la intelectualidad francesa estaba planteando acerca de la producción audiovisual. En ese contexto de finales de los años cincuenta, se inscribió en unos cursos bianuales –por fuera del programa del doctorado en Filosofía– que se dictaban en el Instituto de Filmología perteneciente al Centre Audio-visual de Saint-Cloud de la Facultad de Letras, dirigido por Gilbert Cohen-Séat. En estos cursos se discutía y conceptualizaba sobre el fenómeno audiovisual, la cultura de masas, la cinematografía y la radio. En el Instituto, Pasquali presentó una tesis titulada *Notes pour une théorie de l’objet filmique*⁴ y tuvo como profesores, entre otros, a Georges Sadoul, Henri Dieuzeide y Edgar Morin. Pasquali recuerda que frecuentó a lo largo de dos años la Cinémathèque Française de París. En torno a ella se fue conformando

³ Entrevistado por el autor, 3 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

⁴ “Attestation”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo” (Archivo Histórico de la FH y E, UCV).

un grupo de críticos denominados como “Nouvelle vague”, provenientes de la Escuela de Cine de Francia y organizados en torno a la revista especializada *Cahiers du Cinéma*. Pasquali sostiene que, al frecuentar estos espacios entre 1955 y 1957, compartió la asistencia a films y debates con Éric Rohmer, Claude Chabrol y Jacques Rivette, entre otros.⁵ La estadía en Francia le permitió insertarse en una serie de importantes discusiones acerca de la producción cinematográfica.

Uno de los tópicos emergentes en las aulas del Instituto de Filmología se vinculaba al hecho de pensar al cine como objeto de estudio de la realidad social. Circulaban interpretaciones y textos de Morin sobre los condicionamientos sociales de la producción audiovisual; también de Sadoul sobre la historia social de la cinematografía. Las clases con ellos interpelaron a Pasquali. Según recuerda el filósofo venezolano, Morin – una de las figuras del Saint-Cloud – acostumbraba a comentar y discutir en sus clases los capítulos que estaba preparando para su trabajo *Le cinéma ou l’homme imaginaire*, publicado en 1956.⁶

Otro de los debates tenía como epicentro la cuestión de si la televisión potenciaba los procesos educativos. En este marco, la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) realizó una serie de proyectos de investigación en Francia –entre otros países– dirigidos por Joffre Dumazedier⁷ con el objetivo de ayudar a sus Estados miembros a desarrollar políticas referidas a la televisión en relación con la educación, la ciencia y la cultura (UNESCO, 1953, p. 2). Uno de esos trabajos, luego sistematizado en el libro *Televisión y educación popular* (1956), tuvo como fin estudiar “si los medios de difusión podrían servir para elevar el nivel cultural de los pueblos” (Dumazedier, 1956, p. 21). La investigación consistió en la realización de transmisiones

⁵ Entrevistado por el autor, 3 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

⁶ Entrevistado por el autor, 3 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

⁷ Estas discusiones circulaban por el Instituto porque Dumazedier era miembro del Centre d’études sociologiques perteneciente al Centre National de la Recherche Scientifique (CNRS), al igual que Morin, que también participó del proyecto.

⁸ El destacado de la cita nos pertenece.

experimentales de cineclubes en pequeños pueblos rurales. Los temas centrales que allí se emitieron estuvieron vinculados a “la *modernización* del trabajo rural y de sus condiciones técnicas, económicas, sociales y humanas” (p. 23).⁸ Los/as investigadores/as pretendían obtener información del cambio actitudinal de los/as cultivadores/as en torno al desarrollo de las técnicas agrícolas para dar cuenta de los efectos producidos por la televisión. Consideramos que la experiencia filmológica francesa, las instituciones y formaciones culturales en las que participó, situó a Pasquali en un particular campo de enunciados en el que circuló la problemática cinematográfica en particular y de los medios masivos en general, con sus modalidades diferentes de abordarlo.

Pasquali regresó a Venezuela en 1957, unos meses antes de la caída del Gobierno de Pérez Jiménez en enero de 1958. Con el retorno a la democracia se produjo una importante reconfiguración de la relación entre el campo académico e intelectual y el campo político. A nivel universitario, bajo el Gobierno provisional de Wolfgang Larrazábal, se decretó la Ley de Universidades que restableció la autonomía universitaria, la gratuidad de la enseñanza y “el carácter democrático y popular de la universidad” (Rodríguez, Villegas & Reyes, 2000, p. 21). La UCV se reorganizó internamente en cuanto a su estructura y funcionamiento, la composición, funciones del personal docente y de investigación (Moreno, 2008). Se creó, además, el Consejo de Desarrollo Científico y Humanístico.

Por otro lado, las nuevas formas de saber requerían de una *expertise* apoyada en fundamentos teóricos legitimados institucionalmente. En los primeros años posdictadura se incorporaron una serie de profesores/as graduados/as y posgraduados/as en universidades extranjeras en general. Esta reorganización institucional generó las condiciones para

⁹ También ingresaron Héctor Mujica, a la dirección de la Escuela de Periodismo; Aníbal Gómez, como titular de la cátedra de Historia del Periodismo; y Federico Álvarez, como titular de Periodismo Informativo y de Opinión II. Si bien todos tenían una formación de posgrado, estos tres lo hicieron en su exilio político.

¹⁰ “Currículum Vitae”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo” (Archivo Histórico de la FHyE, UCV).

el ingreso de Pasquali al plantel docente de la universidad.⁹ La acumulación de capital cultural obtenido en Francia lo habilitó a realizar un doble movimiento al interior del campo académico venezolano. El doctorado por la Universidad de París le permitió su ingreso al seminario de Filosofía Clásica en la Escuela de Filosofía.¹⁰ La titulación en Filmología le garantizaba una competencia cultural específica que le permitió desplazarse de un campo de saberes a otro, producto, además, de la doble reconfiguración, a nivel universitario y en el ámbito de la producción cultural, de un espacio de visibilización y enunciación del cine y de la *información audiovisual*.

La inserción de Pasquali al plantel docente de la Escuela de Periodismo de la UCV permite leer ese desplazamiento. A partir de un acuerdo con Héctor Mujica, en marzo de 1958 fue designado profesor de un curso denominado Periodismo Radial, Cinematográfico y Televisivo.¹¹ Este espacio, en principio precario porque era un cursillo optativo en el currículo, se convirtió en un laboratorio de exposición y prueba de los saberes obtenidos en el Saint-Cloud. Esta cobertura institucional fue la primera plataforma desde la cual enunciarse y hacerse visible para sus colegas en los debates académicos.

Entre 1958 y 1959 Pasquali trabajó y participó en diversos espacios institucionales, y ello nos permite dar cuenta de la heterogeneidad de instancias en las que se produjo conocimiento especializado sobre lo social. Además de trabajar en la enseñanza universitaria, fue contratado como *experto* en problemáticas audiovisuales por el Ministerio de Educación de la Nación. Llegó a ese lugar a partir de lazos de amistad con el director del Gabinete del Ministerio, Gustavo Díaz Solís, también profesor de la UCV. Si bien su paso por el ministerio fue breve –de octubre de 1958 a julio de 1959– fueron meses muy intensos que lo habilitaron a insertarse en otras redes institucionales.

Las preocupaciones sobre cómo pensar la educación y los medios, así como eran un tópico emergente en Europa y para un sector de la

¹¹ De Venanzi, Francisco, presidente de la Comisión Universitaria, “Oficio A-9” (archivo personal de Antonio Pasquali).

intelectualidad latinoamericana, lo eran también en los Estados Unidos. Durante esos años el Ministerio de Educación venezolano había establecido una serie de acuerdos con la Broadcasting Foundation of America para ser asesorado en programas de “televisión educativa”, y expertos de la fundación y de la Universidad de Michigan visitaron el país (Universidad de Michigan, 1959, p. 78). En ese marco fue que el Estado convocó a Pasquali para formar un centro audiovisual y lo nombraron su primer director. Según su testimonio retrospectivo, desde el centro se produjeron materiales audiovisuales –fundamentalmente diapositivas– que complementaban la práctica educativa y se entregaban en todas las escuelas.¹²

Como parte de los intercambios entre el Estado venezolano y la fundación, Pasquali fue invitado en septiembre de 1958 a participar de un proceso formativo de dos meses en los Estados Unidos. El viaje consistió en visitar centros audiovisuales, estaciones de televisión educativa y relevar material bibliográfico. Esta red de intercambios y de cruces institucionales conformó un marco de posibilidades para problematizar la relación entre medios masivos y sociedad, y un espacio privilegiado de recepción de las nuevas tendencias y corrientes sobre lo audiovisual –tanto europeas como norteamericanas–, en una zona de saberes recientemente institucionalizada en el plano local.

Esa posición y experiencia la capitalizó rápidamente porque, a principios de 1959, el cursillo Periodismo Radial, Cinematográfico y Televisivo fue incluido en el plan de estudios como cátedra bajo la nominación Información Audiovisual. Complementariamente, fundó el Departamento de Información Audiovisual de la Escuela de Periodismo y se le solicitó que armara un espacio similar para la Biblioteca Central de la Universidad. Allí se organizó el Departamento de Información Audiovisual, que tuvo entre sus primeras actividades –análogas a las realizadas para el Ministerio– crear servicios de fotografía y microfilms, y se inició la formación de un archivo vinculado a la historia del cine venezolano.

Desde ese espacio Pasquali tuvo una destacada actividad como editor

¹² Entrevistado por el autor, 9 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

y traductor. Editado por la Escuela de Periodismo, se publicó en 1960 *Información Audiovisual*.

Antología de textos, con la selección, traducción y prólogo a cargo de Pasquali. La producción de este material se puede inscribir en una trama institucional más amplia, vinculada a la necesidad de actualizar marcos interpretativos, pero también se ajustaba específicamente a las demandas del Departamento de *Información Audiovisual*. El objetivo era producir un material didáctico y pedagógico con la idea de adoptar la “nueva actitud científica que ha puesto en tela de juicio todos los viejos conceptos de expresión, de comunicación y de información”. La antología pretendía ocupar y resolver el “grave” problema teórico vinculado a la “escasez” de bibliografía en español sobre lo audiovisual que se “padecía en Latinoamérica” (Pasquali, 1960, p. 9).

En el prólogo a *Información Audiovisual*, Pasquali dibujaba el mapa de las “novedades” en el campo de la “comunicación humana”: lo que consideraba como el “re-descubrimiento y la re-utilización mecánica de la imagen con fines informativos”. Entendía que era necesario situar a los estudios sobre la producción audiovisual y en general sobre los medios masivos en el *interior del campo de las ciencias sociales*. Planteaba que los “nuevos *mass media* audiovisuales” como el cine y la televisión habían rebasado el marco de análisis lingüístico incorporando un componente de repercusiones problemáticas: la perspectiva social. La reflexión que emergía, según Pasquali, era que a los *mass media* había que pensarlos articuladamente desde dos dimensiones: una de orden semántico y estético y otra como cuestión y praxis de las ciencias sociales (1960, p. 8). Es decir, debían ser repensados como problema analítico y como *espacio de intervención* del científico social, como espacio al

¹³ Como sostiene el investigador Jesús Aguirre (1996), desde la segunda mitad de la década del cincuenta emergió en Venezuela una línea de trabajo marcada por una preocupación “muy moralizante” de “rescatar” a los medios para usos educativos y confesionales. Estos grupos se nuclearon bajo el Centro de Investigaciones Sociales y Socio-religiosas dependiente de la Federación Internacional de los Institutos Católicos de Investigaciones Sociales y Socio-religiosas (FERES).

cual debían incorporarse productiva y creativamente los/as investigadores/as e intelectuales.

Estas consideraciones remitían a su experiencia en el Ministerio de Educación como productor de materiales audiovisuales en un contexto en el que se empezaba a problematizar la “función educativa de los medios” (Aguirre, 1996, p. 32). Tiempos en los que la intelectualidad se debatía entre la censura a los medios masivos y la crítica a la “decadencia cultural”,¹³ pero que no problematizaba, sostenía Pasquali, las *modalidades de incorporación* del lenguaje audiovisual en los procesos educativos ([1958] 1960, p. 262). Este posicionamiento frente a los debates teóricos, su orientación a la praxis, se relacionaba con los itinerarios de los referentes a los que había accedido en Estados Unidos: allí los/as expertos/as no solo producían *reflexiones teóricas*, sino que además eran activos/as participantes en las emisoras de radio y televisión. Justamente la selección de los autores norteamericanos que se publicaron en la antología indicaba esa particularidad: tenían un perfil más bien *pragmático*, pensaban *lo audiovisual* desde sus propias experiencias en el campo de la producción de la cultura masiva. Los textos norteamericanos incluidos en *Información Audiovisual* giraban en torno a la escritura de documentales y films para televisión, la expresión y comunicación mediante la representación simbólica.¹⁴

La “matriz europea” que se condensaba en la antología, en cambio, daba cuenta de otro posicionamiento. Una disposición a la teorización sobre lo audiovisual antes que incorporarse como productores. Eran preocupaciones ante la emergente transformación de la cultura en las sociedades de masas y se reflexionaba en torno a los dilemas que se les presentaban a los/as investigadores que se abocaban a los problemas

¹⁴ Sobre estos tópicos Pasquali seleccionó y tradujo los artículos de Robert Green y Arthur Swinson publicados originalmente en *Writing for Television* (Black, 1955), y el de Nelson Bond publicado en *How to Write for Television* (Hasting House, 1955). Estos libros, al igual que *Movies for TV* de John Battison –miembro de la Broadcasting Foundation of America–, fueron traídos tras su viaje a Estados Unidos.

sociales. Eran cuestiones que pretendían orientarse, sostenía Pasquali, a la “*comprensión del problema audiovisual*” (1960, p. 8). Este “comprender” requería situar lo audiovisual en una trama de dimensiones psicológicas, históricas y sociológicas. Para estos fines eran de utilidad las reflexiones de Morin sobre la producción cinematográfica entendida como representaciones humanas, los postulados de Luigi Volpicelli de hacer de la teoría filmológica una ciencia sociohistórica y los análisis de Siegfried Kracauer que postulaban al cine como síntoma de las experiencias sociales.¹⁵

En definitiva, consideramos que la yuxtaposición de artículos incluidos en la antología configuraba una *imagen del intelectual* constituida en el cruce entre el *profesional* en medios de comunicación, aquel que reflexionaba desde su posición en el interior de la producción audiovisual, y el *teórico*, que analizaba a la cultura masiva situado en la cátedra o, en líneas generales, desde el campo académico e intelectual. Eran disposiciones que, al complementarse, validaban una modalidad de intervención que ponía en valor los *nuevos* medios masivos en la producción cultural y convocaba a la intelectualidad a participar en ellos. En este contexto, Pasquali buscaba interpelar a sus colegas a que consideraran que “los intelectuales alejados” de los problemas que planteaban las modernas comunicaciones de masas ignoraban las graves implicaciones filosóficas y pragmáticas que escondía uno de los conceptos más explosivos de la época: la *información* (1960, p. 52). En este marco, las caracterizaciones aprendidas en el Instituto de Filmología le permitían afirmar que “la *información de masas*” desempeñaba “*un papel básico en la batalla de las ideas*” y que gran parte de esa información era enviada al público por medios audiovisuales como la radio, la televisión y el cine (p. 55).

¹⁵ De Morin, Pasquali seleccionó y tradujo pasajes de *Le cinéma ou l’homme imaginaire* (Les Éditions de Minuit, 1956); de Kracauer, fragmentos del libro *From Caligari to Hitler* (Princeton University Press, 1947); y del italiano Volpicelli, el artículo “La filmología como ciencia socio-histórica”, publicado originalmente en el tomo VII, n.º 25, de la *Revue Internationale de Filmologie* (Pasquali, 1960, pp. 185, 192, 199).

Los medios en las tramas de la revolución

La importante actividad de publicaciones y discusiones que tenían lugar en la universidad se dio como proceso lateral a la intensa reconfiguración del campo cultural caraqueño hacia finales de los años cincuenta y principios de los sesenta.¹⁶ Síntoma de esa efervescencia intelectual excepcional fue la vitalidad de las revistas, su número creciente y su influencia en aumento. Fueron el lugar de sociabilidad privilegiada y el soporte adoptado por una diversidad de formaciones culturales que buscaron hacer valer sus posicionamientos frente a lo que consideraban como los dilemas políticos y culturales del momento.

Esta concurrencia a la discusión intelectual tuvo su fuente en la conjugación de varias dimensiones. Por un lado, el descenso de la represión del campo político sobre la producción cultural tras el fin de la dictadura. Una segunda dimensión fue lo que Ángel Rama denominó como la “crisis de las representaciones culturales”: producto del modo en que impactó la “drástica experiencia de la ciudad” y la emergencia de la sociedad de masas, una generación de jóvenes “deseosos” de “captar la totalidad” entendió que las “herramientas teóricas” disponibles ya no explicaban la realidad y recurrían a nuevos marcos interpretativos (1976, p. 41). Y una tercera dimensión, de gran importancia, tiene que ver con las resonancias de la Revolución cubana en la política y la intelectualidad local.

En relación con las transformaciones urbanas, Pasquali recuerda que a mediados de la década del cincuenta se construía “un aeropuerto hoy, una autopista mañana. [Era] un progreso fulgurante. Caracas era un campo lleno de grúas”.¹⁷ La ciudad se convirtió en un “organismo

¹⁶ Para una reconstrucción más amplia del campo de la producción cultural en Venezuela hacia los años sesenta, ver Chacón (1971), Rama (1976), Santaella (1992), Segnini (1995), Márquez Rodríguez (1996), Vandompe (1996), Traba (2005), Carrillo (2007, 2013) y Huizi Castillo (2014), entre otros.

¹⁷ Entrevistado por el autor, 10 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

desmesurado” a partir de un crecimiento repentino proveniente de la enorme renta derivada del petróleo. Esta *muchedumbre solitaria* (parafraseando el consultado texto de David Riesman en la UCV a principios de los años sesenta –Gómez, 1965–) no presencié simplemente el crecimiento de una ciudad, sino que vio erigirse ante sí una urbe que aniquilaba su pasado rural y se rehacía aceleradamente de forma caótica y radical (Rama, 1976).

A estas dinámicas y transformaciones locales se incorporó el impacto de la Revolución cubana, en cuanto a que las tesis tradicionales del progresismo reformista o revolucionarias del Partido Comunista Venezolano “quedaron a la *derecha* del espectro político” (Velázquez, [1976] 1979, p. 230).¹⁸ Venezuela, además, fue el primer país que visitó Fidel Castro tras la revolución al cumplirse un año del fin de la dictadura de Pérez Jiménez. Fue recibido en distintos espacios institucionales y dio una charla junto a Pablo Neruda en el Aula Magna de la UCV ante cientos de estudiantes y profesores. Como sostiene Manuel Caballero, “veintitrés días después de la huida de Batista, Fidel Castro y su delegación de barbudos” realizaron “una entrada triunfal en Caracas, desbordantes de retórica antimilitarista, con la convicción de que un ejército profesional podía ser vencido” (1999, p. 18).

Durante esos tiempos “turbulentos”, como denominó Juan Calzadilla a los primeros años de los sesenta venezolanos (2008, p. xi), la actividad política e intelectual en las academias se fue radicalizando. En junio de 1961, un grupo de estudiantes de la UCV incendió el auto del embajador norteamericano (Coviella, 2015). Paralelamente, en 1962, una organización que articuló al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR), al PCV y a una fracción militar, produjo el sublevamiento del Batallón de Infantería N.º 3 en Carúpano. El Carupanazo, como se lo conoce popularmente, fue un proceso llevado adelante por el Movimiento de Recuperación Democrática. En junio de ese año, una sublevación similar se produjo en la base naval de Puerto Cabello, bajo “ideales populares,

¹⁸ El destacado de la cita nos pertenece.

nacionalistas y revolucionarios”. Estos movimientos fueron las primeras acciones de una alianza entre sectores militares, el PCV y el MIR, que dieron inicio a las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN) (Coviella, 2015, p. 28).

En este marco, sostiene Carmen Carrillo, las formaciones y organizaciones culturales se radicalizaron ideológicamente, establecieron lazos de solidaridad con los movimientos políticos de corte marxista y “comprometieron su producción con la causa revolucionaria”. Las discusiones y polémicas que desde 1958 se plantearon en el campo intelectual venezolano se vincularon a la cuestión de la “cultura nacional”, el “problema de las generaciones”, el rol del intelectual, el surgimiento de la sociedad de masas y el triunfo de la Revolución cubana (Carrillo, 2007, p. 36).

Un ejemplo de la radicalización del campo intelectual puede leerse en la revista *Crítica Contemporánea*,¹⁹ que lanzó su primer número en mayo-junio de 1960. Organizada como cuadernos bimestrales de “crítica, análisis y actualidad cultural”, el programa de la revista daba cuenta de la pluralidad de intereses del “consejo de redacción”. Todos se habían formado en la UCV, eran docentes u ocupaban otras posiciones en el interior de la universidad. Pasquali, Pedro Duno, Marisa Kohn, Juan Nuño y Federico Riu eran licenciados/as o doctores/as en Filosofía. Germán Carrera Damas primero se había formado en Derecho en París, luego en Economía en México y finalmente había realizado estudios de Historia en la UCV. Gustavo, su hermano, había optado por el camino de la literatura y era profesor en Letras, al igual que Rafael Di Prisco, que dirigía la Biblioteca Central de la Universidad. Se inscribían en la tradición sartreana del *intelectual total* que intervenía en todos los dilemas de su tiempo. El eje sobre el que se organizó la revista era la modernización de la crítica.

Respecto al “hecho cubano”, la adhesión del grupo fue en ascenso,

¹⁹ *Crítica Contemporánea* planteó una abierta polémica con otras revistas, como *Sardio y Tabla Redonda*. Ver, entre otros trabajos, Chacón (1971), Rama (1976), Carrillo (2007) y Sánchez Narvarte (2020).

tendencia que se dio en una franja del campo cultural venezolano (Chacón, 1971). Desde el número 2, los artículos y las notas sobre el tema fueron ocupando un espacio cada vez mayor. En el editorial del número 3, fijaron con mayor claridad su apoyo y criticaron la estrategia de los Gobiernos latinoamericanos que evidenciaban un “nacionalismo antirrevolucionario como procedimiento higiénico” ante Cuba. Las potencias colonialistas, se sostenía, justificaban la intervención norteamericana ante una supuesta injerencia de la Unión Soviética (*Crítica Contemporánea*, 1960b, p. 1). Uno de los problemas centrales del número 5 fueron *los medios de comunicación*. Según el grupo, la invasión norteamericana a la bahía de Cochinos había puesto en evidencia ya no solo su dominio militar, sino la “intervención cultural” (*Crítica Contemporánea*, 1961, p. 1): se trataba de una “imposición de ideas, principios y actitudes mediante sometimiento a una esfera de influencia, [del] monopolio de las fuentes de información”. Durante el asalto norteamericano –consideraba el grupo–, únicamente había representantes de una “prensa facciosa” que deformaba la realidad de acuerdo a los intereses imperialistas. Esto imponía la “urgente necesidad de producir fuentes objetivas o propias de información” de acuerdo a las necesidades de “los pueblos latinoamericanos” (p. 2).

En el mismo número, Pasquali presentaba una serie de interrogantes sobre las características y el rol de la televisión venezolana, afirmando que se había “limitado a copiar lo peor de la televisión yanqui” (1961, p. 30).²⁰ El debate se situaba en la intersección de los dilemas sobre las condiciones de formación de una cultura nacional “no reaccionaria”, orientada a un progresismo socialista con eje en la autonomía de los pueblos latinoamericanos para producir su propia información. Pasquali se preguntaba sobre el *rol político* de los medios de comunicación en la universalización de una interpretación dependiente del poder norteamericano. El filósofo planteaba que la televisión local reproducía el esti-

²⁰ Este artículo al que hacemos referencia fue publicado originalmente sin firma. Pasquali confirmó su autoría al ser consultado por nosotros (correo electrónico al autor, 2 de mayo de 2016).

lo norteamericano –“locutores, showmens, magnates”– y denunciaba la inserción de las empresas provenientes de las “agencias y los trust imperialistas”. En un país en el que los medios pertenecían a la órbita pública, el problema era la connivencia entre el Estado y las empresas privadas que explotaban “la aparente objetividad de la imagen para condicionar [a] la opinión pública en cuestiones vitales”. El rol del intelectual, postulaba, era el de “denunciar el embuste y alertar” a la sociedad (p. 31).

La tradición cultural e intelectual en la que el grupo se inscribía, dijimos, recuperaba la figura de Jean-Paul Sartre y sus reflexiones sobre la literatura y la filosofía. Sobre el “pensamiento social”, invocaban las reflexiones y textos de Aristóteles, Platón, Henri Bergson y Karl Jaspers. Estaban presentes Karl Marx y Friedrich Engels, y en menor medida Georg Lukács y José Ortega y Gasset. El referente *no filosófico* que incorporó el grupo fue el investigador norteamericano Charles Wright Mills, ya presente en las bibliografías de la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV.

Orlando Albornoz, el único que pertenecía a dicha escuela, era el punto de contacto con el autor de *Las clases medias en Norteamérica*, *La élite del poder* y *The Sociological Imagination*. Estos jóvenes académicos leían en la figura de Wright Mills²¹ su propio lugar en el campo académico, puesto que entendían que “era una persona poco simpática en los círculos de su país por su esfuerzo en hacer análisis científicos y sociológicos”. La crítica en *The Sociological Imagination* hacia las ciencias sociales “absorbidas por el mercado” le permitía a la formación criticar a los/as sociólogos/as latinoamericanos/as que seguían “ciegamente”

²¹ La figura de Wright Mills comenzó a circular con intensidad en América Latina a partir de la publicación en 1957 de *La élite del poder*, en la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica. Eran conocidos sus viajes de investigación a Brasil, México y Puerto Rico. Posteriormente, su adhesión al movimiento revolucionario liderado por Fidel Castro le dio mayor visibilidad entre la intelectualidad de izquierda estadounidense y latinoamericana. Sobre las tomas de posición de Wright Mills respecto a la Revolución cubana y al interior del campo intelectual y académico norteamericano entre finales de los años cincuenta y principios de los sesenta, ver Rojas (2016, pp. 128-154).

la “sociología sistemática o el empirismo abstracto” (*Crítica Contemporánea*, 1960a, p. 40). En este marco era que la posición “incómoda” de Wright Mills, de “sociólogo y militante”, abría el camino para que el conocimiento científico contribuyera al “cambio social” (Albornoz, 1962, p. 1).

Debido a la intensidad en aumento, a nivel local, de las tensiones políticas y la potencia interpeladora que sobre la joven intelectualidad generaba la Revolución cubana, parte del consejo de redacción de *Crítica Contemporánea* –los hermanos Carrera Damas, Nuño y Di Prisco– planteaba que se tenía que profundizar su compromiso con los procesos políticos. Era un dilema que exigía un vínculo más *orgánico* con las organizaciones políticas. Se trataba, en los hechos, de discutir la relación entre política y conocimiento y si, en ese pasaje orgánico, la producción académica no quedaría subordinada a la práctica política. Esto implicaba asumir una posición que no toda la formación estaba dispuesta a ocupar.

Producto de esa discusión, salvo Nuño, el *ala filosófica* dejó la revista en 1961: Duno, Kohn, Pasquali y Riu. Las diferencias surgieron a partir de que la publicación se fue acercando cada vez más al proceso cubano y redefiniendo su posicionamiento en el campo cultural. Si bien el marxismo era una fuente legítima de comprensión de lo social, solo hacia mediados de 1962 acompañaron –desde la revista– la radicalización de las organizaciones guerrilleras que se articularon en torno al PCV y el MIR.

La comunicación entre lo local y lo transnacional

El proceso de emergencia de la pregunta por la comunicación en Venezuela se dio en un marco institucional atravesado por una reconfiguración de saberes, orientada esta por una política de modernización que produjo una revisión de los programas de estudio. Hablamos de una universidad que pretendía incorporarse activamente a los debates emergentes en la sociedad democrática y una escuela de periodismo encaminada a responder “a las necesidades nacionales y al desarrollo de la investigación” (Cuenca Herrera, 1998, p. 116). Además de la UCV, el retorno a la democracia ocasionó, como sostiene Jesús Aguirre, una “diversificación institucional de la educación superior” en la formación periodística (1998, p. 208), con la apertura de nuevas escuelas en la Univer-

sidad del Zulia (LUZ) y en la Universidad Católica Andrés Bello (UCAB).

Este proceso de características locales no puede desconectarse del *programa transnacional* iniciado por el Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina (CIESPAL). Desde principios de los años sesenta, y orientado hacia el “desarrollo de los medios de información en América Latina”, CIESPAL promovía el intercambio de información entre instituciones de enseñanza del periodismo para que se conocieran “las necesidades de la realidad a través de sus problemas intelectuales y técnicos”. Con la publicación en 1961 de *Las escuelas de periodismo en América Latina*, iniciaba la “indispensable tarea” de relevar documentación sobre la situación de la formación e iniciar un proceso más amplio de *investigación científica* (CIESPAL, 1961, p. 1).

Al comienzo de la década del sesenta, consideramos, se generó una articulación de tendencias diferentes: la pregunta por la comunicación en el interior de la universidad y en algunas formaciones culturales caraqueñas era una interrogación que giraba sobre la incidencia de los medios masivos en los procesos sociales, acerca de su autonomía, su uso político y cómo estos –así se denunciaba– encarnaban los intereses norteamericanos; es decir, desde una *hermenéutica política* que fundaba la inquietud por la comunicación. Los primeros estudios indicaban la necesidad de una actualización teórica, de la incorporación de nuevas perspectivas y marcos interpretativos de los “fenómenos comunicacionales” (Gómez, 1965, p. 3). En este punto es que se produjo la confluencia con el proyecto de CIESPAL. Pero al organismo con sede en Quito lo atravesaba otra necesidad: la de *profesionalizar* la práctica periodística. Por ello es que se propuso “el asesoramiento, capacitación y formación de especialistas y profesores[as] latinoamericanos dedicados a la enseñanza del periodismo y los medios de información” (León Duarte, 2012, p. 239). Aun con estas diferencias, ambas líneas eran traccionadas por un mismo problema general: la incidencia de los medios masivos en la sociedad.

De manera complementaria y con una presencia curricular mayor en la Escuela de Sociología y Antropología, la matriz desarrollista fue contribuyendo a una particular “configuración epistemológica de la antropología y la sociología venezolana” y en gran parte de la estructura universitaria (Negrón, 2005, p. 78). En esta coyuntura institucional, innegablemente atravesada por tendencias teóricas e ideológicas que

también se producían en otros puntos de la región,²² la “actualización teórica” de carácter *científico* se articulaba con la responsabilidad de “desarrollar a los pueblos” y con la “planificación del progreso” (Wallerstein, [1996] 2006, p. 47; Negrón, 2005, p. 80). El eje sobre el que se centraba la necesidad del “cambio social” se metaforizó en variados conceptos, como “desarrollo participativo”, “desarrollo socialista” u “otro desarrollo” (Escobar, 2007, p. 22).

Lo anteriormente dicho indica que coexistieron una multiplicidad de discursos sobre la “problemática de los medios masivos” que fueron institucionalizándose a partir de un proceso de renovación de los saberes y sobre los cuales se fue instituyendo una exploración conceptual del problema de la comunicación de manera heterodoxa, con marcos teóricos provenientes de distintas instituciones y formaciones culturales tanto locales como transnacionales. Fue un escenario en el que surgió la necesidad ya no simplemente de formar a los/as alumnos/as en la práctica periodística, sino de *reflexionar sobre la misma práctica* y los dilemas vinculados a los medios de comunicación. Dicho de otro modo: un desplazamiento que provocó un proceso de *intelectualización* de la práctica periodística, de complementación entre una relación técnico-práctica con el periodismo y una relación teórica con la práctica periodística. Esta intelectualización habilitó una serie de interrogaciones conceptuales que ya no se reducían a la práctica escritural del género y el estilo periodístico. Se ampliaba a zonas teóricas en donde aparecía el cuestionamiento a la cultura de masas y los procesos de masificación, la dimensión política y económica de los medios de comunicación, el poder, la ideología y el rol del Estado en la producción y circulación de la cultura.

En estas redes de circulación transnacional de las ideas fue que, en

²² Indicativo de ello es la organización de encuentros y congresos promovidos por organismos internacionales, como la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) y en general la UNESCO, que patrocinaron el desarrollo y la integración de las ciencias sociales en América Latina entre las décadas de 1950 y 1960. Para más información, ver Blanco (2006, 2007) y Blanco & Jackson (2015).

septiembre de 1963, Pasquali participó en México del XXIII Congreso Internacional de Filosofía, donde presentó la ponencia “Sobre algunas implicaciones dialécticas entre ‘información’ y ‘cultura de masas’”. Si bien desde su retorno a Venezuela había publicado artículos sobre el cine y la incorporación de los medios a los procesos educativos, varios aspectos hacen de la ponencia, como veremos, un trabajo singular.

Luego de presentarla en México, publicó fragmentos de la misma en la revista *Cultura Universitaria*. Allí Pasquali planteaba que eran “resultados parciales” de un trabajo más amplio (1964a, p. 103). En la “presentación de los autores”, la revista informaba que Pasquali tenía “en preparación *La cultura de masa en Venezuela*”, trabajo que continuaba con el largo subtítulo “Análisis de la información difundida por canales audiovisuales como un aporte de la sociología de la cultura de masa en un país subdesarrollado” (*Cultura Universitaria*, 1964, p. 192).

En términos conceptuales, la ponencia daba cuenta de un posicionamiento crítico frente a la teoría de la información de tradición norteamericana y presentaba una serie de “proposiciones básicas” para pensar “sociológicamente” a la comunicación (Pasquali, 1963, p. 1). Planteaba que la teoría de la información había realizado aportes de “importancia básica” para la problematización matemática de los procesos de transmisión y recepción de mensajes, pero, dado que eran aplicables a “sistemas de relaciones cibernéticas”, quien “abriga preocupaciones éticas” –continuaba– sabía que el uso tout-court de los axiomas de la información a los procesos sociales podía conducir a una cibernización de las relaciones sociales. Desde un posicionamiento humanista, el problema tenía que asumir “una precisa dimensión sociológica” y desplazar el eje desde la *tecnología hacia el sujeto*. Para ello se proponía “deducir las implicaciones antropológicas” de la teoría de la información, “categorializar sociológicamente sus principales axiomas” y, en definitiva, pensar la teoría desde una clave política (p. 11).

El filósofo venezolano entendía, contrariamente a las proposiciones norteamericanas,²³ que había que “eliminar la peligrosa equivocación

²³ Recordemos que Claude Shannon había considerado que “el problema fundamental” de la comunicación era la transmisión y reproducción de información de un punto a otro en un

terminológica entre comunicar e informar”: *comunicar* indicaba la libre relación de intercambio de la palabra, mientras que *informar* hacía referencia a una relación ordenadora y unidireccional “en la que el receptor es convertido en un ser *para-otro*” (Pasquali, 1963, p. 2). De este modo intentaba poner en escena la cuestión de las “implicancias” sociológicas y antropológicas. No estaba en desacuerdo, en principio, con la teoría de la información, sino que incorporaba una dimensión “peligrosamente” ausente: *las relaciones de poder*.

Las problematizaciones realizadas por Pasquali, el marco de interpretación expuesto en la ponencia, da cuenta de la pluralidad de espacios por los que había transitado y la condensación de distintas matrices teóricas: su formación filosófica al recuperar las reflexiones de Immanuel Kant, Martin Heidegger y Sartre; la experiencia filmológica francesa y los debates sobre la relación entre medios masivos y sociedad; y una tercera línea vinculada a su participación en *Crítica Contemporánea*, donde se denunciaba el control político norteamericano de la prensa de la región y, en ese marco, la recepción y circulación de los trabajos del investigador Wright Mills. De este, Pasquali recuperaba un modelo de intervención intelectual fundado en el compromiso político y la perspectiva crítica.

Además, Pasquali retomaba de Wright Mills sus posicionamientos en relación con el pensamiento norteamericano sociológico y comunicacional. Los conceptos de “élite”, “comunidad de públicos” y “sociedad de masas”, propuestos por el sociólogo estadounidense en *La élite del poder*, le permitían a Pasquali distanciarse de la teoría matemática y cibernética y elaborar otro mapa de relaciones donde inscribir el problema de la comunicación. Wright Mills ([1956] 1960), esquemáticamente dicho, planteaba que la formación de la élite se fundaba en la configuración de la sociedad de masas. Sostenía, y esto era fundamental para Pasquali, que se “podía distinguir al público y a la masa” por sus *mo-*

²³ proceso lineal y unidireccional ([1948] 1957, p. 5). Poco después, Norbert Wiener planteó “que la idea fundamental de las comunicaciones” era “la trasmisión de mensajes” ([1950] 1969, p. 96).

dos de comunicación dominantes y por las posiciones desiguales “en la estructura de poder” (pp. 282 y 284). La posibilidad, según el filósofo venezolano, de tipificar la conformación de ciertas estructuras sociales a partir de sus modos de comunicarse inauguraba una “novedosa perspectiva metodológica”. Esa novedad lo alejaba del marxismo debido a que las estructuras sociales “no engendraban a posteriori formas del saber” en términos de “infra-superestructura” o de “causa-efecto”, sino que “el nuevo método” daba cuenta de una inseparabilidad entre procesos de comunicación y configuración de las relaciones sociales que definían el “plexo social”. Este giro le permitiría analizar la “interrelación totalidad social - medios de comunicación” y, “por ejemplo, fundamentar un subdesarrollo cultural en razones de atrofia comunicacional y de hipertrofia informativa” que no se debía a un devenir “natural”, sino que era producto de relaciones de desigualdad entre las naciones (Pasquali, 1963, p. 3).

La apropiación general de la noción de “comunidad de públicos” del sociólogo norteamericano era leída en clave kantiana. A partir de las categorías desarrolladas por el filósofo alemán en *Crítica de la razón pura*, Pasquali estableció una analogía entre el concepto de “comunidad” de Wright Mills con la categoría de “comunidad” de Kant. En la “comunicación”, infería Pasquali, se producía “la categoría de *relación por la comunidad* (acción recíproca entre agente y paciente)”, mientras que la “información” asumía la “relación por causalidad (dependencia de causa y efecto)” (1963, p. 4).

Por otro lado, Pasquali articuló la noción de “sociedad de masas” con los “análisis existenciales” de Heidegger. En los “medios de masas” el predominio de la unilateralidad determinaba una masificación de los receptores a partir de la producción de mensajes “de tipo ómnibus”, es decir, el mismo para todos/as. Esto, consideraba el autor, producía el *aplanamiento de las diferencias*, de “todas las posibilidades de ser” (1963, p. 8). Aquí es donde incorporaba la hermenéutica ontológica de *Ser y tiempo*: Heidegger afirmaba que, “bajo el señorío de los otros”, el sujeto –Dasein o ser-ahí– no “es él mismo, los otros le han arrebatado el ser” ([1927] 2007, p. 143).

De todos modos, Pasquali criticaba que la filosofía no se hubiera ocupado de pensar *quiénes* producían estos procesos comunicacionales y culturales. Por ello en este punto retornaba a la clave propuesta por Wri-

ght Mills para comprender *políticamente* el “subdesarrollo cultural”: este era producido por un direccionamiento de los medios, por un “*dirigismo* cultural” representado en una “élite masificadora y monopolizadora de los medios de información” y había que identificar a los grupos de presión que controlaban los medios que “instrumentalizaban” al hombre (Pasquali, 1963, pp. 10-11).

Comunicación y cultura de masas en los debates regionales

Si bien la ponencia de septiembre de 1963 había sido presentada como un “avance” de un trabajo en proceso, el prefacio a *Comunicación y cultura de masas* fue firmado un mes antes del congreso en México, lo que indica que antes que un avance se trataba de la presentación de la perspectiva filosófica y epistemológica desde la cual había realizado su trabajo.

Para cuando el libro salió en febrero de 1964 de la imprenta universitaria Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central (EBUC), los elementos paratextuales del proyecto original habían sido modificados. Como dijimos anteriormente, en la presentación de los/as autores/as que había realizado *Cultura Universitaria*, se afirmaba que Pasquali tenía en preparación *La cultura de masa en Venezuela*, con el subtítulo “Análisis de la información difundida por canales audiovisuales como un aporte de la sociología de la cultura de masa en un país subdesarrollado”. *La cultura de masa en Venezuela* era un título que daba cuenta de un proyecto de amplitud, pero circunscrito a lo nacional. El extenso subtítulo indicaba que se trataba de un “análisis de la información” y “de la cultura de masa en un país subdesarrollado”. Con el libro ya editado presentó el significante “comunicación” antecediendo a “cultura de masas” y se eliminó el componente nacional. Se trataba de un estudio, según el nuevo subtítulo, sobre “la masificación de la cultura en las regiones subdesarrolladas”. Se borroneaban las fronteras nacionales porque el *problema* de los medios masivos y de la comunicación, así como fue teniendo mayor densidad en el interior de las escuelas universitarias

venezolanas, se presentaba como un problema transnacional.²⁴

El modo en que había trazado por un lado a la “comunicación” y por otro a la “cultura de masas” mantenía una continuidad con las ideas presentadas en México: por su constitución vertical, el carácter antidia-lógico y por estar concentrada en manos de una *élite*, la cultura de masas era el revés de la comunicación. La presencia de la idea de “regiones subdesarrolladas” daba cuenta de la presencia *en el* proyecto de Pasquali de los debates sobre las teorías del desarrollo y el subdesarrollo para pensar los problemas sociales, económicos y culturales que atravesaban tanto al campo político como a las universidades.²⁵

Otro de los cambios implicaba un modo de posicionar la investigación en un campo de problemas que ya no era el estrictamente filosófico, sino el “sociológico y comunicacional”. Tal como analizamos en la ponencia, Pasquali entendía que era fundamental situar la teoría de la información en coordenadas sociológicas y así dar cuenta de que las modalidades de comunicarse en una sociedad ponían de manifiesto las relaciones de poder. Por ello el *sentido político* que fundamentaba *Comunicación y cultura de masas* era identificar qué producían los medios masivos para determinar los “caracteres básicos de la informante alocución tal como se da en nuestra realidad” y reconocer *quiénes* monopo-

²⁴ Al mismo tiempo, plantear el carácter “regional” se vinculaba con la política comercial de la editorial, de redes e intercambios con universidades de la región, fundamentalmente con México. Como sostiene Di Prisco, el Servicio de Distribución de Publicaciones, que organizaba la red de circulación de los libros de EBUC, buscaba superar “los canales ordinarios del mercado” e iniciar una “nueva etapa de comercialización” orientada por los acuerdos de la dirección de cultura de la institución (2012, p. 4).

²⁵ A principios de los sesenta ocupaban un lugar central, fundamentalmente en las escuelas de sociología y antropología y en menor medida en la de periodismo, trabajos como *Teoría y estructura social* de Robert Merton, *Política y sociedad en una época de transición* de Gino Germani, *Metodología de las ciencias sociales* de Maurice Duverger y, entre otros, *Desarrollo económico y desarrollo político* de Helio Jaguaribe (Negrón, 2005, p. 97). Para un análisis general de la incorporación del debate acerca del desarrollo a escala internacional, ver Wallerstein ([1996] 2006).

lizaban los medios de información instrumentándolos en favor de sus propios intereses (Pasquali, 1964b, pp. 69-70). Esta cuestión era fundamental: el filósofo venezolano entendía que con el ascenso al poder de Rómulo Betancourt se había establecido una alianza entre sectores políticos, económicos y militares que buscaban “perpetuar [...] la relación unilateral élite-masa”, un “colaboracionismo” que había configurado – en alusión al pacto de gobernabilidad firmado en 1958– un “punto-fijismo”²⁶ comunicacional (p. 62).

Los aspectos estrictamente conceptuales sobre esta obra han sido estudiados en importantes trabajos.²⁷ Por ello vamos a analizar dos dimensiones que han sido insuficientemente abordadas en estudios previos: primero, las figuras intelectuales que emergen de *Comunicación y cultura de masas*, es decir, qué rol se le atribuía al/la investigador/a o

²⁶ AOrganizado en Nueva York en octubre de 1958, y firmado en la residencia “Punto fijo”, de Rafael Caldera, el acuerdo proponía una “tregua” obrero-patronal y entre los partidos políticos y las fuerzas armadas, de mantener el orden democrático y frustrar todo intento golpista. El acuerdo fue concertado entre los partidos Acción Democrática, Unión Republicana Democrática y el socialcristiano Comité de Organización Política Electoral Independiente.

²⁷ Buena parte de los estudios que han abordado de manera más o menos general *Comunicación y cultura de masas* han puesto el acento en el modo en que Pasquali trazó una distinción conceptual entre *información* y *comunicación* (Martínez, 1970; Mujica, 1973, [1967] 2010; Aguirre & Bisbal, 1981; Torrico Villanueva, 2016). Dicha conceptualización, sostienen algunos investigadores, le permitió pensar críticamente las relaciones entre los medios masivos de comunicación y la sociedad, entendiendo al fenómeno comunicacional desde una clave sociopolítica (Silva, [1970] 1977; White, 1989; Aguirre, 1996; Cisneros, 2002; Beltrán, 2006; Gobbi, 2006; Gumucio & Tufte, 2008; Marques de Melo, 2009; Mosco, 2009; Silva, 2009; Aguirre & Bisbal, 2010; Delgado Flores, 2014; Alcalá Sucre, 2019). Por otro lado, Pasquali ha sido considerado, a partir de ese mismo trabajo, como el “introducción” de la Escuela de Frankfurt en América Latina. En este sentido, su análisis crítico de los medios de comunicación, como también el rol de la cultura en los procesos de “alienación” de las masas, ha sido entendido como un abordaje “frankfurtiano” (Saintout & Díaz Larrañaga, 2003; Torres & De los Reyes, 2009; Hohlfeldt, 2010; Pineda de Alcázar, 2010; Varela, 2010; Moragas Spà, 2011; Olmedo, 2011; Cañizález, 2014).

al/la intelectual, en una trama específica que atravesaba a una franja de la *intelligentzia* caraqueña en un contexto de importantes tensiones políticas; y, en segundo lugar, las propuestas políticas elaboradas por el filósofo venezolano. Si había planteado que el estudio realizado tenía que ser una “causa eficiente de una praxis concreta reformadora” (Pasquali, 1964b, p. 9), qué medidas propiciaba y, en particular, cuál era la posición asignada al Estado en los procesos de producción y circulación de la cultura y la comunicación.

Pasquali planteaba que la “misión del intelectual” exigía “el *descenso* inmediato de las esferas del saber a las de su aplicación concreta”. Esta idea de “descender hacia la realidad” le permitiría –así lo postulaba– dar cuenta de las condiciones sociales de los sectores populares venezolanos e iniciar una de las “tantas labores desalienantes que nuestro contorno cultural reclama”: “*racionalizar* la atrofia comunicacional y el anquilosamiento dirigido” (Pasquali, 1964b, p. 7).²⁸ En este contexto, el fragmento de la *República* de Platón con que iniciaba la obra adquiría un significado particular.²⁹ Pasquali trazaba con ese pasaje una serie de importantes analogías. Primero, la referente a la situación social del pueblo: la “caverna” representaba a la cultura de masas como “mundo sensible”, como morada en la cual la sociedad –“los prisioneros” de Platón– desconocía la realidad, ya que solo accedía a su apariencia, a una imagen “artificial” y deformada. El pueblo vivía esta situación, volviendo a Heidegger y a Wright Mills, producto del sometimiento al “señorío de los otros” de la élite masificadora.

La segunda analogía tenía que ver con el papel de los/as *filósofos/as* en dicho proceso. Puntualmente la tarea era desmitificar esas imágenes, dar cuenta de su carácter no natural y guiar a la población hacia las

²⁸ El destacado de estas citas nos pertenece.

²⁹ La frase que inicia el libro es la siguiente: “Pues los filósofos descenderéis, cada quien a su hora, a las moradas comunes, y os acostumbraréis a sus oscuras sombras; porque una vez familiarizados con la oscuridad, veréis en ella mil veces mejor que los demás y, habiendo contemplado de antemano la verdadera esencia de lo bello, lo justo y lo bueno, reconoceréis lo que cada sombra representa en verdad”.

“verdades” que invisibilizaba la cultura de masas a través de los medios. De este modo, el conocimiento científico, crítico y comprometido, podía colaborar con la “liberación” de los “prisioneros” de la sociedad de masas. Por lo tanto, emergía la figura de un/a intelectual con un posicionamiento humanista y pedagógico que debía contribuir a la toma de conciencia del pueblo de su destino histórico.

En el lenguaje de *Comunicación y cultura de masas* se condensó, además, una articulación entre el discurso filosófico con la configuración de un discurso científico en un momento “de avance de la teoría desarrollista” (Negrón, 2005, p. 79). La idea de producir un *efecto de cientificidad* que imponía la academia implicaba incorporar términos como *trabajo de campo* o *coeficiente de comunicabilidad* y recurrir a gráficos, esquemas y estadísticas de la distribución cuantitativa de las estaciones de radio. De todos modos, esto no resolvía la cuestión problemática de *cómo traducir* los datos sistematizados y las categorías construidas. Por ello en el primer capítulo exponía sus principales categorías “sociológicas y comunicacionales” situado en una trama de hilos literarios y filosóficos que le añadían un rigor ilustrativo con fines pedagógicos y explicativos.

La incorporación de ciertas metáforas y analogías –entre “información” y “notificación” en el sentido kafkiano o la “mirada” tomada de Sartre– pretendían conmovir al supuesto lector para radicalizar la interpretación en términos políticos. Esto le otorgaba un carácter de *urgencia* a la denuncia de la “desigualdad comunicacional” y, complementariamente, entregaba una potencia explicativa allí donde la *parte conceptual* oscurecía más de lo que podía esclarecer. Era, también, una marca de las apropiaciones desde una posición de lector en la cual se condensaban una multiplicidad de escuelas y perspectivas filosóficas y sociológicas que se subordinaban al objetivo general de la obra: dar cuenta de los procesos de masificación *dirigida* en las regiones subdesarrolladas.

Las *propuestas políticas* se fundamentaban parcialmente en las consideraciones de la UNESCO.³⁰ Teniendo este marco, según Pasquali, se

³⁰ Producto de sus dos años en Francia y por la formación en el Instituto de Filmología, estaba al tanto de las experiencias de la British Broadcasting Corporation (BBC), la Radiotelevisione

trataba de “modificar” el funcionamiento de los medios para construir “una sociedad de públicos”. La recuperación de las formulaciones europeas lo habilitaba a plantear que el Estado era el único agente que podía usufructuar el servicio con políticas culturales dirigidas hacia el bien común. En materia legislativa se tenía que formular una “ley global de información” que asegurara tres dimensiones: el servicio público de radio y televisión se tenía que *distribuir de manera uniforme* a todos/as los/as ciudadanos/as; *el control público* del servicio –garantizado por el Estado–, “supervisado por las asociaciones gremiales de radiotelevidentes”; y, por último, se tenían que *diversificar las emisiones* según las necesidades culturales y sociodemográficas de los/as receptores/as (Pasquali, 1964b, p. 247).

Pero el hecho de que en Venezuela los medios masivos estuvieran en manos del sector privado planteaba la obligación de que el Estado los nacionalizara, *desviando radicalmente* la originaria propuesta de la UNESCO. Porque aun cuando intentara legitimar sus planteos citando las experiencias de “los grandes sistemas nacionalizados (BBC, RTF, RAI)”, la “única alternativa” era la *intervención* de los medios masivos (Pasquali, 1964b, p. 244). Las elaboraciones de la UNESCO nada decían acerca de la “dominación”, de las “élites monopolizadoras”, del “imperialismo” o de la “alienación cultural”. El uso de este lenguaje remitía a los dilemas de la intelectualidad progresista y de izquierda, que se debatía entre una democracia restringida y las opciones de transformación socialista provenientes de Cuba. Si bien recuperaba las ideas de la UNESCO, estas eran leídas y reapropiadas desde nuevos horizontes y, al ser adaptadas a otras circunstancias, se desplazaba su sentido proyectando una polí-

Italiana (RAI) y la extinta Radiodiffusion-Télévision Française (RTF). Merece destacarse que las recomendaciones de la UNESCO provenían del encuentro realizado en 1956 en Estrasburgo que tuvo como eje principal la “coordinación de la investigación en el campo de las comunicaciones de masas” (UNESCO, 1956, p. 1). Allí se planteó la necesidad de conocer el efecto de los medios en las audiencias, en particular en la educación. Fue en este marco que se promovieron distintas investigaciones, como la conducida por Dumazedier, a la que Pasquali había accedido en el Instituto. Recordemos que en *Televisión y educación popular* se formulaba la necesidad de producir y orientar “una política de la televisión y de la educación popular” (Dumazedier, 1956, p. 64).

tica diferente para el sector de la cultura y la comunicación venezolano y latinoamericano.

Luego de que el trabajo saliera de la imprenta universitaria en febrero de 1964, el texto se fue incorporando en programas de estudio de distintas materias y fue recuperado más o menos críticamente en trabajos provenientes tanto del campo intelectual como del campo académico y en redes universitarias de investigación. Pasquali, en paralelo, concedió entrevistas a revistas culturales en las cuales se lo consideró como el autor del “primer ensayo que se hace en Venezuela y quizás en Latinoamérica” sobre el proceso de “sometimiento de los medios comunicativos como la prensa, radio y televisión” (Acosta Bello, 1964, p. 188).

Indagar la recepción local de *Comunicación y cultura de masas* implica dar cuenta de la circulación, interpretaciones, apropiaciones y rechazos entre intelectuales y académicos. Al tiempo que estas prácticas de lectura permiten observar signos de la legitimación del texto que circula, habilitan a reconstruir el *mapa de problemas* que configuró a un determinado campo intelectual y académico. Entendemos que estas lecturas nos permiten reconstruir qué dilemas ocupaban a una franja de investigadores y las condiciones que hicieron posible que las elaboraciones de Pasquali fueran consideradas herramientas útiles para pensar la realidad venezolana.

En la “presentación” del material redactado para sus alumnos de Teoría de la Comunicación de la Escuela de Periodismo (UCV), Aníbal Gómez planteaba que el “auge de los medios de masas en el seno de la sociedad industrial” había llevado a diversos especialistas a ocuparse del problema. Era un tipo de estudio –continuaba Gómez– que si bien era una de “las *ramas más nuevas de las ciencias humanas*” no se limitaba a los medios de masas, sino que se había extendido a los más amplios “procesos y formas de comunicación humana” (1965, p. 3).³¹ En este marco general, el “tema 2” del material pedagógico estaba dedicado a la multiplicidad de acepciones del “término” *comunicación*. Se incluía el trabajo de Pasquali en una exposición constituida fundamentalmente

³¹ El destacado de la cita nos pertenece.

por “teóricos” de la comunicación norteamericanos.³²

Según Gómez, quien citaba un largo pasaje de *Comunicación y cultura de masas*, Pasquali incorporaba una serie de “aspectos básicos” ausentes en los otros “teóricos”: la *continuidad* del proceso comunicacional. Afirmaba que, al pensarla en términos relacionales, su conceptualización venía a plantear que la “comunicación no es un proceso cerrado, sino abierto: los sujetos comunicantes son a un mismo tiempo transmisores y receptores”. Esta propuesta –en diálogo con las norteamericanas–, sostenía Gómez, constituía “la piedra angular” del marco de comprensión de la cátedra (1965, p. 16).

En el plano específico de la investigación, entre 1966 y 1968 se realizaron dos proyectos que se preguntaron por la “recepción”: el estudio de Eduardo Santoro titulado *La televisión venezolana y la formación de estereotipos en el niño* (1966) y el de Martha Colomina, de la Escuela de Periodismo de la Universidad del Zulia, titulado *El huésped alienante* (1968).³³ Santoro recuperaba el trabajo de Pasquali como herramienta productiva para la construcción de sus “consideraciones teóricas”, como clave de comprensión de los procesos comunicacionales ([1966] 1969,

³² Gómez realizaba una explicación de perspectivas teóricas entre las que se identificaban y diferenciaban las propuestas de Bernard Berelson y Gary Steiner, Charles Wright, Carl Hovland, Wilbur Schramm y Raymond Nixon. El trabajo de Gómez fue producido y pensado como material de circulación interna entre estudiantes de su materia y está constituido a partir de transcripciones de sus clases corregidas por el mismo Gómez. El material, estructurado como se dictaban sus clases, se divide por temas antes que por capítulos. La UCV preparó una breve edición titulada *Apuntes de introducción a la comunicación colectiva*, que es la que trabajamos aquí.

³³ Preocupados por los efectos que los medios masivos generaban en la sociedad, ambas investigaciones pretendieron, a través de la realización de entrevistas y encuestas, reconstruir cuánto del “tiempo de ocio” le dedicaba un sector de la sociedad al consumo de televisión. El estudio de Colomina era producto de una investigación realizada entre 1966 y 1967, e indagaba a las audiencias a partir de analizar “los efectos de las radio-telenovelas”. En el caso de Santoro, se preguntaba por el efecto que la televisión podía generar en la conducta de los niños.

p. 14). Por su parte, Colomina afirmaba que “los estudios científicos sobre los medios de comunicación de masas”, al menos en Venezuela, eran “muy escasos”; Pasquali, en este sentido, era “pionero” porque había realizado “investigaciones cuantitativas y análisis de composición de programas de radio y televisión”. Colomina planteaba que los datos ofrecidos en *Comunicación y cultura de masas* marcaban “el camino de cualquier investigación que se realice en el futuro sobre el contenido y los efectos de los medios de comunicación de masas en Venezuela” (1968, p. 29).

Así como Pasquali había identificado el problema político de que no existieran agencias de noticias independientes, Mujica entendía que en América Latina “el principal enemigo” de la prensa independiente eran los “inversionistas” norteamericanos que ejercían un poderoso control sobre los periódicos más importantes de la región ([1967] 2010, p. 130). En este marco y respecto al carácter “dependiente” de los medios de información, Eleazar Díaz Rangel³⁴ publicó en 1967 *Pueblos sub-informados*, en el que afirmaba que “las agencias de noticias internacionales norteamericanas [...] deformaban toda una realidad” y encauzaban “importantes corrientes de opinión pública”. Con Gobiernos “dependientes” económica y políticamente, ocurría lo mismo en el plano del periodismo y la información (Díaz Rangel, 1967, pp. 72-73).

De todos modos, el posicionamiento intelectual y político adoptado por Pasquali en *Comunicación y cultura de masas* se situó en una encrucijada: recibió críticas tanto desde la *izquierda* como la *derecha*. Según recuerda Pasquali, la intelectualidad más radicalizada, en especial una franja del PCV y particularmente Mujica, criticaba un supuesto uso “despectivo” del término *masas*.³⁵ De acuerdo al testimonio retrospecti-

³⁴ Como dimensión que nos permite ver la articulación de las tramas entre producción de conocimiento e intervención intelectual y política, Díaz Rangel, periodista, docente universitario y militante político, firmó las “notas finales” del libro al que hacemos referencia mientras cumplía condena como preso político en la prisión militar del Cuartel San Carlos, en Caracas, en mayo de 1966.

³⁵ Entrevistado por el autor, 20 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

vo de Elizabeth Safar, las alternativas que proponía Pasquali respecto a la utilización y control de los medios se alejaban de los planteos de la izquierda, que “proponía lineamientos tradicionales en torno a los medios” en clave de “hegemonía”: “la comunicación como instrumento de lucha política”.³⁶

Estas diferencias en términos políticos entre Mujica y Pasquali se trasladaron al plano teórico. En un trabajo elaborado para la cátedra de Periodismo Informativo,³⁷ Mujica situaba a Pasquali como un “teórico” que analizaba la relación entre “comunicación, información y gnoseología”. En su exposición Mujica afirmaba que, a pesar de “lo valioso del trabajo”, Pasquali presentaba una “lamentable confusión” entre “información” y “comunicación”. Según Mujica, al pensar la información en términos relacionales pasaba por alto que, en los procesos sociales, la *información* no era un vínculo unilateral, sino que quien informa “siempre opina sobre su objeto de información. Informar es formular una opinión” ([1967] 2010, p. 53). La sociedad, seguía Mujica, estaba constituida por un proceso de circulación de informaciones que hacía que receptores y emisores intercambiaran permanentemente sus posiciones.

Pero las críticas o preocupaciones surgieron también desde otro polo del campo intelectual y académico venezolano: la UCAB. El investigador Jesús Aguirre, quien para mediados de los años sesenta estaba cursando la carrera de periodismo en la UCAB, recuerda que *Comunicación y cultura de masas* era “un libro obligado”.³⁸ De todos modos –afirma Aguirre– era enseñado con todas las “prevenciones” y la “desconfianza intelectual” por parte de una universidad privada y católica en un contexto de “auge del pensamiento marxista”. Sintomático de los diversos posi-

³⁷ A diferencia del material de Gómez, el trabajo de Mujica titulado *El imperio de la noticia* (1967) fue cobrando autonomía de su original función pedagógica y fue reeditado en formato tradicional de libro, al que el autor le incorporó correcciones y actualizaciones. Hasta el momento ha tenido cuatro ediciones (1967, 1975, 1982 y 2010). Aquí utilizamos la edición del año 2010.

³⁸ Entrevistado por el autor, 14 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

cionamientos políticos de las universidades frente a los dilemas locales y regionales, e indicativo de los procesos de radicalización de una franja de la intelectualidad caraqueña, Aguirre recuerda que, durante la organización de un foro para discutir sobre problemáticas vinculadas a la comunicación, él propuso invitar a Pasquali y la opción fue “muy criticada” por las autoridades universitarias, que decidieron no invitarlo. Hay que recordar que Pasquali afirmaba que en la región los medios masivos tenían un carácter “mercantil”, “confesional y anticultural” (1964b, p. 89).

En esta trama general, con mayor o menor nivel de aceptación, *Comunicación y cultura de masas* rápidamente se volvió un trabajo ineludible y prestigioso, y Pasquali consolidó su figura como “teórico”. Con sus problematizaciones conceptuales, los análisis de la radio, la televisión y el cine, así como su orientación a la elaboración de una política específica para el sector de las comunicaciones, fue adquiriendo un importante reconocimiento entre los estudiosos e investigadores venezolanos de la comunicación.

Una política para la producción cinematográfica

Con el prestigio obtenido tras la publicación de *Comunicación y cultura de masas*, hacia mediados de los años sesenta Pasquali se situaba en una red heterogénea de formaciones y movimientos culturales. A través de su amigo, el crítico cinematográfico Alfredo Roffé, fue convocado a participar del I Encuentro de Cine que se iba a realizar a nivel nacional. Su investigación sobre el sistema de producción cultural y la postulación de la necesidad de formular políticas para la radio, la televisión y el cine, le otorgaban legitimidad para ingresar a ese grupo que se disponía a diagramar regulaciones para la actividad cinematográfica en Venezuela.

El movimiento que llevó adelante los encuentros nacionales de cine reunió a críticos/as, cineastas, organismos culturales, universidades y productores/as con la finalidad de formular políticas para la actividad cinematográfica.³⁹ En un marco de reconfiguración en la relación entre

³⁹ Para profundizar en los alcances de estos procesos político-culturales, remitimos a los trabajos de Colmenares (1993, 2014).

el campo político y el campo cultural e intelectual, el movimiento pretendió interpelar al Estado para que promulgara políticas destinadas al cine. Los puntos de reunión fueron los encuentros de cine efectuados en 1966 en Ciudad Bolívar y en 1967 en Valencia y Caracas. Allí buscaron promover “una conciencia histórica y crítica acerca del cine como vehículo de cultura y de comunicación de masa” y la fundación de instituciones culturales que auspiciaran espacios idóneos para “las investigaciones históricas cinematográficas” (Pasquali, 1972, p. 597).⁴⁰ Se asistía a un movimiento que no solo legitimaba al cine como lenguaje “fundamental” del desarrollo cultural, sino que promovía la producción nacional en un contexto en el que los films que circulaban eran principalmente importados. En este sentido, el grupo de intelectuales criticaba el sometimiento del cine a la lógica comercial defendida por distribuidores y exhibidores que excluían e imposibilitaban el “advenimiento de una industria cinematográfica nacional” (p. 607).

El resultado de los encuentros fue la formulación de un proyecto de ley de cine redactado por Roffé, Pasquali, Rodolfo Izaguirre y Sergio Facchi. Recuperando las legislaciones elaboradas en México (1911), Argentina (1944) y Brasil (1957), el proyecto establecía en su primer capítulo que “el cine, entre los medios colectivos de comunicación”, era de “marcado interés social” y “ejercía influencia pública” (Pasquali, [1964] 1972, p. 528). De aquí que el Estado debía prestar apoyos económicos para el desarrollo de la industria cinematográfica nacional y favorecer su producción, distribución y exhibición, “sin perjuicio de una racional circulación del cine extranjero”. Igualmente, en el artículo 52, se afirmaba la necesidad de establecer “la exhibición obligatoria para aquellas obras nacionales de largo y corto metraje”, asumiendo que dicha exhibición era la “*mejor fórmula* para ir creando un interés nacional hacia la producción del país” (p. 555).

Además de la reglamentación general que proponía el proyecto, el grupo buscó instituir *organismos culturales*. Esta dimensión indicaba la preocupación ya no solo por el contenido que se exhibía en los cines

⁴⁰ Pasquali incluyó las declaraciones y ponencias efectuadas en los encuentros como anexo a Comunicación y cultura de masas a partir de su segunda edición en 1972.

nacionales, sino por divulgar y organizar una *cultura audiovisual* que fomentara los “valores sociales y estéticos del cine” y que se complementara con la “docencia y la investigación”. De este modo se buscaba organizar la fundación de “círculos culturales” que asumieran la función de instituciones especializadas, con la creación de cinematecas, “cine-clubs, centros docentes o de investigación, cines de arte y cualquier otra institución” que difundiera el “patrimonio cinematográfico con fines culturales” (Pasquali, [1964] 1972, pp. 561-563).

Identificamos dos procesos diferentes en la acción llevada adelante por este movimiento cultural: por un lado, si bien no se aprobó el proyecto, se logró que el Estado comience a mediar en el conflicto de intereses entre productores/as locales y exhibidores/as, al emitir una serie de decretos y resoluciones sobre la exhibición comercial de la producción nacional (Colmenares, 2014, p. 269); por otro, el movimiento potenció la constitución de una organización cultural que llevó adelante proyectos de publicaciones y la formación de redes que nucleó a quienes tenían intereses en la producción cinematográfica.

La consolidación de este grupo de intelectuales interesados en el cine nacional suscitó en 1967 la fundación de *Cine al Día*. Liderados por Roffé como director de la revista, el primer consejo de redacción estuvo conformado por Facchi, Pasquali, Oswaldo Capriles y Ambretta Marrosu, entre otros. La participación de Pasquali en el proyecto remitía a su *expertise* académica: además de “teórico”, había pertenecido al comité de redacción de *Crítica Contemporánea*. Pasquali representaba una conexión con las problemáticas “culturales y sociológicas” acerca de la televisión, el contenido de los mensajes, la cuestión de la propiedad y el control de los medios (Colmenares, 1993, p. 146). De ahí que su participación se circunscribiera a los “telefilms”, ensayos de análisis de la influencia de la política y la publicidad en el contenido televisivo (Pasquali, 1968a, 1968b, 1968e).

Ya en el editorial del primer número se precisaba un posicionamiento del grupo: se apuntaba a realizar una crítica cinematográfica orientada a la praxis política y a la transformación de la producción cultural. Se afirmaba que, si bien se había producido un proceso de “democratización de las obras” debido a los “avances tecnológicos en el campo de las comunicaciones”, era importante pensar a los medios no solo como instrumentos de “difusión”, sino como modos “aptos y propicios para la

creación cultural”. En este punto el grupo se enfrentaba a una “dialéctica difícil”: la de incorporarse a los procesos de producción de una cultura dominada por una “industria” que “homogeneizaba por vulgarización” los contenidos emitidos. La “industria cultural”, se sostenía, era el “peor enemigo del hombre de cultura” (*Cine al Día*, 1967a, p. 2).

Se planteaba, entonces, el dilema de la incorporación de los intelectuales a la producción audiovisual de la cultura. En un sentido explícitamente gramsciano, se promovían las interpretaciones del crítico italiano Guido Aristarco, uno de “los hijos de Gramsci y Lukács”, que desde el campo de la “izquierda marxista” entendía a la crítica cinematográfica no como una “insulsa diversión”, sino como una de las “formas de comunicación más apasionantes y problemáticas de nuestra época” (*Cine al Día*, 1967b, p. 12). Este artículo sobre Aristarco tenía una doble implicancia: por un lado, inscribía al grupo en una tradición marxista que, mediada por Aristarco, reconocía la importancia de Gramsci y Lukács para la crítica cultural. En segundo lugar, se adelantaba que el libro de Aristarco *Il dissolvimento della ragione* (1965) sería traducido al español por el “colega de redacción Antonio Pasquali”, publicado bajo el sello EBUC en 1968.⁴¹ En esta trama, la crítica se anudaba al compromiso político y hacía del cine y del análisis cinematográfico “un instrumento de la praxis” con “objetivos revolucionarios” (Aguirre, 2012, p. 79).

Si bien la revista transitó por distintas zonas de discusiones, habilitó a Pasquali a insertarse en redes de orden regional. *Cine al Día* fue desplazando sus interrogantes sobre la “importancia del cine nacional en el proceso de desarrollo cultural” hacia una *clave latinoamericana*: la necesidad de fomentar, visibilizar y organizar el “nuevo cine latinoamericano” (1969, p. 3).⁴² En este punto, la revista ocupó un lugar crucial de encuentro y circulación de las películas y directores/as latinoamericanos/as, que llegó a su punto más alto con la organización de “la primera muestra del cine documental latinoamericano”, realizada en Mérida en

⁴¹ Finalmente, la obra fue publicada en 1969 como *La disolución de la razón. Discurso sobre el cine* (EBUC).

⁴² Como sostiene María Luisa Ortega, era un contexto de intensa actividad cinematográfica en la región, con la organización de filmotecas, cinematecas y encuentros (2016, p. 365).

1967 (Rebolledo, 1967, p. 15).⁴³ La revista se incorporó de forma *militante* a la necesidad de fundar un cine latinoamericano y publicó entrevistas con directores y realizadores que visitaron Venezuela, como el boliviano Oscar Soria (n.º 4, 1968), o con el Grupo Cine Liberación, con reportajes a Fernando Solanas y Octavio Vallejo (n.º 7, 1969). El dilema del pasaje del cine nacional como desarrollo cultural al *tercer cine como práctica política* lo definía con precisión Capriles: el “tercer cine” buscaba “la revelación de la realidad”, era el cine que en “grados y formas diferentes combate por la liberación” contra una “dependencia” que atravesaba todos los “campos de la vida latinoamericana” (1968, p. 4).

Cine al Día promovía la difusión en Venezuela de las producciones cinematográficas latinoamericanas que se incorporaban a los procesos de liberación. En un contexto de radicalización política de un sector de la academia, organizaron en la universidad espacios de discusión sobre el cine latinoamericano. Las propuestas de la revista, como vimos, postulaban la necesidad de transformar las estructuras sociales, pero desde un posicionamiento que no explicitaba claramente las vías para lograr dicha transformación. En relación con ello, Aguirre, en su testimonio retrospectivo,⁴⁴ recuerda que en septiembre de 1969 participó de un “cine-foro” que organizó *Cine al Día* en la UCV sobre la película *La hora de los hornos*, de los cineastas argentinos Fernando Solanas y Octavio Getino. Como representantes de la revista se encontraban Pasquali, Roffé, Capriles y Carlos Rebolledo. El posicionamiento ambiguo de la revista en el proceso de radicalización universitaria se puede leer en el hecho de que, luego de la reproducción de la película, los intelectuales se propusieron analizarla frente a un auditorio de jóvenes estudiantes que antes que dialogar sobre su contenido, la estética y el compromiso de los cineastas argentinos, querían saber si los miembros de *Cine al Día* estaban “a favor o en contra de la guerrilla como opción para la revolución” que el film presentaba. Presionado por la situación, recuerda Aguirre, Rebolledo afirmó que la lucha armada era la solución frente al impe-

⁴³ Sobre la Muestra de Mérida, ver Ortega (2016).

⁴⁴ Entrevistado por el autor, 14 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

rialismo. En una situación imprevista y que desbordaba los objetivos de los organizadores del foro, Capriles intentó “organizar” el auditorio para seguir dialogando sobre el temario propuesto, y entonces sugirió que la discusión sobre la lucha armada debía seguir en otros espacios y no allí. Finalmente, sostiene Aguirre, gran parte de los/as asistentes estaban de acuerdo con discutir las tácticas de la “guerrilla”, por lo que decidieron “levantarse y se fueron” de la actividad.

Como sostienen Carlos Vallina (2015) y Mariano Mestman (2016, p. 15), aun cuando todas las experiencias del “tercer cine” remitieran a específicas realidades “nacionales”, los lazos transfronterizos implicaron intercambios entre cineastas y films,⁴⁵ que muchas veces referían a la situación regional desde nociones como “subdesarrollo, dependencia o insurrección”. En esta clave se dirimía la cuestión de una producción cultural autónoma que representara los intereses o las realidades de los pueblos latinoamericanos. En un mercado cultural que estaba dominado por “grupos económicos poderosos”, las grandes empresas movían “todas sus piezas para sofocar la producción nacional”, se afirmaba en el editorial del número 4 de *Cine al Día* (1968, p. 2). No se trataba solo de producir un “tercer cine”, sino de luchar por las condiciones de su circulación y exhibición.

En paralelo, Pasquali colaboró a lo largo de 1968 con la revista *Imagen*, a partir de su amistad con Guillermo Sucre, su director entre 1967 y 1968. Financiada por el Instituto Nacional de Cultura y Bellas Artes (INCI-BA), la publicación tenía como objetivo dar a conocer al país las novedades sobre arte y literatura que se producían en el “mundo” (Sucre, 1968, p. 2). En este marco, además de lo específicamente literario y artístico, *Imagen* incorporó como colaboradores académicos a Pasquali, Federi-

⁴⁵ Es importante destacar que a la Muestra de Mérida fueron invitados, además de los locales, varios referentes internacionales, entre ellos, cineastas y críticos como Glauber Rocha y Thomas Farkas (Brasil); Fernando Birri y Agustín Mahieu (Argentina); Arturo Ripstein y Manuel González Casanova (México); Guillermo Hugo Ulive y Mario Handler (Uruguay); Guido Aristarco, Pio Baldelli y Valentino Orsini (Italia); Louis Marcorelles, Robert Benayoun y Marcel Martin (Francia); Hernando Salcedo (Colombia); y Roberto Morgan (Panamá) (Rebolledo, 1967, p. 15).

co Riu y Eduardo Vásquez, para escribir sobre novedades filosóficas. Las páginas principales en esta materia fueron dedicadas a Herbert Marcuse, quien había adquirido reconocimiento a partir de su participación en las protestas estudiantiles desarrolladas en la Universidad de Berkeley en 1964.⁴⁶ Las conferencias que el filósofo alemán había dictado en febrero de 1966 en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) fueron una de las vías por las cuales las ideas de Marcuse –y a partir de ahí la de otros autores de Frankfurt– llegaron a la revista.⁴⁷ La revista promovió, además, una destacada labor de traducción. Contaba en su *staff* con la traductora y ensayista Julieta Fombona Zuloaga, quien se encargó de traducir textos de, entre otros, Lucien Goldmann y Raymond Aron. De hecho, a pedido del Instituto de Estudios Políticos de la Facultad de Derecho de la UCV, tradujo en 1967 la primera edición al español de una de las obras clave de Marcuse, *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*.

La participación de Pasquali en ambos proyectos revisteriles le permitió conectarse con tendencias y debates de diversa índole, conocer experiencias político-culturales y a distintos/as realizadores/as y films. Con los/as intelectuales vinculados/as al cine, en particular, incursionó en las problemáticas de la producción cinematográfica latinoamericana. Su colaboración en *Imagen* lo conectó con la actualidad y los debates del pensamiento filosófico. Se entrecruzaban las discusiones sobre el rol del cine en la producción cultural, sobre los “efectos” de la cultura de masas y sobre la participación del cine en la formación de una “cultura nacional”. Esta trama indica, en suma, que para una franja de la

⁴⁶ EAntonio Pasquali, entrevistado por el autor, 16 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela. Pasquali sostiene que tuvo un acceso fragmentario a sus obras, luego del “movimiento estudiantil de Berkeley, donde Marcuse fue una estrella”. Después de leer algunos de sus textos, afirmó, fue “descubriendo a todos”.

⁴⁷ En 1966 la Escuela de Ciencias Políticas de la UNAM invitó a Erich Fromm a dictar una serie de conferencias. Junto a él participaron Marcuse, Irving Horowitz, André Gorz y Víctor Flores Olea. Las conferencias fueron compiladas en el libro *La sociedad industrial contemporánea* (Siglo XXI, 1967).

intelectualidad la cultura era una *preocupación política*. En este marco, y como veremos más adelante, la recepción de algunos trabajos de Frankfurt serían leídos en dos niveles: como un diagnóstico crítico del carácter industrializado de la cultura y, también, como una guía general para imaginar –vía intervención política– un horizonte cultural diferente.

Renovación universitaria y desplazamientos teóricos

Pasquali escribió *El aparato singular. Análisis de un día de TV en Caracas* (1967), que fue editado por el Instituto de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales de la UCV. Si bien Pasquali afirmaba que era un breve trabajo que simplemente “ponía al día” las estadísticas presentadas en *Comunicación y cultura de masas* (1967, p. 19), la publicación del libro fue menos ingenua de lo previsto y en ella se pueden leer una serie de desplazamientos relevantes en el posicionamiento teórico de su autor.

Producto de su reconocimiento académico, la Facultad de Ciencias Económicas y Sociales había convocado a Pasquali a redactar una actualización de su estudio sobre la programación de la televisión venezolana para ser publicado en el número 7 de su Colección Esquema (UCV). La facultad había editado trabajos referentes al “carácter dependiente” de la economía venezolana y sobre aspectos teóricos y políticos del subdesarrollo.⁴⁸ La cuestión del desarrollo cultural, político y económico ocupaba las agendas universitarias (Negrón, 2005).

Ahora bien, cuando el trabajo llegó a la universidad no fue bien recibido. Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, las referencias críti-

⁴⁸ Algunos de los títulos publicados por el sello editorial de la facultad fueron: de Domingo Maza Zavala, *Venezuela, una economía dependiente* (1964); de Armando Córdova y Héctor Silva Michelena, *Aspectos teóricos del subdesarrollo* (1967); y de Ramón Losada Aldana, *Dialéctica del subdesarrollo* (1967). Datos tomados de la contratapa de *El aparato singular*.

cas al sistema de medios y al rol del Estado, a las empresas publicitarias y a las productoras de contenido televisivo, generaron el rechazo de la institución a publicarlo en un contexto en el que “hablar” de las empresas de medios era un tópico problemático: la posibilidad de que los medios agraviaran públicamente a quienes los criticaban causaba cierto “terror”.⁴⁹ Estas tensiones no se terminan de comprender si no se sitúa a la obra y a la posición de su autor en el contexto general del proceso de *renovación universitaria* llevado adelante por grupos de estudiantes y profesores/as. El trabajo fue publicado en un contexto en el que, en los pasillos de la UCV, se vivían intensamente las discusiones sobre la relación entre comunicación y política. Elizabeth Safar –alumna en la Escuela de Periodismo a mediados de los sesenta– sostiene que había un estrecho vínculo entre la academia y el campo político. Quienes dirigían la Escuela de Periodismo en aquellos años “eran militantes”: Héctor Mujica, Federico Álvarez y Luis Aníbal Gómez.⁵⁰

La universidad estaba atravesada por el debate en torno al modo en que se había articulado históricamente la relación entre el saber y la política. El movimiento de renovación, según el testimonio del sociólogo y antropólogo Alfredo Chacón, planteaba que la universidad se había “limitado a ser guarimba de las luchas nacionales”, y que, “si bien eso había tenido un gran valor”, había terminado por “sacrificar” la responsabilidad de “garantizar el ejercicio pedagógico de la inteligencia, el conocimiento, la capacidad de transmitir y producir saberes”.⁵¹ El proceso de renovación no negaba la relación saber-política, sino el *modo* que había asumido aquella en la academia venezolana: afirmaban que se “trasladaba mecánicamente al aula la política que se practicaba en las calles” y que no incorporaba en esos procesos a “la masa estudiantil” (Núñez Tenorio, 2009, p. 14). La universidad, se consideraba, tenía que replantear sus condiciones de producción de conocimiento para que la ciencia ocupara un rol “revolucionario” destinado a las “necesidades del

⁴⁹ Entrevistado por el autor, 9 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

⁵⁰ Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

⁵¹ Entrevistado por el autor, 17 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

pueblo en su toma de conciencia” (Núñez Tenorio, [1968] 2009, p. 255).

Desde mediados a finales de los sesenta, en el interior de la universidad emergieron distintos movimientos políticos: una tendencia más radical hablaba de una “revolución universitaria”; otros nucleados en el Comité Revolucionario de Acción Estudiantil (CRAE) se articulaban con diversas tendencias, por ejemplo, las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), el Movimiento Electoral del Pueblo (MEP), la Unión de Jóvenes Cristianos Revolucionarios (UJCR) y el Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). El movimiento renovador denunciaba que en América Latina había una situación de dependencia colonial y las ciencias sociales no se comprometían con los procesos de liberación. Se tenían que formar científicos/as críticos/as con conciencia de los problemas de la región, y no un perfil “neutral” alejado de las contradicciones de su sociedad (Albornoz, 1972, pp. 235-236).

La discusión en torno a la necesidad de romper los lazos de “dependencia” con los modos de producir y los marcos de interpretación norteamericanos configuraba toda una “geopolítica del conocimiento” que, a escala regional, implicaba la búsqueda de un reposicionamiento de las instituciones universitarias y de los agentes en ellas involucrados. Inscrito en estas discusiones, Pasquali planteaba la necesidad de cortar los vínculos con el llamado “funcionalismo norteamericano” (1967, p. 26). *El aparato singular* es un trabajo que permite dar cuenta del reposicionamiento del autor en cuanto al marco de interpretación utilizado y del crecimiento de la “red nacional” de investigadores y grupos de trabajo sobre comunicación, en una trama de problemas y perspectivas de investigación que iba a ir conformando una tradición intelectual orientada por la pregunta sobre la relación entre cultura, medios y política. En el prefacio firmado por el investigador Sergio Antillano, profesor de la Universidad del Zulia, se sostenía que Pasquali venía impulsando una “tarea de investigación dirigida a determinar los efectos de las comunicaciones” (1967, p. 13). Según Antillano, se había llegado a la conclusión de que “los sectores privados” controlaban “un reducido núcleo de agentes transmisores que” actuaban “como grupos de presión” y eran utilizados para sus propios intereses (pp. 14-15).

En términos conceptuales, al iniciar *El aparato singular* con una larga cita de *La ideología alemana* de Marx y Engels, Pasquali comenzaba con el acto de “replantear” su “discurso” sobre el problema de la comunica-

ción, los medios y la cultura de masas (1967, p. 19). La entrada marxista le permitía situar a los medios masivos en un “problema cultural” más amplio: pensarlos como la “fábrica más eficiente de nuestras actitudes fundamentales ante la vida y los valores” (p. 26).

La “presencia de Frankfurt” en *El aparato singular* se daba a partir de *Dialettica dell’illuminismo*⁵² y de *Razón y revolución. Hegel y el surgimiento de la teoría social*. Pasquali incorporó fragmentos de dichos textos al inicio de cada capítulo. El segundo iniciaba con un pasaje en el que Theodor Adorno y Max Horkheimer afirmaban que, desde una perspectiva “técnica y cultural”, la “publicidad y la industria cultural” eran equivalentes en tanto se desarrollaban con los mismos esquemas y procedimientos “para el manejo de los hombres” (Pasquali, 1967, p. 41). Esta entrada le permitía al teórico venezolano recuperar la noción de “dirigismo cultural” trabajada en *Comunicación y cultura de masas*, pero revisada y transformada: ahora se trataba de la producción de objetos culturales desde los criterios “del *advertising-business*, confeccionados con técnicas motivacionales” (p. 28).⁵³ El último capítulo comenzaba con un fragmento de *Razón y revolución* que postulaba el carácter estratégico del pensamiento dialéctico en la articulación entre práctica política y producción de conocimiento: como método que “debilitaba” la “sinistra confianza en el poder” y como arma que condujera al “derrumbe catastrófico del estado de cosas reinante” (p. 87).

Los acercamientos fragmentarios a la Escuela de Frankfurt habilitaron una ruptura con la investigación norteamericana. Si en *Comunicación y cultura de masas* el pensamiento estadounidense era incorporado productivamente, a mediados de los años sesenta, al “pensamiento positivo” norteamericano –a luz de la crítica de Marcuse– debía oponerse un

⁵² Pasquali accedió fragmentariamente a trabajos de Marcuse recién en 1966 y esto operó como puerta de entrada a la lectura de *Dialettica dell’illuminismo* de Horkheimer y Adorno, en su versión italiana publicada por Giulio Einaudi Editore en ese mismo año. Cuando escribió *Comunicación y cultura de masas*, aún no había accedido a las reflexiones de la Escuela de Frankfurt. Entrevista realizada por el autor, 16 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

⁵³ El destacado de la cita nos pertenece.

pensamiento dialéctico “que derribara la seguridad y la satisfacción del sentido común” (Pasquali, 1967, p. 87). Asumir esta perspectiva implicaba reposicionarse como investigador “ante el *factum*” de la “realidad comunicacional” (p. 119). De ahí la creciente sospecha ante la descripción “objetiva” y no comprometida que proponían los “manuales de mass-communications”. Pensar a los medios, sostenía Pasquali, desde sus “funciones” a partir de su “significado empírico inmediato” era desconocer la realidad comunicacional venezolana, era no preguntarse qué significaba “aquí y ahora [la] televisión”. Su sentido básico, aseguraba Pasquali en clave marxista, lo podía “revelar un análisis de su infraestructura económica” en tanto “*fenómeno de naturaleza esencial y exclusivamente comercial*” (p. 27).

La relectura de Marx desde las perspectivas de Adorno, Horkheimer y Marcuse, le permitió a Pasquali realizar varias operaciones: primero, en términos analíticos, pensar los medios masivos en el marco general de la industria cultural, como modo de producción sometido a los imperativos de la eficiencia y la técnica; segundo, inscribir los análisis de contenido de los medios en relación con las necesidades comerciales de las empresas; tercero, reposicionarse de un modo radical frente al “discurso científico” norteamericano. Pasquali sostenía que no “existían análisis sin juicios de valor”, y se preguntaba cuánta “sociología norteamericana de las comunicaciones”, tras pregonar “el cientificismo y la objetividad”, se había convertido en “vademécum de demagogos y fabricantes de cuñas” (1967, p. 29).

La incorporación de “matrices marxistas heterodoxas” se daba en un contexto en el que, en el interior de la militancia y la intelectualidad de la izquierda venezolana, se produjeron intensos debates respecto a la potencia explicativa de la teoría marxista, a la lucha armada y las nuevas estrategias políticas. Para ese entonces, afirma Eva Moreno Bravo, el movimiento revolucionario reconocía que la vía armada –y su posterior derrota– había profundizado “el aislamiento” de las organizaciones guerrilleras “respecto a las masas populares”, y se consideraba que el problema radicaba fundamentalmente en “la incapacidad de la organización de una estrategia eficaz para incorporarse en la política” (2008, p. 22). Esto implicaba, según la lectura de la investigadora, que las organizaciones de izquierda, para salir del aislamiento de la lucha armada, debían “apoyar cada una de las luchas reivindicativas de los derechos

del pueblo” (p. 23).

Paralelamente, los acontecimientos de la Primavera de Praga de 1968⁵⁴ e convirtieron en objeto de disputa intelectual y de crítica a los lineamientos adoptados por el PCV. Uno de los por entonces líderes del partido, Teodoro Petkoff,⁵⁵ escribió *Checoslovaquia: el socialismo como problema* (1969), en el marco de intensas discusiones sobre los rasgos “imperialistas” de la intervención soviética en Checoslovaquia. Fueron tiempos que devinieron en una serie de escisiones en el PCV y la posterior formación del Movimiento al Socialismo en 1971. A las críticas de Petkoff se sumaban, entre otras, las de Ludovico Silva (1970), respecto a la burocracia que caracterizaba al partido y acerca de la necesidad de actualizar teórica y políticamente al marxismo, por fuera de los manuales soviéticos.⁵⁶ Fue un contexto político-intelectual que se configuró en la intersección de los cuestionamientos a las tácticas revolucionarias de los movimientos guerrilleros, fundamentalmente en cuanto a su capacidad de interpelar a las masas, que llevó a revisar los aspectos teóricos del marxismo *oficial*. Entre la bibliografía marxista comenzaron a circular con mayor frecuencia posicionamientos heterodoxos que, al tiempo que criticaban al denominado “determinismo marxista”, iluminaban

⁵⁴ La Primavera de Praga fue un proceso de reformas políticas y protestas que sucedieron en Checoslovaquia entre enero y agosto de 1968. Ver Hobsbawm ([1994] 2006, pp. 397-399).

⁵⁵ Petkoff (1932-2018) fue una figura clave de la política venezolana. Economista, se incorporó a la lucha guerrillera a principios de los años sesenta en las FALN. Tras ser detenido, en 1964 logró fugarse del Cuartel San Carlos de Caracas, junto a otros dos importantes dirigentes de la izquierda, como Pompeyo Márquez y Guillermo García Ponce. Al menos mencionaremos que entre 1962 y 1963 la mayoría de la dirigencia revolucionaria del PCV y del MIR había sido detenida –Gustavo Machado, Rómulo Niño, Pompeyo Márquez, Eleazar Díaz Rangel y Domingo Alberto Rangel, entre otros–. Para fines de 1963, el Gobierno nacional reconoció “la existencia de al menos diez mil” presos políticos (Linarez, 2006, p. 69).

⁵⁶ Para una mirada general de las discusiones de la izquierda venezolana hacia los años sesenta y setenta, ver, entre otros, Rodríguez (1975), Duno & Rangel (1979), Blanco Muñoz (1981), Caballero (1999) y Linarez (2006).

nuevos territorios de lo social y cultural que debían ser analizados; por ejemplo, de qué modo la política y la ideología se presentaban en la cultura de masas y los medios de comunicación.

La *apertura* de la filosofía a pensar distintos aspectos de la sociedad lleva, por otro lado, a conjeturar que las problematizaciones a las que había accedido Pasquali desde su estancia en París, y el posterior desplazamiento hacia la cuestión de la cultura y los medios masivos, se conectaron con las indagaciones de los filósofos de Frankfurt desde otra clave: la reconfiguración de los procesos de producción cultural en un momento en que el capitalismo se había convertido en “una gigantesca maquinaria monopólica” (Horkheimer & Adorno, [1944] 2009, p. 169). Marcuse, por su parte, denunciaba la pérdida de la relación “antagónica” entre cultura y realidad social a partir de la liquidación de su carácter “negativo y de rechazo de los ‘valores culturales’ a través de su incorporación total al orden establecido” mediante la distribución “en una escala masiva” ([1964] 1973, pp. 77-78).

El vínculo de Pasquali con las investigaciones del Instituto de Investigación Social de Frankfurt residiría, asimismo, en un plano político-ideológico; un vínculo que debe entenderse en el contexto de una problemática teórico-política relativa tanto a la emergencia de la sociedad de masas como también al carácter dependiente de los medios de comunicación a las estructuras empresariales monopólicas y transnacionales. Esta condición determinaba “ideológicamente” la producción de contenidos audiovisuales y su carácter “alienante”. La televisión era subordinada “a los requerimientos formales e ideológicos del mensaje comercial” y se convertía a la audiencia en “una masa despersonalizada” a la cual se dirigían “los estímulos mercantiles” (Pasquali, 1967, pp. 28-29). Y aseveraba el autor que los “manuales de *mass-communications*” demostraban una sospechosa pulcritud cuando aseguraban que la televisión era un medio para “informar, divertir y educar”. En Venezuela, sostenía Pasquali, imitar esa posición equivalía a “aceptar la norma heterónoma [...] que mediatiza y cosifica” (p. 119).

Recepción de McLuhan desde el prisma frankfurtiano

Como dijimos, la revista *Imagen* motorizó la renovación y actualización teórica y estética en las artes plásticas, en la literatura, y se ocupó además de la filosofía y el pensamiento contemporáneo. En la publicación se escribieron artículos y reseñas sobre Marcuse, y en menor medida sobre Sartre, Louis Althusser y Roland Barthes. A las manos de la revista dirigida por Sucre había llegado, también, la primera edición de *Understanding Media* del canadiense Marshall McLuhan, que implicó una pronta lectura de Pasquali que fue sintetizada en una reseña crítica publicada bajo el sugestivo título “Marshall McLuhan o la ideología represiva” (Pasquali, 1968c).

Dicho artículo se iniciaba con una reflexión sobre *El hombre unidimensional* de Marcuse.⁵⁷ Si este, sostenía Pasquali, era representante del pensamiento “negativo”, el pensamiento “positivo” de McLuhan “era una franca ideología”: sus ideas eran representaciones “falsas” que respaldaban al orden predominante. La lectura de McLuhan a contraluz de las reflexiones de Marcuse situaba la crítica de Pasquali en una dimensión teórico-política e inscribía a la producción teórica del escritor canadiense como “breviario ideológico del pensamiento conservador”. De aquí que el artículo se proponía “desarmar algunas piezas fundamentales del aparato ideológico de McLuhan” y poner al descubierto las representaciones que justificaban “el papel de la industria cultural en la civilización del bienestar” (Pasquali, 1968c, p. 17).

Desde esta posición teórico-política la crítica de Pasquali se situaba

⁵⁷ Pasquali sostenía que la obra de Marcuse debía ser leída desde “la dialéctica de la ideología y de la utopía” desarrollada por Karl Mannheim. El esquema interpretativo de Mannheim, aseguraba Pasquali, le permitía a Marcuse utilizar categorías como “alienación”, “totalización” y “reificación” que, en su articulación, exhibían a la utopía como “negatividad”, es decir, como crítica y negación de la ideología. Este posicionamiento se volvía “positivo” porque al negar lo existente elaboraba un nuevo “ideal revolucionario” (Pasquali, 1968d, p. 7).

en los “aspectos centrales” del esquema teórico de McLuhan. Dichos aspectos eran tres: la “desaparición” del concepto de “masa”, la neutralización del concepto de “medium” y el desinterés por la pregunta acerca del “uso” de los medios. El concepto de “masa” era central –según el teórico venezolano– para explicar los medios de comunicación: era “el componente sociológico que le otorgaba fuerza y sentido” y permitía pensarlos en su inscripción y rol en la sociedad. Quitarle la *función* masificante otorgada por Horkheimer y Adorno a la industria cultural era una “hábil operación quirúrgica” que desplazaba su sentido crítico. Tras la lectura de *Dialettica dell’illuminismo*, Pasquali entendía que en la sociedad de clases los medios masivos cumplían una tarea fundamental como forma de distraer a los/as trabajadores/as en su tiempo libre, es decir, en el tiempo de ocio determinado por el tiempo de trabajo. Pasquali planteaba que, al quitarle este espesor, McLuhan se inscribía en una trama de conceptualizaciones y formulaciones que sustituían a los medios masivos por nominaciones como “comunicación colectiva”, “comunicación social” o “simplemente medios de comunicación”, que devenían en un “esencialismo tecnológico” al que ya no podían “aplicarse esquemas éticos, políticos, sociológicos y económicos” (1968c, p. 16).

Esas “reformulaciones” conducían a Pasquali a entender que McLuhan pretendía, con el concepto de “medium”, una “neutralización” y naturalización del concepto de los medios masivos. Con la acepción como *simple aparato o extensión de la subjetividad psicofísica* –seguía Pasquali–, McLuhan invalidaba los análisis de “fuentes, modos y efectos del mensaje” que se fundamentaban en la comprensión de la carga significativa e *intencional de los contenidos*. En una dirección contraria al proyecto teórico del autor canadiense, los “significados”, la “influencia”, la concentración del mercado televisivo y el rol político de los medios trazaban el mapa de problemas de investigación en comunicación masiva en el campo académico e intelectual venezolano, y también en las problematizaciones que se llevaban adelante en los encuentros organizados por CIESPAL.⁵⁸ Justamente la pregunta por el uso de los medios,

⁵⁸ Por ejemplo, las conclusiones a las que se arribaron en 1966 en el VII Curso Internacional de Perfeccionamiento en Ciencias de la Información Colectiva de CIESPAL. Ver CIESPAL (1966, pp. 40-42).

que según Pasquali se volvía “insignificante” en la obra de McLuhan, volvía inteligibles los procesos de masificación cultural orientados ideológica y políticamente por las clases dominantes (1968c, p. 17).

En términos políticos, el teórico venezolano acusaba a *Understanding Media* de ser “un episodio típico y perfectamente clasificable de elaboración ideológica”, cuyo propósito “fundamental” era liquidar el discurso sociológico sobre control, contenido y efectos del mensaje difundido por los medios masivos. El pensamiento de McLuhan en tanto “profeta del naturalismo”, como “ideólogo de la conservación”, podía llenar de “regocijo a la Asociación Interamericana de Radiodifusión y a los publicistas” porque era una teoría que justificaba ideológicamente las estrategias de los “gerenciales de la comunicación” (Pasquali, 1968c, p. 18).

La lectura que Pasquali realizó del autor de *Understanding Media* era sintomática de las condiciones de producción de conocimiento en comunicación y medios para una franja de la intelectualidad venezolana. Estas no podían ser más hostiles para el teórico canadiense. Si el “problema político de los medios masivos” había ido *in crescendo* con el correr de los años sesenta, lo fue en equivalente proporción el posicionamiento crítico frente a la masificación de la cultura y los efectos por ella producida. Como vimos anteriormente, los trabajos e investigaciones publicados entre 1964 y 1968 pretendían dar cuenta de cómo los medios influían política e ideológicamente en la sociedad. Esa continuidad en el modo de pensar la relación entre medios de comunicación, cultura y política, se vio *radicalizada* con la incorporación de algunas reflexiones de la Escuela de Frankfurt. En la interpretación que Pasquali hizo de McLuhan, consideramos, se lee el modo en que esa deriva colectiva se inscribió en su propia formación e itinerario intelectual.

Esta entrada analítica para pensar los medios masivos desde algunas conceptualizaciones de la Escuela de Frankfurt, y producto de la consolidación de la producción, circulación e intercambio de estudios que abordaban la relación cultura-comunicación, encontró rápidamente agentes que se vieron interpelados a producir investigaciones desde un posicionamiento teórico similar. Ejemplo de ello fue que, también en 1970, se publicó en Venezuela La plusvalía ideológica de Ludovico Silva, quien según el testimonio retrospectivo de Pasquali había sido uno de

sus más “brillantes alumnos” en la Escuela de Filosofía.⁵⁹

La problemática que Silva se proponía indagar giraba en torno al concepto de “ideología”, y por ello consideraba que la “acumulación del capital ideológico” era operada por la “industria cultural” en los términos adoptados por Adorno ([1970] 1977, p. 225). Silva afirmaba que no era “de extrañar que el ensayista venezolano” que más se había acercado a lo que él denominaba “plusvalía ideológica” fuera Pasquali, el “único” que le había dedicado “serios ensayos al análisis de la industria ideológica por excelencia: la televisión”. Sostenía que *El aparato singular* era un trabajo que presentaba “los elementos analíticos necesarios para una aplicación del concepto de *plusvalía ideológica* a un medio subdesarrollado como Venezuela” (p. 230). En *Teoría y práctica de la ideología*, Silva afirmaba que la potencialidad del análisis de Pasquali residía en que había dejado en evidencia que la televisión venezolana era “una agencia local de intereses extranjeros” que no se limitaban ideológica y económicamente a los “mensajes comerciales”, sino que atravesaban “la totalidad de nuestra televisión” ([1971] 1978, p. 191).⁶⁰

⁵⁹ Entrevistado por el autor, 15 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela

⁶⁰ Las posiciones teóricas de Silva merecen un análisis específico que desborda largamente los objetivos de este ensayo. De todos modos, al menos destacaremos que sus reflexiones, si bien recuperaban los trabajos de Pasquali, se situaban dentro de una matriz interpretativa marxista, que en Pasquali era en todo caso mediada fundamentalmente –pero no solamente– por las referencias a Sartre y a la Escuela de Frankfurt. Por otro lado, podemos afirmar que, allí donde Pasquali sugería pensar en términos de “subdesarrollo”, Silva lo hacía en términos de “dependencia”, estableciendo así una clara diferencia teórica. Para este, los medios de comunicación, en el interior de la industria cultural –que él proponía llamar “industria ideológica”–, ocupaban un lugar clave en la reproducción de las condiciones de dependencia en los países de la región. Además, y esta será una de sus propuestas clave, la producción industrial de ideología era el mecanismo de construcción de la dominación por parte de las metrópolis. Sobre el concepto de “plusvalía ideológica”, ver sus trabajos *La plusvalía ideológica* (1970) y *Teoría y práctica de la ideología* (1971). Para un análisis y reflexión sobre la obra de Silva, remitimos a Ramírez (1981), Morán Beltrán & León del Río (2008) y Guzmán de Silva (2014).

La producción y circulación de estos trabajos se dio en el marco, además, de los primeros intentos de organizar encuentros de investigadores de la comunicación, cristalizados finalmente en Maracaibo en junio de 1970. En el I Encuentro de Investigadores de la Comunicación Colectiva, se planteó la necesidad de difundir estudios y la prioridad de establecer agendas de investigación. En este sentido, afirma Aguirre, las preguntas se desplazaban desde la crítica a las funciones que cumplían los medios de comunicación de masas hacia las condiciones que posibilitaban su contribución al desarrollo social y a la emancipación política (1996, p. 51). El cruce entre crítica teórica y praxis política se formulaba en consonancia con unas tramas regionales en las que los estudios sobre comunicación, medios y cultura, se inscribían en un amplio “movimiento crítico y revitalizador de las ciencias sociales” (Sánchez Ruiz, 1992, p. 19).

Capítulo II

De la investigación académica a las políticas estatales de comunicación

Entre la gestión universitaria y las redes académicas de comunicación

Luego de una intensa actividad intelectual en espacios heterogéneos de la producción cultural, entre 1970 y 1971 Pasquali pasó un año sabático en Italia. A su retorno se entrevistó con Félix Adams,⁶¹ el decano interino de la Facultad de Humanidades y Educación de la Universidad Central de Venezuela (UCV). A un Pasquali alejado de la coyuntura académica, la nueva autoridad le comentó cuál era la situación institucional tras los efectos de la renovación universitaria –en términos de transformación de planes de estudio, reincorporación de docentes, nominaciones de carreras y titulaciones–, y le planteó que la única escuela que aún no había podido cerrar dicho proceso era la de Letras. Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, dialogaron sobre la posibilidad de incorporar a un agente “distante” de la escuela, de modo que su posición e intereses no implicaran tensiones en la toma de decisiones que se tenían que llevar adelante. A la noche siguiente de la reunión, Adams se comunicó telefónicamente con él para ofrecerle el puesto de director

⁶¹ Doctor en Pedagogía por la Universidad de La Habana en 1945, a su retorno a Venezuela comenzó a militar en el partido Acción Democrática. Desde mediados de la década del sesenta fue profesor de la UCV, hasta convertirse primero en director de la Escuela de Educación (UCV) entre 1971 y 1972, y luego en decano en el período 1972-1975.

de la Escuela de Letras.⁶²

En 1972 Pasquali asumió el cargo en condiciones muy tensas.⁶³ Hacia 1971, una franja de la militancia universitaria, liderada por un grupo de profesores y estudiantes nucleados en el Comité Revolucionario de Acción Estudiantil (CRAE), demandaba la incorporación de las “clases de menos recursos” y que la universidad estuviese mediada por los intereses de la sociedad y no “por motivaciones extranjeras” (Negrón, 2005, p. 108). Este movimiento llegó a su fin con la intervención de la universidad y la designación de nuevas autoridades, entre las que se encontraba Adams, que venía de ser ministro de Educación de la Nación. Según el testimonio de Alfredo Chacón, el complejo lugar de Pasquali en dicho proceso –promoción a director en una escuela universitaria intervenida estatalmente– estuvo vinculado a la necesidad de establecer acuerdos y diálogos con profesores y alumnos del CRAE, en el marco general de “reordenamiento” institucional.⁶⁴

La posición alcanzada por Pasquali en el interior de la universidad –rol que ocupó durante casi dos años– era privilegiada no solo por el carácter político en términos de dirección y conducción de una escuela, sino también por constituir un espacio que le sirvió para establecer *lazos estratégicos* con agentes internos y externos a la UCV. Por entonces se estaba reorganizando el Instituto de Investigaciones de Prensa de la universidad, para el cual se habían iniciado diálogos con espacios dedicados a la investigación en Europa, Estados Unidos y Brasil. En este sentido, para noviembre de 1972, una “comisión coordinadora” le informaba al decano de la Facultad de Humanidades y Educación que el “antiguo” instituto estaba en “proceso de reorganización para convertirlo en el Instituto de Investigaciones de la Comunicación” y que se estaban realizando “los trámites finales para su concreción”.⁶⁵

⁶² Entrevistado por el autor, 16 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

⁶³ Fue nombrado director el 8 de febrero de ese año. Notificación del nombramiento, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo” (Archivo Histórico de la FH y E, UCV).

⁶⁴ Entrevistado por el autor, 17 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

Las relaciones establecidas con Adams le permitieron a Pasquali incorporarse al proceso de creación del instituto y que su aprobación se diera rápidamente. El primer estatuto del Instituto de Investigaciones de la Comunicación (IIC) postulaba como objetivo desarrollar la “investigación científica de la comunicación social”, que se caracterizaba como uno de los “fenómenos de mayor incidencia en las relaciones humanas y en la conformación de la sociedad contemporánea”. Si bien el documento no estaba firmado, condensaba la perspectiva teórico-epistemológica promovida por Pasquali en sus trabajos previos. Se orientaba a investigar el “fenómeno” desde cuatro “niveles”: el *político-sociológico*, para el estudio de los medios como “factores de dinámica social”; el económico, para la “medición de sus concretas influencias” en el ámbito de la economía; el *psicosocial y psicológico*, para el análisis del comportamiento individual y relacional “inducido” por la presencia de los medios masivos; y el lingüístico, para estudiar su “incidencia en el habla”.⁶⁵

En otro de sus apartados, referente a la formación de sus miembros, se proponía la “realización periódica de cursos de perfeccionamiento [...] en todo lo relativo a la investigación y metodología”. El proyecto apostaba por el intercambio internacional como medio de profesionalización de la práctica científica, con la realización de viajes a institutos internacionales o convocar a “profesores extranjeros o nacionales” que por sus “competencias” y “preparación” resultaran idóneos para la experiencia formativa de los/as integrantes del instituto.

En este marco, y luego de que la Escola de Comunicações e Artes de la Universidad de São Paulo tradujera al portugués *El aparato singular*, publicado como *Análise de um dia de televisão em Caracas* (Pasquali, 1970), Pasquali fue invitado por la Universidad de Brasilia en 1973 a dar clases. Para esos años, en Brasil estaba en pleno funcionamiento el Instituto da Ciências da Informação (ICINFORM) y la ya nombrada Escola de Comunicações e Artes (Aragão, 2017, p. 143). Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, la Universidad de Brasilia lo había contratado para

⁶⁵ “Informe al decano de la Facultad de Humanidades y Educación”, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación” (Archivo Histórico de la FHyE, UCV).

dictar un curso sobre la Escuela de Frankfurt, de la que había mostrado conocimiento en El aparato singular: especialmente sobre las reflexiones de Adorno, Horkheimer y Marcuse.⁶⁷ El viaje, además, fue una posibilidad para establecer contactos personales con José Marques de Melo, Luiz Beltrão y Tereza Halliday.

Las discusiones y tensiones que atravesaban el campo intelectual y académico en Brasil se vinculaban, dicho esquemáticamente, a dos procesos que se produjeron paralelamente: por un lado, el avance hacia todas las áreas de la vida social del proyecto represivo de la dictadura militar iniciada en 1964 y, por otro, la crisis de legitimidad del Partido Comunista Brasileiro (PCB) entre la intelectualidad. Como sostiene Jorge Coelho Soares (2010), había tendencias internas en la militancia de izquierda que promovían un proceso de inserción y traducción de teóricos marxistas poco conocidos en Brasil. Referencias, en definitiva, que permitieran enriquecer y actualizar los marcos de comprensión en torno a los emergentes dilemas de la burocratización del Estado y sus estrategias represivas, de la cultura de masas, la ideología y el rol de los medios masivos de comunicación. Este contexto de tensiones político-intelectuales habilitó la proliferación de publicaciones de autores de la teoría crítica.⁶⁸ Dos trabajos fueron claves en ese incipiente escenario de interlocución académica entre Venezuela y Brasil, por la mediación de Marques de Melo:⁶⁹ la publicación de la tesis doctoral de Gabriel Cohn, *Sociologia da comunicação* (Pioneira, 1972), y también la compilación organizada por Cohn, titulada *Comunicação e Indústria Cultural* (Editora Nacional, 1973). En ambos trabajos, Cohn procuraba incorporar la pregunta por las tecnologías de la comunicación y los significados de los

⁶⁷ Entrevistado por el autor, 9 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

⁶⁸ Para profundizar en la rica historia de la recepción de la Escuela de Frankfurt en Brasil, ver Coutinho (1986); Ortiz (1988); Chacon (1994); Entel, Lenarduzzi & Gerzovich ([1999] 2005); Maar (2005); Pressler (2006); Camargo (2006, 2012, 2014); Silva (2007); Duarte (2009); y Musse (2018).

⁶⁹ Marques de Melo había fundado en 1967 el Centro de Pesquisas da Comunicação Social de la Facultad de Periodismo Cásper Líbero, en São Paulo. Además, era miembro fundador y docente de la Escola de Comunicações e Artes de la Universidad de São Paulo.

discursos mediáticos en el interior de las ciencias sociales, y así legitimar su estatuto científico.

En el marco del proyecto editorial *Coleção Meios de Comunicação Social*, que publicaba la editorial Vozes en la ciudad de Petrópolis, se editaron en 1973 un conjunto de artículos de Pasquali en formato libro bajo el título *Sociologia e comunicação*, traducidos por Santo Rossetto y Vitor Hugo. La idea del consejo editorial –formado por Marques de Melo, Beltrão y Halliday– fue incluir el trabajo en la *Série Manuais*, un proyecto de divulgación científica, junto a otros estudios que exploraban los aspectos teóricos y metodológicos de la comunicación social. Entre los materiales que se habían publicado, estaban *Comunicação social: teoria e pesquisa* (1970), de Marques de Melo; *O controle da informação no Brasil* (1970), de Antonio Costella; *Jornalismo Audiovisual* (1971), de Walter Sampaio; *Teoria da Informação* (1971), de Marcello d’Azevedo; y *Fundamentos Científicos da Comunicação* (1973), de Adisia Sá y otros.

Las reflexiones de Pasquali, consideraba Marques de Melo en el prefacio, eran una de las “pocas y vigorosas excepciones” dentro de un cuadro general de producción de conocimiento cuyos marcos conceptuales provenían de Europa o de los Estados Unidos (1973, p. 5).⁷⁰ Si bien eran ideas que “tenían como punto de referencia la situación cultural venezolana”, eran posibles de ser “extrapoladas de las fronteras nacionales y abarcar a toda América Latina”, en particular a Brasil, “por la coincidencia entre las preocupaciones sociológicas del autor y los problemas” que interpelaban a la intelectualidad local respecto al “sector de la comunicación de masas” (p. 6). En la contratapa, se presentaba a Pasquali como un “investigador social” que estaba “en la vanguardia de los estudios de comunicación en América Latina”; su trabajo era considerado como una “desmitificación de las teorías exportadas por los países desarrollados” y su “alto nivel científico constituía un itinerario seguro para los estudios en comunicación” (Pasquali, 1973, s/p).

Sociologia e comunicação contenía pasajes de *Comunicación y cultura de masas*; artículos publicados en *Imagen*, como “Marshall McLuhan o

⁷⁰ Traducción propia. Se indicará lo contrario cuando sea pertinente.

la ideología represiva”; y un breve e inédito artículo titulado “Por uma cultura como quarto poder”. En este trabajo, el teórico venezolano planteaba que las “más sutiles formas de alienación” fluían “de los poderes culturales”: en “la etapa de su mayor democratización cuantitativa”, la cultura se convertía en uno de los “instrumentos de dominio más penetrantes y eficientes” (Pasquali, 1973, p. 159). En estas circunstancias histórico-sociales, sostenía Pasquali siguiendo la línea de reflexión frankfurtiana, “solo una cultura heterodoxa y utópica” podía “escapar a la integración definitiva” que promovía el mercado (p. 163).

Para finales de 1973, Pasquali alcanzaba una posición destacada: a nivel local, la institucionalización de una red de estudios en comunicación, a la par del desarrollo de la industria editorial motorizada por la UCV y Monte Ávila, da cuenta de la ampliación y consolidación de un campo de saberes con una autonomía creciente. En una escala transnacional, y por intermedio de la actividad intelectual clave de agentes como Marques de Melo, se observa un proceso de consolidación disciplinar a través de una red de producción y circulación de estudios –con el lento desarrollo de un sistema de traducciones– dedicados a los medios masivos y la ideología, y más o menos interesados por el carácter científico de la comunicación. El afianzamiento de Pasquali como referencia a escala latinoamericana se fue dando a partir de un proceso, como sostenía Marques de Melo, de avanzar hacia la formación de un campo de comunicación regional. La posición relevante del campo académico venezolano en la producción de saberes, y también como espacio clave de intercambio con organismos internacionales como la UNESCO, fue convirtiendo a los académicos de dicho país en un polo de producción de saberes a los que las academias de otros puntos de la región, como las de Brasil, buscaron traducir e incorporar a sus programas de formación e investigación universitaria.

Un instituto para investigar la comunicación

En 1973 Pasquali fue director del Instituto de Investigaciones de Prensa y, desde abril de 1974, comenzó sus tareas como director del Instituto de Investigaciones de la Comunicación, cambiando sus siglas a

ININCO.⁷¹ Pasquali había presentado una estructura provisoria de las “unidades ejecutoras” del Instituto y una “exposición de motivos” para ser considerada por el consejo universitario de la UCV.⁷² Analizar este *anteproyecto* nos permite pensar el programa teórico que se institucionalizó; los marcos de interpretación desde los cuales se abordaban los problemas en torno a los medios, la cultura y la política; y en qué redes de investigación se inscribía para justificar su fundación. También permite ver cómo la posición teórica y la trayectoria de Pasquali se condensaron en el proyecto institucional.

Allí se sostenía que se había producido un *desplazamiento* desde los estudios de prensa hacia los de comunicación en cuanto a que “el sentido y la metodología de la investigación” referida a los medios masivos había “desbordado” los “simples estudios sobre la prensa”. Por eso las escuelas y los departamentos en Estados Unidos y Europa habían comenzado a interesarse por el estudio de la televisión, la fotografía, las revistas y la publicidad, situación que demandaba –continuaba el documento– la formación de institutos *especializados*. Este desplazamiento hacía evidente que el “viejo investigador en periodismo resultaba un ente incompleto”. La investigación en comunicación debía “valerse de los conocimientos” de psicólogos, sociólogos, lingüistas y psiquiatras, y en general “de los estudiosos de la propaganda y de la opinión pública”. Esta revisión del modo de comprender la investigación requería salir de una mirada estrechamente situada en los medios hacia una perspectiva “pluridisciplinaria” y “totalizadora”, para lo cual el instituto debía atravesar un proceso de “modernización”.

La ampliación del campo de investigación en comunicación, según el documento, incorporaba varias dimensiones: análisis de la intercomunicación personal; del contenido de los mensajes; de la composición,

⁷¹ Para una reconstrucción de la historia de la institución desde los testimonios de sus directores, ver la investigación de María Eugenia Ossott (2010).

⁷² La “Presentación” de Pasquali citada en este y en los siguientes párrafos fue extraída del expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, del Archivo Histórico de la FH y E (UCV).

comportamiento, actitudes y expectativas del receptor de mensajes masivos; y en torno a “la infraestructura económica de los medios”. Una última dimensión se denominaba como “lo real y lo ideal en el empleo de los medios de comunicación social”, orientada hacia el estudio de los aspectos políticos, “*jurídicos*” y “*educativos*” del mercado de los medios masivos.

La reconfiguración del modo de entender a la comunicación se complementaba con una *transformación en la comprensión* del proceso de investigación: de la figura del investigador individual al trabajo colectivo. En este sentido, se planteaba que los estudios, “divididos en planes, metas y tareas, debidamente supervisados y programados”, permitían “la realización de trabajos de gran envergadura” ante una realidad que, pensada desde ese prisma, adquiriría mayores niveles de complejidad. La “dificultad” que se desarrollaba en la “exposición de motivos” tenía que ver con la necesidad de *jerarquizar* el trabajo de investigación. Si bien el documento no lo planteaba estrictamente en esos términos, sí afirmaba que la única “garantía” de eficacia del trabajo era que los miembros permanentes del instituto tuvieran dedicación exclusiva o, cuanto menos, tiempo completo para la labor investigativa. Ese desplazamiento al que aludía el documento, era doble en cuanto a que estaba vinculado a la transformación de la perspectiva epistemológica y a la necesidad de traducir esa perspectiva en un proyecto institucional desde el cual promover las nuevas líneas de trabajo.

Sobre el final del documento se indicaba que las fuentes que “inspiraban” la propuesta eran instituciones europeas, norteamericanas y latinoamericanas que profesores y estudiantes habían visitado.⁷³ Cuatro modelos representaban “lo más simple, moderno y eficaz” en términos de institucionalización de la investigación en comunicación: el Centre d’Etudes des Communications de Masse (CECMAS) adscrito al Centre de la Recherche Scientifique de París, el Centre for Mass Communications Research de la Universidad de Leicester en Inglaterra, la School of Jour-

⁷³ Los profesores Jesús Rosas Marcano, Fausto Izcaray y María Teresa Lara habían viajado a institutos y universidades de esas geografías.

nalism and Mass Communications de la Universidad de Wisconsin y la Escola de Comunicações e Artes de la Universidad de São Paulo.

De la tradición norteamericana se recuperaba el “conocido esquema de [Wilbur] Schramm” que entendía a la comunicación como “una institución social” porque permitía analizar el proceso comunicacional en el marco de una red de problemas más complejos: su sitio en la estructura y en las funciones sociales; la selección de los canales de información; la naturaleza de sus mensajes y lo que hacía la comunicación en el vivir cotidiano, en cómo contribuía “al cambio social o a la inoperancia del cambio”. Se reconocía, por otro lado, que el análisis *lingüístico* era “una aportación valiosa de la tradición francesa” que situaba la pregunta por la comunicación en relación con “la llamada Ciencia General de los Signos”. La referencia era Barthes, entonces adjunto a la dirección de la Escuela de Altos Estudios de París. La semiología encontraba en “la comunicación de masas un objeto de estudio privilegiado”. El “análisis simbólico” que se intentaba explorar por medio de la semiología demandaría de los/as investigadores/as “una responsabilidad de invención” e imaginación científica que se centraría fundamentalmente en la “imagen y el discurso escrito”.

Cuando el ININCO abrió sus puertas uno de sus primeros desafíos fue la formación de recursos humanos en investigación. Pasquali dictó en 1974 un seminario sobre la teoría crítica denominado “Reflexiones sobre la Escuela de Frankfurt”, similar al que había dado en la Universidad de Brasilia. El curso de formación se desarrolló a lo largo de doce sesiones de trabajo y tuvo entre sus alumnos/as a profesores/as de las escuelas de sociología, economía, psicología y comunicación social. En su testimonio retrospectivo, Elizabeth Safar, quien luego de cursar el se-

⁷⁴ Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela. Según Safar, entre otros académicos y jóvenes investigadores, participaron Leoncio Barrios, Karen Borden, Clara Kizer, Evangelina García Prince, Raúl Entrada, los hermanos Oscar y Jorge Cáceres, y quienes acompañaron a Pasquali en el proceso de fundación del ININCO –Jesús Rosas Marcano, Raúl Agudo Freitas, Luis Aníbal Gómez y Oswaldo Capriles–.

minario se incorporó como investigadora al Instituto, recuerda que las clases estaban conformadas por un “grupo interdisciplinario” y que habían trabajado “fundamentalmente el libro *Dialéctica del iluminismo*”,⁷⁴ que ya circulaba con mayor fluidez a partir de la traducción de Héctor Murena publicada por la editorial argentina Sur en 1969.

Ese mismo año, se editó *El imperialismo en busca de la contra revolución cultural*, de Armand Mattelart, en una edición conjunta entre el ININCO y la UCV (1974). En la contratapa se destacaba que el texto se había publicado en el primer número de la revista *Comunicación y Cultura*, que se definía como un “órgano” que reunía a un conjunto de intelectuales interesados en la “participación y efectos de la comunicación masiva en el proceso de liberación de América Latina”. Capriles decía en el prólogo que el trabajo de Mattelart permitía entender que el “sistema comunicacional” formaba “*parte esencial* de la estructura económica”, como elemento “*inseparable y necesario* de la dominación política” al *institucionalizar* relaciones de dependencia. El trabajo del investigador belga sorteaba los “viejos errores mecanicistas” de creer que la dependencia cultural era un “simple reflejo o emanación de la estructura clasista”, y ponía de relieve que el problema de los “sistemas de comunicación” debía ser pensado desde su inscripción en la estructura económica y política (Capriles, 1974, p. 5).

A mediados de 1975, el ININCO invitó al investigador argentino Eliseo Verón, que fue presentado en la revista *Comunicación* como miembro de la Escuela de Altos Estudios de París, del Instituto Torcuato Di Tella de Buenos Aires y de la revista *Lenguajes*. Verón dictó dos conferencias en el Centro de Estudios Rómulo Gallegos que tuvieron como título “Ideología y teoría del discurso”. La llegada de Verón fue considerada como una “visita importante para la comunicación venezolana”, dado que el profesor argentino era uno de los “más destacados investigadores” a nivel internacional. Su método de análisis estructuralista, se afirmaba en la nota publicada en *Comunicación*, “permitía diferenciar y al propio tiempo interrelacionar los sistemas ideológicos que en el nivel de la metacomunicación” operaban en los medios masivos (1975c, pp. 63-64).

En suma, podemos ver cómo la fundación y puesta en marcha del ININCO permite dar cuenta de las redes intelectuales y de los dilemas que ocupaban a una franja de los investigadores en comunicación: analizar la realidad comunicacional, política y cultural a partir del diálogo entre

marcos de interpretaciones europeos, norteamericanos y latinoamericanos. Una red académica latinoamericana que habilitaba la circulación de investigadores/as y obras, estableciendo intercambios entre distintas experiencias y formaciones en la investigación en comunicación, ideología y cultura. Como problemas se destacaban la conceptualización de la cultura de masas y la crítica cultural, la necesidad de pensar política y económicamente a los medios masivos, y el análisis ideológico de los discursos que encontraba en los medios de masas un “objeto de estudio privilegiado”.

La intelectualidad venezolana y las políticas estatales de radiodifusión

Una franja de los/as referentes culturales, entre los/as que se encontraban Pasquali, Juan Liscano, Miguel Otero Silva y Oswaldo Vigas, acompañó activamente la candidatura y el posterior gobierno de Carlos Pérez (1974-1979).⁷⁵ Pasquali recuerda que le solicitó a su amigo Liscano, por entonces director de la comisión organizadora del Consejo Nacional de Cultura (CONAC), incorporarse al sector encargado de pensar una política de radiodifusión; poco después, fue nombrado responsable del Comité de Radio y Televisión de la comisión preparatoria del CONAC.⁷⁶

Además de las relaciones de amistad que habilitaron su inserción en el CONAC, Pasquali contaba con una prestigiosa trayectoria intelectual que lo conectaba con una pluralidad de espacios y lo situaba en redes

⁷⁵ De tendencia ideológica socialdemócrata, su ascenso al poder presidencial como candidato de Acción Democrática representó el inicio de un proceso de reformas en los planos económicos y culturales. Llevó adelante medidas como la nacionalización del petróleo y de la industria siderúrgica y del metal. Al respecto, ver Velázquez ([1976] 1979). Por su parte, Jesús Aguirre (2005) sostiene que las políticas culturales y comunicacionales del Gobierno de Pérez se inscribían en la matriz de un capitalismo nacional y de promoción de políticas estatales en el marco de la crisis internacional del petróleo.

⁷⁶ Entrevistado por el autor, 9 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

e instituciones tanto nacionales como regionales. En 1973 había sido convocado a participar del Convenio Andrés Bello para organizar “un proyecto de mejoramiento y expansión de educación a distancia (tele-educación) que profundizara el desarrollo y la integración sub-regional” (*Chasqui*, 1973, p. 59).⁷⁷ A partir de la mediación estatal, Pasquali había iniciado el vínculo con los espacios formados por la UNESCO, en los que conoció, entre otros, al investigador boliviano Luis Ramiro Beltrán⁷⁸ y se insertó en las emergentes discusiones sobre la planificación de políticas culturales orientadas a la comunicación y a la educación.

En el marco de las actividades organizadas por la UNESCO, Pasquali participó de la Reunión de Expertos sobre Políticas de Comunicación para América Latina y el Caribe que se realizó en Bogotá en agosto de 1974.⁷⁹ Siendo el “desarrollo” la idea fuerza que movilizaba la producción del documento, la síntesis de la reunión elaborada por Beltrán presentaba como ineludible la participación del Estado en la producción cultural y comunicacional. Para que el Estado se convirtiera en agente rector del desarrollo, se tenía que organizar en cada país un “Consejo Nacional de Política de la Comunicación” y formular una “Ley General de la Comunicación” que estipulara las normas básicas que ordenaran a los medios masivos (Beltrán, 1974, pp. 18-19).

Esta perspectiva fomentada por la UNESCO abría la posibilidad en tér-

⁷⁷ En el marco del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), los Gobiernos de Bolivia, Colombia, Chile, Ecuador, Perú y Venezuela presentaron de forma conjunta un proyecto que tenía tres objetivos: la creación de una facultad latinoamericana de ciencias de la comunicación, orientada al posgrado; un fondo editorial para la producción de libros de ciencias sociales; y, en tercer lugar, la realización de investigaciones educativas y comunicacionales en el área de los países andinos.

⁷⁸ Doctorado en Comunicación y Sociología por la Universidad de Michigan, Beltrán fue contratado por la UNESCO a principios de los años setenta como consultor y asesor para la organización de reuniones de expertos en América Latina.

⁷⁹ Sobre los debates y las posiciones de la UNESCO, ver López-Escobar (1978), Murciano (1981), Salinas (1984), Gifreu (1986), Capriles (1996), Exeni (1998), Esteinou (2004), Sánchez Ruiz (2005) y Quirós (2013).

minos políticos y teóricos de pensar *distintas modalidades de intervención estatal* para establecer un equilibrio entre los objetivos de las empresas privadas de comunicación y la necesidad de diversidad cultural demandada por la sociedad. La perspectiva desarrollista propiciaba y legitimaba reformas culturales y, dentro de estas, las que involucraban a la industria cultural masiva. Por otro lado, se hacía énfasis en la necesidad de articular la producción de saberes con la práctica política, en la idea de que los académicos e intelectuales se orientaran a investigar teniendo como horizonte las necesidades de sus respectivos países. En este sentido, en la reunión se había llegado a la conclusión de que la investigación tenía que estar “al servicio del desarrollo nacional” (Beltrán, 1974, p. 22).

En ese marco de discusiones y proyectos sobre políticas de comunicación, Pasquali recuerda que fue invitado “en cuatro oportunidades” en carácter de experto y consultor a Perú, por el Gobierno de Juan Velasco Alvarado.⁸⁰ Después de 1968, Perú había experimentado cambios radicales en su radio, televisión y prensa bajo el velasquismo. Las medidas incluyeron la expropiación de los diarios de Lima y el control accionario de los canales de televisión y estaciones de radio (Gargurevich, 1987). Además de lo que estaba aconteciendo en Perú, de forma paralela se producían intensos debates –no necesariamente análogos entre sí– en Chile, Brasil, México y Argentina.⁸¹ En este último país, particularmente, la televisión tuvo un breve período de transformaciones en la primera mitad de los setenta, durante el gobierno de Juan Perón en 1973. Las estaciones de televisión volvieron a ser propiedad del Estado y se expropiaron empresas privadas de producción (Morone & De Charras, 2005).

Con lo dicho anteriormente, queremos indicar que Pasquali no era simplemente un intelectual cercano al Gobierno de Pérez, sino que con-

⁸⁰ Entrevistado por el autor, 1 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

⁸¹ Sobre los procesos de formulación de políticas de comunicación en Perú y en general en América Latina, ver Beltrán (1976), AA. VV. (1981), Beltrán & Fox (1982), Gargurevich (1987) y Fox (1988, [1988] 1990).

taba con una trayectoria vinculada a espacios y organizaciones políticas que estaban pensando la formulación de políticas de comunicación. El CONAC fue la plataforma desde la cual el Gobierno nacional convocó a intelectuales y académicos a diseñar una *ley de cultura* que contuviera entre sus artículos la proyección de una nueva política de radiodifusión del Estado venezolano. La propuesta de la Ley del Consejo Nacional de la Cultura era la promoción estatal de la producción cultural, el desarrollo de las instituciones que garantizaran la manifestación y la difusión de “los valores de la sociedad venezolana”. El artículo 4 del proyecto de ley definía como “área de interés prioritario” la producción, formación, incremento e investigación de todo “el campo de la cultura” y de aquellas expresiones que circularan “a través del mensaje cultural impreso, radio-eléctrico y cinematográfico”. El Estado crearía y mantendría los servicios que “garantizaran el disfrute de la cultura para todos los habitantes del país”.⁸²

El Comité de Radio y Televisión se encargó de elaborar un informe sobre la producción cultural masiva. Desde su posición como director de aquel, Pasquali estableció diálogos con una diversidad de referentes del campo cultural, político e intelectual que, entre noviembre de 1974 y mayo de 1975, se reunieron en veintiocho sesiones de trabajo para formular la política de radiodifusión del Estado venezolano.⁸³ El “Informe Ratelve” fue finalizado en mayo de 1975 y posteriormente la librería y editorial SUMA lo publicó en formato libro con el título *Proyecto Ratelve*

⁸² Gaceta Oficial, n.º 1768, “Ley del Consejo Nacional de la Cultura”, Caracas, 29 de agosto de 1975.

⁸³ El Comité reunió a distintos sectores: del universo académico, se convocó a referentes cercanos a Pasquali, como Agudo Freites, Capriles y Mujica; de distintas carteras del Estado, a Elizabeth Caldera, Lorenzo Azpurúa, Francisco Tugues y Manuel Padilla; como miembro del sindicato de Trabajadores de Radio, Teatro, Cine, TV y afines, a Carlos Rodríguez; de las Fuerzas Armadas, a Hely Saúl Santeliz y Carlos Pérez Méndez; y, como representante de la Iglesia, al por entonces obispo auxiliar de Caracas, Ovidio Pérez Morales. Como asesores externos, participaron Luis Beltrán, Elizabeth Fox y Ramiro Tamayo, que colaboraban en los informes parciales elaborados por el Comité en el marco de las disposiciones establecidas por la UNESCO.

(1977). La edición presentaba una introducción general que resumía los aspectos básicos de la propuesta. A lo largo de cinco capítulos se desarrollaban los principios generales de la nueva política, un análisis del mercado comunicacional y los aspectos que debía contener la nueva institución “Radiotelevisión Venezolana Ratelve” (AA. VV., 1977, p. 327).

El grupo de trabajo inscribía su propuesta en las orientaciones de la UNESCO, como organismo que guiaba “el ordenamiento de prioridades entre las necesidades reales del país” (Aguirre, 1978, p. 74). Además, dialogaba con las experiencias de formulación de políticas de comunicación que se estaban produciendo en algunos países latinoamericanos, fundamentalmente en Perú. Se recuperaban aspectos de la Ley General de Telecomunicaciones decretada en Lima en 1971,⁸⁴ como la obligación del Estado de garantizar el servicio telecomunicacional a todo el territorio nacional y de posibilitar el derecho a la comunicación (AA. VV., 1977, p. 354).

Según los datos elaborados por Capriles (1976), miembro del Comité de Radio y Televisión, hacia principios de los años setenta el mercado de la radio y la televisión en Venezuela tendía a concentrarse en unas pocas empresas. En el campo de la radiodifusión, el investigador observaba una “concentración relativa” de emisoras en “cadenas” que mantenían lazos internos de tipo financiero, “bajo la hegemonía o la total dominación de un grupo de propietarios”. Específicamente, más del 60 % de la emisión radiofónica se distribuía en el sector privado entre la Radio Tiempos –33 emisoras–, Radio Rumbos –24 emisoras–, Radio Visión –12 emisoras– y Radio Mundial –10 emisoras– (Capriles, 1976, p. 99).

En lo referente al mercado televisivo, estaba “repartido” entre dos grandes cadenas privadas: Radio Caracas Televisión, bajo el control accionario del Grupo Phelps y de otras empresas de menor participación, entre las que se encontraba la norteamericana National Broadcasting Company (NBC); y Venevisión, que correspondía al holding Corporación Venezolana de Televisión (CVT). En esta segunda empresa, el “factor eco-

⁸⁴ El Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas, conducido por Velasco Alvarado, promulgó la Ley General de Telecomunicaciones en el Decreto Ley 19020, el 9 de noviembre de 1971.

nómico dominante” correspondía al Grupo Cisneros, y en menor medida a la American Broadcasting Company, “uno de los grandes networks americanos”. En esta configuración, el sector público contaba con un mínimo porcentaje de audiencia para la Televisora Nacional (TVN-5) (Capriles, 1976, pp. 103-104).

El diagnóstico elaborado por el grupo de trabajo confirmaba que el mercado de medios de comunicación estaba conformado, fundamentalmente, por empresas privadas en relación con la actividad publicitaria. La Asociación Nacional de Anunciantes (ANDA) representaba a las empresas del sector más importantes, al tiempo que se vinculaban o dependían de “intereses de corporaciones transnacionales” (AA. VV., 1977, p. 145). El informe concluía que los capitales del sector privado representaban el 60 % del gasto publicitario y el 40 % restante lo proporcionaba el Estado. En la base misma del sector privado de la radiodifusión, afirmaba el informe, se encontraba el Estado como “alimentador fundamental”, pero el sector público no ejercía ninguna influencia sobre las “formas y contenidos”, que se mantenían en los “cánones de la doctrina privada”. Entre las entidades centrales del sector se encontraba la Federación Venezolana de Agencias Publicitarias (FEVAP); la Asociación Internacional de Publicidad, “sucursal venezolana” de la International Advertising Association (IAA); el Bloque de Prensa Venezolana –agrupaba a los/as periodistas–; la Cámara de la Industria Cinematográfica Nacional; y la Cámara Venezolana de la Industria de la Radiodifusión (p. 146).

Para la elaboración del informe, el equipo se encontraba semanalmente y presentaba un análisis sobre políticas de comunicación en la región. Pasquali le solicitó a Ovidio Pérez Morales, que trabajaba para el Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), un estudio sobre la posición de la Iglesia en torno a la comunicación social. El exobispo de Caracas sostiene en su testimonio retrospectivo que se producían “intensas y formativas” discusiones que eran correlativas a la diversidad de trayectorias y formaciones políticas e ideológicas de los miembros del Comité.⁸⁵ Esas tensiones se trasladaron al informe en cuanto a que

⁸⁵ Entrevistado por el autor, 11 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

ciertos aspectos en torno a la intervención estatal fueron más acentuados que otros. El Comité tenía una composición heterogénea: estaban Mujica –uno de los líderes del PCV– y Capriles, de tendencia marxista; representantes del ejército de corte nacionalista, que promovían la intervención estatal sin tener como horizonte una sociedad socialista; y el propio Pasquali, vinculado a una tendencia socialdemócrata.

Para alcanzar los objetivos plasmados en el proyecto, era necesario discutir el régimen de propiedad de los medios masivos de comunicación. Sintomático de las tensiones internas es que la propuesta oscilaba entre un sistema de estatización total de la radiodifusión y un orden mixto. En el primer caso, la regulación sería ejercida de forma planificada por el sector público sobre el contenido de los mensajes difundidos, aun cuando la participación pública fuera parcial. El control se acompañaba de la propiedad de los instrumentos de producción y emisión hasta configurar monopolios verticales que abarcaran producción, conservación, emisión, comercialización y publicidad. En el caso del régimen de propiedad mixto, debían convivir en relaciones de “equilibrio” una radiodifusión pública con una privada. En este sistema, el poder público podía ofrecer a la colectividad “dos elementos esenciales para un servicio público”: cobertura territorial total y la posibilidad para el usuario de elegir entre programas competitivos y complementarios. Entre otras cuestiones, era importante que el sector privado estuviera sometido a las metas generales del servicio público (AA.VV., 1977, p. 41).

El informe situaba a la comunicación en una estrecha relación con la organización política de la sociedad. Una de las definiciones clave que estipulaba era la *dimensión constitutivamente política de la comunicación*: se trataba de comprender que la organización *comunitaria* no podía producirse sin *comunicación*, es decir, como una modalidad relacional en la cual todos los sujetos debían tener las mismas posibilidades de acceso y participación en los procesos comunicacionales (AA.VV., 1977, pp. 35-36). Los servicios públicos de radiodifusión, por lo tanto, debían estar al servicio de los intereses de la colectividad bajo la dirección de la planeación nacional, haciendo de la radiodifusión un instrumento fundamental de desarrollo. La orientación global de la radiodifusión era tarea del Estado con el objetivo de armonizar los sectores público y privado. El Estado, por lo tanto, debía convertirse en rector de la comunidad política con una función indelegable en defensa y promoción

de la libertad, igualdad, desarrollo e independencia del pueblo. En contraste, sostenía el proyecto, la industria tendía a una monopolización cultural: los centros o núcleos del poder económico eran los únicos en condiciones de generar las grandes inversiones requeridas por las nuevas infraestructuras tecnológicas para la producción, distribución y el consumo de bienes simbólicos.

En este marco fue que el Proyecto Ratelvé planteó entender a la radiodifusión como un servicio público definido como aquel que, controlado o administrado directamente por el Estado, debía atender con carácter exclusivo los intereses colectivos, armonizando el uso de la radio y la televisión a las metas del desarrollo nacional planificado por organismos competentes. Así, los términos de la relación medios-comunidad debían invertirse, “*de instrumentos de evasión y consumismo a inductores de un nacionalismo crítico, consumos racionales, conciencia social y participación democrática en los asuntos públicos*” (AA.VV., 1977, p. 41).

Para ser un “genuino servicio público”, la radiodifusión debía adecuarse a las “verdaderas” necesidades sociales y culturales de la colectividad venezolana (AA.VV., 1977, p. 43). La necesidad “fundamental” era garantizar a todo/a ciudadano/a el uso de la radiodifusión como un derecho provisto por el Estado con fines educativos, informativos, de ocio y entretenimiento, orientados a la integración del país. Sobre esta base, el Estado venezolano debía diseñar su política de radiodifusión en cuatro vertientes principales: (1) maximización de la cobertura en el territorio, incluyendo las áreas poco rentables para la explotación del capital privado; (2) producción y diversificación de contenidos en adecuación a las necesidades sociales; (3) dirección global del sistema mediático para armonizar el sistema público con el privado; (4) dotar el financiamiento necesario para el desarrollo del servicio público. La estatización total – como “fórmula perfecta e ideal” – solo resultaría deseable a largo plazo y como consecuencia “del éxito posible y probable obtenido mediante la implantación de un régimen de propiedad mixto” (p. 289).

Finalmente, para la implementación de esta nueva política de radiodifusión, el proyecto preveía que resultaba indispensable la creación de un organismo con representación de todas las “actividades nacionales” bajo la forma de un “Consejo Nacional de Radiodifusión” (AA.VV., 1977, p. 338). Sus integrantes serían los/as interesados/as en los procesos educativos, culturales, informativos y de comunicación; los/as represen-

tantes de sectores públicos y privados; las asociaciones de autores/as; el sector sindical; las universidades; los/as usuarios/as radiotelevisivos/as; y otros grupos institucionales. Este *organismo multisectorial* tendría como objetivo formular la política general del Estado, impartir las directivas correspondientes y ejercer el control del sistema nacional de radiodifusión. La comisión auditaría así, en forma permanente, la calidad de los contenidos, la cobertura técnica del servicio y el control sobre la publicidad.

La propuesta del Ratelve se inscribía en el interior de la Ley general del Consejo de Cultura. Cuando el proyecto de ley llegó al Parlamento, surgieron tensiones con las fuerzas de la oposición y sectores empresariales de medios respecto al artículo 4, “que calificaba como campos específicos culturales y sujetos a la acción planificadora del CONAC a los medios radioeléctricos y el cine” (Capriles, 1976, p. 164). El sector privado de las telecomunicaciones, nucleado en la Cámara de Radiodifusión, la Asociación Nacional de Anunciantes y el Consejo Venezolano de la Publicidad, comenzó una ofensiva general contra el Gobierno y los miembros del “Informe Ratelve” bajo el eslogan “La cultura es de todos, no de un grupo de extremistas”, a quienes se acusaba de pretender una “dictadura intelectual”.⁸⁶ Modificar el artículo 4 era la condición que imponían los sectores empresariales para la aprobación de la ley.

Las precarias alianzas del Gobierno de Acción Democrática con otros partidos y la falta de apoyo popular a la propuesta del Ratelve situaron al presidente Pérez en una posición de debilidad para negociar con la Cámara de Radio y Televisión la implementación del artículo 4. En julio de 1975, el presidente Pérez declaró a la prensa que les había prometido a los sectores empresariales que “la ley *no sería aprobada sin antes ser sometida a revisión con los correctivos que se requieran*” (citado en Capriles, 1976, p. 164).

⁸⁶ Fragmentos de una nota publicada en la prensa local fue reproducido en el número 3 de la revista académica *Comunicación* (1975b, pp. 78-79). Para una genealogía de los “ataques” que recibieron los miembros del Comité de Radio y Televisión, ver Capriles (1996, pp. 93-97).

Las transformaciones que se aplicaron al artículo –que sí fue aprobado– reducían el rol que el “Informe Ratelvé” originalmente le había asignado al Estado. En la primera propuesta se trataba de que el Estado pudiera “garantizar los más adecuados servicios culturales”, entre otros, los “del mensaje impreso, radioeléctrico y cinematográfico”. La segunda, surgida tras la reunión de sectores del Gobierno con las cámaras empresariales, ya no establecía al Estado como “garante”, sino que redefinía su participación en el sentido de que los mensajes culturales impresos, radioeléctricos y cinematográficos estarían dentro de su “área de interés prioritario” (Capriles, 1996, p. 93). La participación del Estado había sido limitada desde la posibilidad de articular y dirigir la totalidad del sistema de los medios de difusión masiva hacia tener como “áreas de interés” a los mensajes culturales.

Dilemas intelectuales sobre la política estatal y la visita de McLuhan

El “Informe Ratelvé” se produjo en un contexto de consolidación de redes y grupos de investigación en comunicación. En 1975, la Universidad del Zulia organizó en Maracaibo el II Encuentro de Investigadores de la Comunicación Colectiva al que asistieron investigadores/as de la institución local, la UCV, la UCAB y grupos de otras universidades. La relación entre intelectuales, política y comunicación fue un eje problemático que sobredeterminó la definición conjunta acerca de las “áreas prioritarias de investigación”. El encuentro se consagró a analizar el rol de la comunicación en el marco del orden político, económico e ideológico, como también a la necesidad de producir “modelos de *comunicación*” que “transformaran” la sociedad (Comunicación, 1975a, p. 43).

Las reseñas del encuentro ponen de relieve la existencia de posicionamientos diversos en torno a *la incorporación de los/as intelectuales a la política estatal*. Según la reseña publicada por la revista especializada *Comunicación*, el “tema” que había despertado “gran polémica” había sido el de la participación o no de los/as investigadores/as en los proyectos de políticas comunicacionales “alentados por el Gobierno”. Ante esta disyuntiva, la revista señalaba que estaban aquellos/as que de forma “iracunda” negaban toda posibilidad de participación y otros/as que

con proposiciones “acríticas”, como “los grupos de Pasquali, Evangelina García [Prince] y Héctor Mujica”, apelaban con un “realismo pragmático a una participación directa” (*Comunicación*, 1975a, p. 44).

El grupo de intelectuales entre los que se encontraba Pasquali y que participaban en el Comité de Radio y Televisión asumieron posiciones relativamente orgánicas en relación con el Gobierno de Pérez. Otros grupos, como el conformado alrededor de las revistas *Comunicación* y *Órbita*, abordaban la comunicación desde otros marcos de referencia y perspectivas teórico-políticas. En el primer número de *Órbita*,⁸⁷ la directora García Prince afirmaba que la revista iba a dedicarle una sección a la investigación en un marco de desarrollo del “campo disciplinar” sobre los estudios de comunicación, medios y cultura en Venezuela, “iniciados por Pasquali” pero “insuficientemente” continuados (1972, p. 10-11).

En las primeras entregas, la revista se ocupó de tópicos vinculados al contenido de los mensajes de los medios (n.º 1), a la televisión venezolana (n.º 2), al incremento de la publicidad en los medios masivos (n.º 3) y al “periodismo industrial” (n.º 4). De todos modos, el grupo nucleado en *Órbita* se fue perfilando progresivamente a pensar las políticas de comunicación. En 1974 se planteaba que, dentro del conjunto de perspectivas del campo de la comunicación, las que cobraban “especial significación y vigencia” eran las investigaciones que se orientaban “a formular políticas en el campo de las comunicaciones” (García Prince, 1974, p. 3). Su directora sostenía que era indispensable que los Gobiernos impulsaran investigaciones que se adaptaran a las “necesidades de las poblaciones”. Ya hacia 1975, el grupo había asumido una posición de mayor cercanía con el Gobierno, y se convocaba a “los estudiosos de la comunicación en América Latina” a que participaran de la realidad sociohistórica (García Prince, 1975, p. 4).

El grupo dirigido por Pasquali se organizaba en torno al ININCO. Co-

⁸⁷ Para 1972 el primer consejo de redacción de la revista estuvo conformado por Guido Grooscors, Jaime Alsina y Marcos Lozano. Si bien todos sus miembros eran docentes e investigadores de distintas escuelas de comunicación, la publicación era independiente de la universidad y se financiaba con publicidad y la venta de los ejemplares.

menzó a producir una serie de materiales orientados en general a los dilemas respecto a las implicaciones sociales de los nuevos dispositivos tecnológicos, fundamentalmente las computadoras y las telecomunicaciones. En particular, el grupo de intelectuales promovía la discusión sobre las políticas de comunicación y sobre el “Informe Ratelve”. En este sentido, el ININCO publicó *Políticas de comunicación en Venezuela*, de Agudo Freitas, Pasquali y Gómez (1975); *El Estado y los medios de comunicación en Venezuela*, de Capriles (1976); y la traducción de *Información es poder*, de Edwin Parker (1977). El primero de estos abordaba las condiciones económicas y técnicas del mercado radiotelevisivo del país, se diagnosticaban los servicios públicos y se denunciaba la baja potencia de los equipos debido a la falta de inversión en “sus instalaciones sumamente cuestionables” (Agudo Freitas, Pasquali & Gómez, 1975, p. 57). El trabajo de Parker pretendía situarse en el debate vinculado al “determinismo tecnológico”, que reducía la dinámica de los procesos sociales al desarrollo técnico; por el contrario, afirmaba el investigador norteamericano, se debía acentuar el análisis en las prácticas sociales y las estructuras institucionales que podían “estimular, inhibir, aplicar o desviar la tecnología” ([1977] 1984, p. 4).

La revista *Comunicación* surgió en 1975 en contrapunto al ININCO. Se trataba de una iniciativa de un grupo de sacerdotes jesuitas, entre los que estaban Jesús Aguirre, Francisco Tremonti, Epifanio Labrador, el profesor José Martínez Terrero y los alumnos universitarios Marcelino Bisbal y César Rondón. La publicación no dependía de la universidad, sino del Centro de Comunicación Social Jesús María Pellín. Según el testimonio de Bisbal, se situaban en la línea de trabajo del investigador Mario Kaplún, con la realización de prácticas de comunicación y educación popular en los barrios caraqueños. Si bien acordaban en general sobre la necesidad de formular regulaciones para el sector de la comunicación y la cultura, las diferencias con el sector de Pasquali se daban en términos teóricos y políticos. El número 4, de 1975, *Comunicación* se lo dedicó al estudio de la cultura popular, un tópico que ocupaba una posición periférica entre los problemas del campo. El número 9, de 1976, estuvo dedicado a la comunicación alternativa. En esos años, recuerda Bisbal, los intelectuales reunidos alrededor del ININCO no le encontraban “sentido” a la comunicación alternativa, a la que denominaban “comunica-

ción marginal”.⁸⁸

Las diferencias con respecto al ININCO se acentuaron en el número 7, de 1976. En un artículo sobre las tendencias de la investigación latinoamericana en medios masivos, Aguirre sostenía que trabajos como los de Pasquali, si bien “desmitologizaban el papel benéfico de los medios audiovisuales”, eran obras “limitadas” porque no abordaban “el problema de la dependencia [...] y su impacto colonizador”. Aguirre planteaba que *Comunicación y cultura de masas* constituía la “diatriba global de un moralista situado en un contexto caótico que las comunicaciones de masas” contribuían a mantener (1976a, p. 51). En el mismo texto, postulaba una serie de inquietudes frente a los estudios que solo analizaban la explosión “cuantitativa de los medios” de forma acrítica y “eufóricos” ante la posibilidad de usar los satélites. En este sentido –distante respecto a los proyectos sobre “tele educación” estatales que promovía el ININCO–, Aguirre afirmaba que existía una “extrema peligrosidad” en los organismos como la UNESCO u otras fundaciones “aparentemente neutras”, que situaban sus análisis sobre la comunicación sin asumir la condición “estructural de la dependencia” o ignoraban la “dinámica global de producción y reproducción dentro de una formación económico-social determinada” (p. 56). El planteo de Aguirre, en suma, apuntaba a poner de relieve que no podía darse una transformación de la comunicación sin un cambio de las estructuras sociales.

En las diferencias o acuerdos que presentaban *Órbita y Comunicación* respecto al grupo organizado alrededor del ININCO, se lee la posición central que habían adquirido Pasquali, Oswaldo Capriles y Aníbal Gómez; las referencias a estos tres eran ineludibles. Entre 1975 y 1976, además, Pasquali no solo era una figura destacada a nivel nacional, sino que articulaba espacios locales vinculados a la investigación sobre políticas de comunicación con los organismos internacionales. Desde enero de 1975 había consolidado su vínculo con la UNESCO y comenzaron a “estudiar la posibilidad y conveniencia de asumir un encargo regional”.⁸⁹

⁸⁸ Entrevistado por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

⁸⁹ “Oficio N.º IIC-158/75”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo” (Archivo Histórico de la FHyE, UCV).

En paralelo, Pasquali participó en 1976 como delegado del Gobierno venezolano en la reunión de expertos gubernamentales que tuvo lugar en la sede de la UNESCO en París para producir el documento “Acceso y participación de las masas populares en la cultura”. En calidad de experto internacional y simultáneamente como “hombre de Estado”, el mismo año participó también en la reunión preparatoria de la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas Culturales a desarrollarse en Jamaica.⁹⁰

En el campo académico venezolano, el “problema de la dependencia” observado por Aguirre fue ocupando un lugar cada vez mayor a medida que el Proyecto Ratelvé iba perdiendo centralidad en la agenda del campo político. La ley de cultura estaba por ser aprobada con las reformas ya indicadas del artículo 4, y al Estado se le atribuirían funciones de programación y producción de mensajes culturales, eliminando lo referente a la planificación y formulación de políticas capaces de reorganizar al conjunto de la radiodifusión. El hecho de que el Gobierno no avanzara en la reforma planificada de los medios de comunicación fue generando tensiones dentro del propio grupo de intelectuales que había participado del Comité de Radio y Televisión.

Era el caso de Capriles, quien en *El Estado y los medios de comunicación en Venezuela* criticaba los límites del “discurso desarrollista” promovido desde la UNESCO y la postura “socialdemócrata” subyacente en las políticas del Gobierno de Carlos Pérez. Una política de comunicación –afirmaba Capriles– que no atendiera las condiciones específicas de reproducción de la dependencia capitalista suponía pensar a los medios desde “una ilusión tecnologista” (1976, p. 32). El investigador sostenía que se podía llegar a cambiar la acción de los medios sin que por ello se dejara de ser un país dependiente, “una formación social penetrada por el poder económico, político e ideológico de la metrópoli dominante” (p. 33). El retroceso del Gobierno en materia de legislación para la radio y la televisión evidenciaba que el “sistema de los medios de difusión” adquiriría “una importancia creciente en el mantenimiento de la domi-

⁹⁰ Oficio N.º IIC-512/76”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo” (Archivo Histórico de la FHyE, UCV).

nación de clase interna y de la dependencia del modelo de capitalismo internacional” (p. 63).

En un contexto de intensos debates sobre el “Informe Ratelvé”, la Cámara de la Industria de la Radiodifusión –que nucleaba a los sectores patronales de los medios– invitó al investigador Marshall McLuhan a participar del I Seminario Venezolano de Radiodifusión, en abril de 1976. Este fue convocado a disertar sobre la importancia de los medios de comunicación en la sociedad, y en particular sobre los “efectos” que habían producido en la sociedad norteamericana.⁹¹ La llegada de este “profeta electrónico”, como tituló la revista *Elite* un artículo del 26 de abril de 1976, era entendida como una estrategia del sector privado para demostrar sus esfuerzos por hacer una “mejor radio”.⁹² La visita del investigador canadiense promovida por un sector del campo empresarial generó una serie de reacciones que permite leer cómo la interpretación de esa visita se convirtió en un campo de disputa.

Un sector del campo intelectual y del periodismo sostenía que la actividad representaba –elidiendo así el trabajo del Comité de Radio y Televisión dirigido por Pasquali– el “primer estudio del medio radio de la actualidad y una radiografía sin precedentes de la radiodifusión venezolana” (*El Nacional*, 24 de abril de 1976). La ausencia en el evento de los “referentes del poder público”, analizaba por su parte la revista *Zeta*, confirmaba “los temores de una gradual y completa intervención del Estado en el funcionamiento de los medios de comunicación de masas”. “El fantasma de la estatización” estaba “a la vista” en los proyectos sobre las nuevas reglamentaciones en telecomunicación que “reflejaban la imitación servil de modelos extranjeros [...] completamente ajenos a la realidad diaria venezolana” (*Zeta*, 2 de mayo de 1976).

En oposición, una franja del campo intelectual asumió la llegada de McLuhan como un intento de la patronal de los medios de incidir en el debate público. José Rey, en un artículo publicado en *El Nacional* (26 de abril de 1976), aseguraba que McLuhan representaba un “pragmatismo

⁹² Tanto este artículo que publicó *Elite* como los siguientes citados de la revista *Zeta* y el diario *El Nacional* fueron reproducidos en León (1981).

típicamente norteamericano” al afirmar que la revolución se haría por sí sola a través de las fuerzas de la tecnología y que a los sujetos “les tocaba esperar”. Jesús Aguirre, desde la revista *Comunicación*, planteaba que ese “adalid ideológico”, preocupado por los “efectos psico-físicos de los medios independientemente de su contenido”, parecía tener “poco sentido de la totalidad de los efectos económico-políticos de su actuación en Venezuela” (1976b, p. 64). Su “optimismo tecnológico” –continuaba Aguirre– era la mejor operación ideológica que justificaba la tecnología importada para la comunicación y la educación que reproducía la dependencia en América Latina (p. 75).

La presencia de McLuhan en Venezuela causó tensiones en el campo académico y, también, catalizó fuerzas sociales e intelectuales que desde principios de la década habían comenzado a confrontar en torno a la formulación de políticas estatales de comunicación.

Unos meses después de la visita del investigador canadiense, el ININCO organizó en Caracas el III Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación en un contexto en que los ataques al “Informe Ratelvé” se habían intensificado. Según el análisis retrospectivo de Capriles, la prensa local había acusado a los/as intelectuales vinculados/as al informe de ser miembros del supuesto “Plan Ponomarev [sic]”⁹³ que, promovido por la Unión Soviética, buscaba controlar la información y la “nacionalización de los mass media” (1996, p. 36). En ese marco, los/as participantes del encuentro redactaron un documento final en el que se repudiaba la “campaña calumniosa desatada por los sectores empresariales que haciendo uso de diversos medios” pretendían “descalificar” a Pasquali ante la opinión pública, “así como atemorizar” al resto de los/as investigadores preocupados/as por el monopolio que se ejercía sobre los medios.⁹⁴ El eje central del tercer encuentro fue el papel de

⁹³ El nombre del supuesto plan, del cual no se pudo comprobar su existencia, hacía referencia a Borís Ponomarev (1905-1995), miembro de la Secretaría del Partido Comunista de la Unión Soviética.

⁹⁴ El documento final del III Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación fue publicado en el número 12 de *Comunicación* (1977, pp. 133-134).

la investigación en la planificación de las comunicaciones sociales. Allí había surgido otro importante dilema: si era necesario formular políticas que regularan el mercado de la radio y la televisión ante la tendencia oligopólica de las empresas privadas nacionales y transnacionales, ¿qué ocurría en los países donde el régimen político eran dictaduras, “tan abundantes en América Latina”? ¿Los Gobiernos de esos países no se ampararían también en las recomendaciones de la UNESCO?

En el número 10-11 de *Comunicación*, Rey planteaba que la competencia del Estado se hacía “polémica” cuando se visualizaban las “catastróficas consecuencias” en los países donde prevalecían “Gobiernos dictatoriales no sustentados en la voluntad popular” (1976, p. 8). Se debían revisar los lineamientos generales para diseñar una política de comunicaciones para un “Estado democrático”. Esto conllevaba, continuaba Rey, a plantear la necesidad de que “solo” en una “*democracia verdaderamente participativa*” iba a ser posible una “*justa política de comunicaciones*” (p. 9). El sentido de la “transformación total” promovido por algunos sectores de la intelectualidad había bajado su intensidad al constatar que el Estado estaba circunscrito a un mapa de relaciones que lo volvía dependiente y reorientaba la necesidad de pensar, dadas las circunstancias políticas a nivel regional, que cualquier tipo de “monopolio” de poder, tanto en el campo político como en el económico o comunicacional, era una “forma más de dictadura” (p. 10).

Dado los límites de la experiencia del Ratelvé y el contexto de los emergentes procesos dictatoriales que se estaban produciendo en Latinoamérica, se puede leer un desplazamiento conceptual desde las políticas de comunicación orientadas a la transformación social hacia las políticas de comunicación para la democracia. Se comenzaban a *repensar* los modos de incorporar a los sectores populares a los debates por una mayor democratización de las telecomunicaciones a partir de la construcción de márgenes más amplios de consenso. Al mismo tiempo, planteaba Capriles, era central pensar los procesos comunicacionales en la clave de las relaciones entre lo nacional y lo internacional, o –de otro modo– analizar el sistema transnacional de comunicaciones como un todo que realimentaba la estructura global de poder y la “presión” informativa como instrumento de penetración cultural (1976, p. 63).

Condiciones e imposibilidades de la conferencia de Costa Rica

La no aprobación del Proyecto Ratelve en el marco de la Ley del Consejo Nacional de la Cultura fue vivida por los intelectuales del ININCO como una verdadera “batalla perdida”. Según el testimonio retrospectivo de Pasquali, “la Cámara de Radio y Televisión había ido a Miraflores [sede de la Casa de Gobierno] a sabotear el proyecto y lograron que no saliera. Fue una derrota”.⁹⁵ No obstante la situación a nivel nacional, el Gobierno siguió participando activamente en los debates sobre políticas de comunicación en la región, fundamentalmente en la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, promovida por la UNESCO. Si bien se realizó en San José de Costa Rica del 12 al 21 de julio de 1976, la conferencia fue “perdiendo sucesivamente las posibles sedes”, primero Buenos Aires y después Quito, en un contexto “oscurecido” y “amenazado” por la presión ejercida por la Sociedad Interamericana de Prensa (SIP) y la Asociación Interamericana de Radiodifusión (AIR) (Beltrán, 1976, p. 21).⁹⁶

Era un contexto, sostienen Fernando Quirós y Francisco Sierra Cabañero, en el que desde la Conferencia de Argel de 1973 el Movimiento de Países No Alineados (MPNA) había comenzado a actuar “de forma concertada en la ONU y sus organismos especializados” para incorporar, en la agenda de debate internacional, dos proyectos: uno vinculado al Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI) y otro sobre el Nuevo Orden Internacional de la Información (NOII) (2016, p. 12). Los proyectos, que contaron con el apoyo del Grupo de los 77,⁹⁷ la Unión Soviética y los países socialistas, hicieron de la UNESCO un escenario de disputa

⁹⁵ Entrevistado por el autor, 15 de febrero de 2015, Caracas, Venezuela.

⁹⁶ Para profundizar en las tensiones que se produjeron durante la conferencia en Costa Rica, ver Capriles (1976, p. 187; 1979, pp. 103-113), Gifreu (1986, pp. 97-102) y Exeni, (1998, p. 73).

⁹⁷ El grupo incluía por entonces a 77 países en vías de desarrollo con el objetivo de cooperar en las discusiones que se producían en la Organización de las Naciones Unidas.

geopolítica.

En el marco del conflicto Este-Oeste, interpreta retrospectivamente Pasquali, Estados Unidos envió un embajador por cada una de las capitales de América Latina pidiendo a los Gobiernos que “sabotearan” la conferencia. El problema era “un desequilibrio Norte-Sur que no tenía que ver con la política entre Estados Unidos y la Unión Soviética”.⁹⁸ Pasquali –junto a Capriles y Aníbal Gómez– participó de la conferencia como miembro de la delegación venezolana y, según el testimonio de Elizabeth Safar, estuvo encargado de redactar el temario del encuentro, en el que incorporó algunos conceptos clave, como el de “acceso” y “participación” en los medios masivos.⁹⁹

La reunión en Costa Rica se efectuó al tiempo que en varios de los países de la región habían ascendido al poder Gobiernos militares que tenían en su agenda una “reorganización nacional” que poco tenía que ver con el movimiento progresista que estaba motorizando la discusión sobre la regulación del mercado de las telecomunicaciones. Capriles sostenía, en un texto firmado unos días después de la conferencia, que solo unos pocos países habían enviado referentes en la materia, y que la mayoría –entre ellos, Argentina, Brasil, Bolivia, Uruguay y Chile, gobernados por dictaduras militares– llevaron embajadores y ministros que no tenían ninguna relación o conocimiento al respecto. En tales condiciones, afirmaba Capriles, era difícil “crear lazos o compromisos para políticas comunes” (1976, p. 191).

En un estudio que presentó Capriles en 1979,¹⁰⁰ afirmaba que el sector de los intelectuales de la comunicación venezolanos que participó en Costa Rica había asumido a la conferencia como un “pasaje de las

⁹⁸ Entrevistado por el autor, 11 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

⁹⁹ Entrevistada por el autor, 10 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

¹⁰⁰ El trabajo se tituló Elementos para un análisis crítico del Nuevo Orden Internacional de la Información o de la Comunicación (mimeo, 1979), y fue presentado por su autor para ascender a la categoría de profesor agregado en el escalafón universitario de la Escuela de Comunicación Social de la UCV.

exigencias teóricas de los expertos a la *práctica política*”, como espacio táctico para poder incidir en la toma de decisiones gubernamentales (p. 250). La falta de representatividad y de acción conjunta hizo que el “evento” fuera percibido como “decepcionante”. Si bien la conferencia propuso treinta recomendaciones ligadas, entre otras, a la reestructuración de los medios, a la planificación y el derecho a la comunicación, a la creación de una agencia latinoamericana de noticias y a la construcción de políticas de integración comunicacional, fue perdiendo centralidad en la agenda gubernamental venezolana.

En contraste con el devenir nacional, a escala transnacional en 1977 en el marco de la XIX Conferencia General en Nairobi, la UNESCO había creado la Comisión Internacional de Estudio de los Problemas de Comunicación¹⁰¹ con el objetivo de analizar el problema de la “difusión internacional de la información” y de la “dependencia en materia de comunicación”. Era un contexto, argumentaba la Comisión, en el que se estaba “poniendo en tela de juicio” el “orden mundial de la información” (UNESCO, 1978, p. 11). La Comisión se había reunido en tres oportunidades entre 1977 y 1978, y había establecido las “preguntas principales” que orientarían el trabajo y las investigaciones: “cómo garantizar el derecho a comunicar”, qué se entendía por “nuevo orden mundial de la información” y qué “por circulación libre y equilibrada de la información” (p. 17).

¹⁰¹ Presidida por Sean MacBride, de la misma formaban parte referentes del periodismo y la investigación provenientes de distintos países, pero fundamentalmente del tercer mundo. Entre varios otros, participaron Elebe MaEkonzo (Zaire); Akporuaro Omu (Nigeria), como miembro de la Coordinación de la Información de los Países No Alineados; Leonid Zamyatin (Unión Soviética), embajador, periodista y miembro del Soviet Supremo; el escritor y periodista colombiano Gabriel García Márquez; y el investigador chileno Juan Somavía, como director ejecutivo del Instituto Latinoamericano de Estudios Transnacionales (ILET).

Comprender la comunicación. Crítica y balance

A finales de los años setenta Pasquali contaba con una posición dominante en el campo de la comunicación en Venezuela, con una presencia relevante en redes y organismos internacionales. Desde julio de 1977 presidía la Asociación Venezolana de Investigadores de la Comunicación (AVIC). En junio de 1978, fue invitado por la UNESCO en calidad de *consultant* a la Conferencia Intergubernamental de Políticas de Comunicación para Asia y Oceanía, que se realizó en Kuala Lumpur, Malasia.¹⁰²

El modo en que Pasquali enunciaba sus ideas en *Comprender la comunicación* (Monte Ávila, 1978) condensaba esa acumulación de prestigio y de autoridad académica e intelectual. Ya desde su preámbulo “político-metodológico”, Pasquali se posicionaba, por un lado, como “productor de teoría”, es decir, como agente legítimo ya no simplemente “para pensar la realidad”, sino para elaborar los marcos de interpretación válidos para estudiar los procesos sociales desde la comunicación; por otro, promovía las “nuevas” discusiones que ocupaban a una franja de la intelectualidad de la región: los dilemas en torno al NOII, sobre la *information society*, el derecho a la comunicación y la cuestión sobre el acceso y la participación popular en los medios de comunicación (1978, p. 24).

Comprender la comunicación, además, se puede leer en parte como una respuesta teórica y política a la visita de McLuhan y, también, como material que nos permite reconstruir discusiones y polémicas que se produjeron en el interior del campo intelectual a nivel local y regional entre 1976 y 1978. Cuando Pasquali planteaba que las “nuevas tecnologías” eran tratadas como productos independientes y autónomos

¹⁰² La declaración final de Kuala Lumpur postulaba que la comunicación entre personas, grupos y naciones era “vital” para la “supervivencia, liberación y realización del hombre”, y se afirmaba que cada país tenía el derecho de definir su política de comunicación basada en los objetivos económicos y sociales del desarrollo (UNESCO, 1979).

capaces de generar por “espontánea evolución nuevas sociedades humanas”, volvía a polemizar –como había ocurrido diez años atrás– con el teórico McLuhan. Como vimos en el capítulo anterior, Pasquali había recibido críticamente *La comprensión de los medios como las extensiones del hombre*, trabajo al que le había dedicado un artículo en la revista *Imagen* en 1968.

Según Pasquali, las “coordenadas lógicas” del problema comunicacional eran primero políticas y luego sociales, a pesar del esfuerzo de “funcionalistas y sacerdotes del progreso tecnológico” –aludiendo a la filiación religiosa de McLuhan– por pensar las nuevas tecnologías borrando las dimensiones político-sociales y antropológicas del proceso comunicacional (1978, pp. 12-15). A diferencia de lo expuesto en su artículo dedicado al investigador canadiense en 1968, el autor de *Comunicación y cultura de masas* situaba la discusión en otro plano: en el de las relaciones entre lo nacional y lo transnacional en el nuevo orden de la información.¹⁰³ La comunicación, sostenía Pasquali, era la “nueva encarnación del poder tecnológico, científico y político”, algo “demasiado serio para dejárselo a los comerciantes, los tecnócratas y sus panegiristas”. En un mundo “satelizado por el imperio”, afirmaba, “las más duras batallas” se producían en el campo de las comunicaciones. Eran luchas para hacer de la comunicación un proceso democrático y participativo “al servicio de las necesidades y prioridades nacionales” (p. 24).

El capítulo “Comunicaciones y cultura nacional: notas para la discusión del problema” permite leer la inscripción de Pasquali en distintos espacios de intervención política y profesional y el modo en que sus escritos formaban parte de una red de discusiones intelectuales, como

¹⁰³ Este tópico se había discutido en el seminario “El papel de la información en el Nuevo Orden Internacional”, organizado por el ILET en México, en mayo de 1976. Pasquali había participado en calidad de miembro consultivo del ILET. También participaron, entre otros, Armand Mattelart, Herbert Schiller, Juan Somavía y Fernando Reyes Matta. Agradezco al investigador Facundo Altamirano por la información correspondiente a los proyectos y a las actividades organizados por el ILET.

los encuentros regionales y las reuniones de expertos de la UNESCO. Afirmaba, en línea con los dilemas que interpelaban a los/as intelectuales del campo, que la comunicación era un “problema político” que se inscribía en la intersección entre lo “nacional” y “transnacional” porque era en los sectores de la información y la comunicación donde se reconfiguraban las “relaciones de dependencia” entre la periferia y la metrópolis (Pasquali, 1978, p. 161). La comunicación tenía que situarse en el interior de una política cultural más amplia. En un sentido gramsciano –a quien Pasquali consideraba como uno de los referentes ineludibles del “pensamiento heterodoxo de izquierda”–, la comunicación adquiriría un carácter estratégico en el reordenamiento hegemónico. El “investigador” tenía que pensar el anudamiento entre política cultural / política comunicacional como proceso clave en la formación política de la sociedad (p. 164). Esto era relevante porque, si la comunicación iba adquiriendo una estructura transnacional en sus aspectos tecnológicos, financieros, políticos y culturales, ¿qué posición iba a ocupar “lo nacional” en ese debate? ¿Cómo el Estado iba a legislar en el “futuro derecho internacional de las comunicaciones”? (p. 169).

En términos teóricos, el filósofo planteaba la necesidad de fundar una “teoría crítica de la comunicación” que postulara que “la negación y subversión del ser actual de las comunicaciones sociales” eran –en términos dialécticos– necesarias para “su racionalidad y justicia futuras”. El marco conceptual no podía ser otro que el de una filosofía que criticara el orden social existente. Si bien le dedicaba un capítulo a Marcuse –una versión similar a la ya publicada en *Imagen* y en *Sociologia e comunicação*–, esa teoría crítica requería de un marco interpretativo más amplio. El marco para construirla, donde se hallaba la “mayor riqueza”, era el “pensamiento heterodoxo de izquierda: Sartre, la línea Lukács-Korsch-Gramsci y la Escuela de Frankfurt” (Pasquali, 1978, p. 127). Si bien Pasquali no hacía una sistematización de la enunciada “teoría crítica de la comunicación”, sí afirmaba que era necesario realizar tres operaciones teórico-políticas: primero, un análisis crítico de la cultura orientado a desmitificar las estrategias del sector empresarial y de ese modo “reactivar” el potencial participativo de la sociedad; en segundo lugar, construir estrategias que aumentaran la demanda “de acceso libre, universal y democrático a los medios de comunicación”; por último, la formulación de un espacio que articulara a la intelectualidad y a las organizacio-

nes políticas que tendiera a “realizaciones concretas en los sectores del derecho y de las políticas de comunicación” (p. 148).

Estas “proposiciones” se inscribían en su propia trayectoria a modo de balance y crítica de la gestión política. La relación entre producción de conocimiento y praxis política reaparecía con otros términos: ¿de qué modo la investigación en comunicación era capaz de motivar la toma de decisiones? A pesar de los procesos en los cuales se había establecido una articulación entre franjas de la intelectualidad y del campo político, el investigador venezolano aseguraba que no se había realizado “ninguna *toma de decisión concreta*” acerca del acceso universal a los medios, sobre las agencias latinoamericanas de noticias y en torno a los servicios públicos de radiodifusión (Pasquali, 1978, p. 190).

En definitiva, uno de los ejes que atravesaba a *Comprender la comunicación* estaba vinculado a la relación entre financiamiento, investigación y toma de decisiones políticas. ¿Se debía seguir por el camino de la formulación de políticas nacionales de comunicación? ¿Qué alternativas se les presentaban a los/as investigadores/as en comunicación? ¿Era necesario fortalecer las redes de producción e intercambio regional para “sugerir adecuadas relaciones” entre el/la investigador/a y el “policy maker”? (Pasquali, 1978, p. 202). Las tensiones que se produjeron entre el campo político, el económico y el intelectual a partir de la experiencia del Proyecto Ratelve, de su implementación tal como los agentes involucrados en el proyecto pretendían, pusieron en escena las limitaciones del accionar estatal en la formulación de regulaciones para el sector de la cultura y la comunicación. Esto, en un contexto geopolítico de ascenso de Gobiernos dictatoriales, fue generando las condiciones para que un sector de la intelectualidad venezolana comenzara a repensar no solamente en términos teóricos las posibilidades de democratizar la comunicación, sino también cuáles deberían ser las tácticas y las alianzas entre intelectuales y políticos, para lograr cambios efectivos en materia de políticas de comunicación.

Tanto la crisis en la implementación del Ratelve como la emergencia de Gobiernos dictatoriales en América Latina reavivaron las tensiones entre los/as intelectuales de la comunicación venezolanos/as respecto a la participación del Estado en la promoción de políticas públicas. Para un sector de la intelectualidad, la experiencia del Gobierno de Pérez en materia de regulaciones del sistema de medios había expresado

las contradicciones de un Estado que procuraba generar políticas orientadas a la soberanía económica, política y cultural, pero fuertemente condicionado por el poder de las “metrópolis dominantes”. Si bien el Ratelve era considerado por un sector de los/as intelectuales como el “plan más ambicioso y técnico elaborado en la región latinoamericana”, su viabilidad fue puesta en duda tanto por el partido gobernante, Acción Democrática, como por el partido socialcristiano Comité de Organización Política Electoral Independiente (COPEI), que lo había “boicoteado” y “archivado” (Aguirre, 1977, pp. 488-492). La situación política nacional dejaba en evidencia que, sin transformar las relaciones sociales, como así lo consideraban Capriles y Aguirre, se podía cambiar la acción de los medios sin que por ello se dejara de ser un país dependiente. Estas reconfiguraciones en la dinámica política local convergieron con el escenario latinoamericano, que marcaba un repliegue de la intelectualidad que se había organizado en torno a las reuniones de políticas culturales promovidas desde la UNESCO.

Como mencionamos anteriormente, a la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, al contrario de lo que se esperaba y producto del desinterés en la materia de los nuevos Gobiernos dictatoriales, países como Argentina, Brasil, Uruguay y Chile enviaron embajadores y ministros que no tenían ningún conocimiento al respecto. A finales de los setenta, la intervención de los/as intelectuales en el debate público venezolano fue disminuyendo y, en términos regionales, el ascenso de las dictaduras en el Cono Sur impidió, como afirmó Capriles, la creación de lazos y compromisos para la construcción de políticas comunes.

Capítulo III

¿Qué Estado para la comunicación? De las ruinas neoliberales a las políticas del chavismo

Estado y políticas de comunicación. Interrogantes postdictaduras

La investigadora Elizabeth Fox afirma que, tras los regímenes militares y su accionar represivo sobre las instituciones políticas y culturales en América del Sur, se volvió “sospechosa” cualquier responsabilidad gubernamental en lo referente a la radiodifusión o la prensa (1988, p. 23). A lo largo de la década del ochenta se había empezado a incorporar el término “democracia” a las discusiones sobre las políticas nacionales de comunicación. Las experiencias de las dictaduras militares generaron un desplazamiento clave vinculado a la *redefinición del papel del Estado* en América Latina. Se comenzaron a discutir, complementariamente, las modalidades de intervención intelectual a la luz de las experiencias políticas de las dictaduras. Como vimos en el capítulo anterior, un dilema que progresivamente había ocupado la agenda académica se vinculaba a la experiencia en la formulación de regulaciones para el sistema de medios. En *Comprender la comunicación*, Pasquali se había interrogado si la intelectualidad debía seguir por el camino de la formulación de políticas nacionales de comunicación, considerando las dificultades para la aplicación efectiva de las regulaciones.

La crisis de las políticas de comunicación como estrategia de intervención intelectual en el debate público requería, para una franja de los

investigadores y como sugería Margarita Graziano (1980, p. 74), de una *imaginación alternativa*.¹⁰⁴ Un sentido de la alternatividad que no se circunscribía a lo estrechamente *comunicacional*, sino que para un sector de los intelectuales demandaba repensar e inventar tácticas, construir espacios propios y ajenos a las instituciones estatales. Pensar una comunicación alternativa, una *otra comunicación*, cobraba mayor densidad entre las experiencias político-culturales latinoamericanas una vez que el Estado ya no era un agente con quien se pudiera establecer un diálogo productivo. Lo alternativo se presentaba con una triple dimensión: en términos de reorganización de la producción de conocimientos; en relación con las prácticas organizacionales entre la intelectualidad y el pueblo; y, afirmaba María Cristina Mata, como “un proyecto histórico de cambio, de resistencia cultural y construcción solidaria”. Tenía que organizarse, seguía la investigadora argentina, otra “perspectiva de confrontación” contra una hegemonía cultural y comunicacional que anulaba la participación de las mayorías sociales (Mata, 1981, p. 73).

El desplazamiento del lugar del Estado era lo que modificaba el curso de las discusiones. ¿Se trataba de abandonar la vía de las políticas nacionales de comunicación? ¿Qué otros caminos debían tomar los/as intelectuales de la comunicación?

Durante la década de 1980, uno de los espacios que desde América Latina seguía las discusiones relativas a las políticas nacionales de comunicación fue el Centro de Estudios sobre Cultura Transnacional, perteneciente al Instituto para América Latina (IPAL), por entonces dirigido

¹⁰⁴ Esto se puede observar en el trabajo compilado por Máximo Simpson Grinberg, *Comunicación alternativa y cambio social* (UNAM, 1981), con artículos de, por ejemplo, Jesús Aguirre, Oswaldo Capriles, Jesús Martín-Barbero, Mario Kaplún y Daniel Prieto Castillo. También en los documentos y conclusiones del seminario “Comunicación y pluralismo: alternativas para la década”, que se realizó en México en 1982; allí participaron Diego Portales, Luis González Quintanilla, Fernando Reyes Matta, Marcelo Vizcaino, entre otros. Las reflexiones del seminario fueron compiladas por Reyes Matta bajo el título *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas* (ILET, 1983).

por Rafael Roncagliolo. En el marco de la Mesa Redonda Comunicación y Desarrollo realizada en Lima en mayo de 1986, Pasquali planteó que era necesaria una crítica profunda al movimiento del Nuevo Orden Mundial de la Información y la Comunicación (NOMIC). Si bien sostenía que había que retomar sus presupuestos, inició su presentación afirmando que el “trabajo de sensibilización, de denuncia y de proyectos de reforma” del mercado comunicacional de mediados de los setenta había sido un “fracaso”. El principal problema fue que no habían sabido “convencer a las fuerzas políticas y a las bases populares” de la necesidad de formular regulaciones para la producción cultural y comunicacional. Si el “movimiento de reforma esta vez” no provenía de “las bases”, no se iban a obtener resultados favorables (Pasquali, [1986a] 1991, p. 164). Sin esa mediación previa, la puesta en valor de las discusiones de los años setenta no tendría validez política. Era un proceso que tenía que articular a la “investigación” con los “sectores populares” y los “decision-makers” si se querían transformar las condiciones de la producción cultural y comunicacional.¹⁰⁵

Nuevas condiciones revitalizaban los dilemas en torno a las regulaciones estatales del mercado de la comunicación a nivel internacional: para un sector de los/as intelectuales de la comunicación, la cuestión de la *globalización* era entendida como un proceso de universalización de pautas culturales y patrones de consumo norteamericanos. Se postulaba, además, que la globalización no atravesaba simplemente a la comunicación, sino que incluía al turismo, los sistemas educacionales,

¹⁰⁵ La pregunta por la actualidad del NOMIC no solo era, hacia finales de los ochenta, una inquietud de la intelectualidad latinoamericana. En distintos puntos geográficos se organizaron encuentros para rediscutir la democratización de la comunicación. Entre finales de la década del ochenta y principios del noventa, se organizaron las Mesas Redondas MacBride en Zimbabue (1989), Checoslovaquia (1990) y Turquía (1991). Este proceso se conjugó con la iniciativa de la Asociación Mundial para la Comunicación Cristiana (WACC, por sus siglas en inglés), que en su Congreso Mundial de Manila, y luego en Londres, había retomado distintas estrategias para “promocionar el NOMIC en la década del noventa” (Goicochea, 1991, p. 137).

el éxodo de intelectuales y profesionales. Respecto al lugar del Estado en los procesos productivos, era un contexto –se argumentaba– en el que su accionar estaba siendo socavado por las corporaciones transnacionales. Se asumía, por otra parte, que con el incremento de la participación de los “grupos populares y los movimientos sociales” se podrían viabilizar los “procesos de democratización de la comunicación”. Se denunciaba, por último, la concentración del mercado de las comunicaciones de masas (Goicochea, 1991).

A finales de los años ochenta, por otra parte, habían ocurrido algunos acontecimientos trascendentes. Entre ellos, los de mayor relevancia, los estruendos provenientes de Berlín con la caída del Muro primero, y luego la disolución de la Unión Soviética en 1991. En líneas generales, ello reordenaba la arena política mundial y hacía emerger “nuevos escenarios” para la producción cultural y comunicacional (Roncagliolo, 1991, p. 100). Era un nuevo contexto en el que se habían acentuado “los desequilibrios, las dependencias y la escasez de producción endógena” (Pasquali, [1986a] 1991, p. 75). Ahora había que replantear el problema desde una “óptica radicalmente nueva”: el “problema comunicacional en su *dimensión económica*”, es decir, producir cultura y construir los mecanismos necesarios para su circulación y consumo. Para ello había que desplegar “esfuerzos de sensibilización en las bases, en los sindicatos, en las organizaciones profesionales”, pero especialmente entre “los educadores y la escuela”, para promover un tipo de consumo crítico y jerarquizado que pudiera “rechazar” los contenidos ofrecidos por la industria de la cultura (pp. 75-76). De todos modos, para Pasquali, ese cambio solamente se produciría si la intelectualidad revisaba sus tácticas, si se volvía “más realista, más pragmática y convincente”. Era la única manera de “luchar en América Latina y el Caribe por la creación, fortalecimiento y mejoría de los servicios públicos de radiodifusión” (p. 76).

En la conceptualización que realizó Pasquali se puede identificar el siguiente desplazamiento en relación con sus teorizaciones previas: lo comunicacional ahora era comprendido como una dimensión que atravesaba horizontalmente todas las ramas de la vida productiva ([1986b] 1991, p. 168). A propósito de ello, consideró que la densidad de la comunicación iba reconfigurándose e intensificándose de sector a sector. Es decir, si en el sector primario lo comunicacional podía emerger en cuanto se realizaban acuerdos entre vendedores/as y productores/as de

materias primas; si en el secundario adquiría una característica fuertemente instrumental, en tanto publicidad de los productos manufacturados; en los sectores terciario y cuaternario, lo comunicacional alcanzaba un estatus profundamente diferente: en dichos sectores se condensaba lo comunicacional y la mercancía de forma indisociable. Es decir, la comunicación y la cultura eran, en simultáneo, dimensiones productivas y productos de la actividad terciaria y cuaternaria de la economía.

El problema, según Pasquali, se daba en la reconfiguración de la industria cultural: la comunicación en tanto dimensión transversal del sistema productivo se volvía imperceptible y omnipresente. En dicho escenario, entonces, lo comunicacional y cultural se volvía un recurso básico para gestionar y producir, y también como materia prima para la obtención de plusvalía. Por ello el teórico venezolano planteó que en los flujos de información se consolidaban las desigualdades, un problema que, además de la dimensión productiva, se desplazaba hacia la circulación y el consumo de los productos culturales.

En este marco, la industria cultural debía ser repensada en términos conceptuales y como escenario de intervención. En unas condiciones sociales e históricas en las que, según Pasquali, toda cultura estaba atravesada por un proceso industrial, negar ese carácter era asumir una posición “reaccionaria” y de “renuncia” al problema ([1986b] 1991, p. 169). Por el contrario, los países del sur de América debían pensar estrategias de producción de servicios y bienes culturales, rentables y exportables frente a los flujos internacionales, generando las condiciones para el desarrollo de las industrias culturales nacionales. Pasquali sostenía que, si bien era cierto que la industria había sido históricamente estructurada bajo las leyes del mercado, podía ser transformada políticamente para promover un proceso de democratización cultural (1988, p. 215).

En estas propuestas del filósofo venezolano se puede leer otro desplazamiento en el modo de pensar la construcción de políticas culturales: no se trataba simplemente de la proposición de políticas comunicacionales, sino que, en primer lugar, se tenían que generar las condiciones para que la sociedad elaborara una lectura o un “consumo crítico” de la cultura masiva. Esto habilitaría la configuración de una base popular fundamental que apoyaría la formulación de políticas comunicacionales y culturales. Era un posicionamiento intelectual que expresaba una doble revisión: en términos de producción de conocimiento, se consi-

deraba necesario conocer las demandas de las mayorías sociales como condición a partir de las cuales pensar las políticas para el sector; por otro lado, en clave política, si en los años setenta la intelectualidad se había “encerrado en los claustros” en lugar de ampliar los espacios de discusión, ahora había que organizarse desde la sociedad civil hacia el campo político e intelectual si se pretendían lograr los objetivos de reformar los medios de comunicación en América Latina (Pasquali, 1991).

Repensar el mercado comunicacional: desmonopolizar y desgubernamentalizar

Luego de una intensa actividad en la UNESCO,¹⁰⁶ Pasquali continuó interviniendo en los debates latinoamericanos –pero fundamentalmente venezolanos– a lo largo de la década del noventa. Fueron años, como sostienen distintas investigaciones (Fuentes Navarro, 1992; Mangone, 2007; Moragas Spà, 2011; Torrico Villanueva, 2016; Zarowsky, 2017; entre otras), en los que el campo de la comunicación en la región atravesó un proceso de consolidación e institucionalización académica. Según Florencia Saintout, la comunicación pasó de ser percibida como “asunto de instrumentos” a “cuestión de cultura”; se desplazó de la dominación como “imposición” a la “dominación como proceso de comunicación”; de la comunicación como problema exclusivamente de reproducción, de aparatos y estructuras, a la comunicación como cuestión también de “producción y subjetividades” (2011, p. 146). En ese contexto, las posiciones teóricas de Pasquali fueron asumiendo cada vez mayor distancia

¹⁰⁶ Pasquali ingresó como subdirector adjunto en Comunicación y Cultura en la UNESCO en 1978, jubilándose luego en 1989. En la última etapa de su gestión en el organismo, fue coordinador regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe, y director del Centro Regional de Educación Superior para América Latina y el Caribe (CRESALC) con sede en Caracas. Para profundizar en su actividad intelectual y los proyectos en los que participó y motorizó desde la UNESCO a lo largo de los años ochenta, ver Sánchez Narvarte & Komissarov (2019) y Sánchez Narvarte (2020).

del *mainstream culturalista* –Jesús Martín-Barbero y Néstor García Canclini, por ejemplo– que dominó las agendas del campo de la comunicación en la región (Karam Cárdenas, 2014, p. 33).

A principios de los años noventa, los análisis de Pasquali se desplazaron de la pregunta por la producción cultural en un sentido más estricto, es decir, en el marco de las industrias culturales, hacia las condiciones materiales de las telecomunicaciones. Si bien mantuvo la pregunta por el carácter político y económico de las comunicaciones, estas adquirieron otra dimensión al ser pensadas como las redes de circulación de la economía, la cultura y el saber. La pregunta que se comenzó a formular fue cuáles eran las condiciones de acceso y participación de la sociedad venezolana en la producción económica, cultural y educativa. Puntualmente consideró a las telecomunicaciones como dimensiones centrales en los procesos de democratización, modernización e integración regional (Pasquali, 1990); integración entendida como unión económica y social entre los Estados latinoamericanos. Para este análisis se ocupó del correo, el turismo, la producción editorial, la telefonía, la prensa, la radio y la televisión. El objetivo de analizar las dimensiones antes indicadas, según Pasquali, se vinculaba con la idea de dar cuenta de los mecanismos que constituían el entramado cultural y que imposibilitaban la integración y el desarrollo regional.

Al respecto, sostuvo que la cultura no debía entenderse como una dimensión superestructural, sino como componente de la “estructura” (Pasquali, 1990, p. 25): es decir, la formación y las prácticas culturales históricamente producidas se volvían, en términos políticos, instancias que dificultaban los proyectos de integración, porque los países de la región si bien establecían acuerdos comerciales no consideraban el entramado cultural. La cultura también debía ser pensada no solo como producto, sino a sí misma como *modo de producción* de ideas, saberes y prácticas que desafiaban los proyectos de integración económica (p. 25). Era el carácter dependiente de la industria cultural y de las telecomunicaciones lo que había producido históricamente tales desigualdades culturales en el interior de América Latina. Era una dependencia que se había transformado en un proceso de concentración horizontal y vertical de las comunicaciones en el marco regional de privatización de los servicios públicos (Pasquali, 1991).

Estas propuestas conceptuales deben inscribirse en la trama específi-

ca venezolana, constituida por las tensiones emergentes entre el campo de las políticas estatales, el campo empresarial y el campo intelectual. A finales de los ochenta había ascendido al poder Carlos Pérez (1989-1993), con una agenda de gobierno radicalmente diferente a la que caracterizó su mandato entre 1974 y 1979. Aun sintéticamente, debemos mencionar que el programa de “transformación” del Gobierno de Pérez, denominado gran viraje, se caracterizó por reestructurar el sector público, con mecanismos de privatización de empresas públicas, reforma fiscal y tributaria y desregulación de la política comercial. En este sentido, significó un proceso más amplio de “redefinición de las prioridades, mecanismos y reglas de la acción estatal” (Kornblith, 1996, p. 9). Esto se produjo en un proceso a escala transnacional que implicó, en palabras de Oscar Oszlak (2004), que varios Gobiernos renunciaran “total o parcialmente a una porción importante de su función de prestación directa de bienes y servicios”, que “se manifestó en la transferencia de estas responsabilidades a instancias subnacionales y al mercado”.

La participación y militancia de Pasquali en espacios de discusión sobre las regulaciones vinculadas a la producción cultural y comunicacional fue intensa a lo largo de los años noventa. Hacia marzo de 1992, fundó junto a intelectuales y académicos/as venezolanos/as –como Elizabeth Safar, Mirnelia Castillo, Luis Aníbal Gómez, Liliane Blaser y Eduardo Pozo, entre otros– la Asociación Civil Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público (RTSP). El Comité fue un ámbito crítico de los procesos de privatización llevados adelante por Pérez. La estructura organizativa del RTSP como *sociedad civil* era considerada como un espacio táctico para el grupo de intelectuales y académicos/as que lo componían. Podían establecerse diálogos y tender puentes entre distintos agentes sociales, vinculados a la producción cultural más allá de las filiaciones políticas. En este punto, podía articular, en función de movimientos y demandas específicas, a una heterogeneidad de instituciones y a una multiplicidad de sectores sociales.

El comité dirigido por Pasquali surgía en un contexto de reconfiguración del mercado de la radiodifusión en Venezuela que, hacia 1992, involucraba a nuevos actores empresariales. Según la investigación de Capriles (1996), se vincularon al sector audiovisual grupos financieros como el del banquero Orlando Castro, en asociación con el histórico Grupo Cisneros. En este punto, sostiene Capriles, las políticas de regu-

lación llevadas adelante por Pérez desequilibraban el “reparto tradicional” y siempre conflictivo del negocio de la difusión audiovisual entre el Grupo 1BC, formado por la familia Phelps-Granier, y el Grupo Cisneros. En materia de regulación de medios de comunicación, el Gobierno de Pérez decidió cerrar TVN-5, la primera señal de televisión pública venezolana (Bisbal, 2005). La TVN-5 o el Canal 5 –al igual que el Canal 8– era considerado para una franja de la intelectualidad como un servicio público que hacía de “contrapeso” a quienes ya controlaban el mercado de medios a nivel nacional. La operación del Gobierno era entendida como una “entrega de bienes y servicios vitales del sector de las comunicaciones” (Safar & Pasquali, 1992, p. 7). Puntualmente, la entrega de TVN-5, según Capriles, era una estrategia del poder presidencial para cederlo a entidades culturales como la Fundación Teresa Carreño, presidida por Beatrice Rangel, exministra del presidente Pérez e integrante del Grupo Cisneros (1996, p. 202).

En un contexto de transnacionalización de la cultura y de *cosmopolitismo* de la televisión, ¿el Estado tenía que flexibilizar las regulaciones sobre el campo de la producción cultural? Según Safar y Pasquali (1992), la función del Estado estaba lejos de agotarse en un país en el cual la clase empresarial no se inquietaba por el desarrollo nacional. Por el contrario, sostenían, había sido el Estado el que había “levantado hoteles y autopistas, puertos y telecomunicaciones”. Desde una perspectiva opuesta al gran viraje *neoliberal* del Gobierno de Pérez, de lo que se trataba era de profundizar la democracia en términos de construir políticas culturales que contuvieran las necesidades de las mayorías venezolanas, e iniciar un proceso “de redistribución de la riqueza con equidad” (p. 5). Las “periferias subdesarrolladas” de los grandes imperios económico-políticos, según Safar y Pasquali, debían oponer alguna resistencia a las “globalizaciones” que aplanarían las diversidades, identidades y soberanías (p. 7).

De todos modos, se pueden observar una serie de desplazamientos conceptuales y políticos que debemos poner de relieve en esta interpe-lación de los/as intelectuales de la comunicación venezolanos/as. A diferencia de lo postulado en los tiempos del Proyecto Ratelvé, ahora las medidas orientadas a la regulación del mercado de la radiodifusión hacían mayor énfasis en la “independencia” y en la “pluralización” del servicio público, concebido con autonomía tanto del poder político como

del económico (Pasquali, 1991, p. 153). Financiado por el erario público, debía responder a las necesidades de la sociedad y se debía promover la presencia “activa y concreta del usuario y de sus libres asociaciones en la gestión de las empresas de radiodifusión” (p. 153). Esto marcaba una diferencia en la cual emergía esa “sospecha” advertida por Elizabeth Fox en 1988: se trataba ahora de revisar y trazar con mayor claridad las distancias entre Estado y Gobierno. Los supuestos objetivos de una televisora en manos del Estado deberían quedar fijados a las metas y necesidades nacionales. Las políticas de gobierno, en cambio, respondían a “la interpretación del interés del Estado” administrado bajo un perfil ideológico determinado (Karl Krispin, citado en Safar & Pasquali, 1992, p. 78).

Teniendo este horizonte teórico y político, los/as intelectuales nucleados/as en el Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público, junto al emergente Movimiento por el Rescate del Canal 5, organizaron mesas de diálogo y debates a nivel nacional para producir un manifiesto y un proyecto de ley orgánica de radiotelevisión. Entre el centenar de referentes de la producción cultural y académica, el Movimiento articulaba a miembros del Comité, como Safar; dirigentes políticos, como Teodoro Petkoff y Eduardo Pozo, del Movimiento al Socialismo; decanos universitarios; los/as cineastas Mario Handler y Alida Ávila; los directivos del CONAC, Manuel Reverón y Joaquín López Mujica; los intelectuales Alfredo Roffé y Héctor Silva Michelena. En las primeras declaraciones del Movimiento a *El Diario de Caracas* el 5 de octubre de 1991, se afirmaba que el espacio público en el que se deliberaban las reglas de la democracia se había transformado, y una “verdadera democracia cultural” no podía ignorar a los medios masivos de comunicación como territorio en el cual se producían encuentros y discusiones, al tiempo que era una plataforma de amplia llegada al pueblo venezolano. Al respecto, el grupo de intelectuales y académicos/as sostenía que se debía crear un “ente autónomo multisectorial” que trabajara en la formulación de políticas comunicacionales capaces de “proponer alternativas que satisfagan” las necesidades que no cumplía la televisión privada ni la pública. Se aseguraba, además, que el Estado no debía ceder ninguna señal de televisión “porque estaría renunciando a un importante componente del desarrollo como son las comunicaciones” (Zambrano, 1991).

En este contexto de búsqueda de mayor consenso entre la intelectuali-

dad, el Comité lanzó entonces la propuesta de una ley orgánica de radio-televisión. En el proyecto se pueden leer algunos elementos referentes a la necesidad de desmonopolizar y de *desgubernamentalizar* el mercado de las telecomunicaciones. En el documento que el Comité envió al Poder Legislativo nacional, se planteaba a la relación entre comunicación y democracia como un nudo central de la sociedad contemporánea. Sin libre acceso y participación en los procesos comunicacionales no se podía hablar de “auténtica” democratización. En este sentido, se consideraba que el mercado de la radio y la televisión manifestaba un alto nivel de autoritarismo y concentración: se condensaba fundamentalmente en zonas urbanas, sometidas a los intereses de anunciantes publicitarios y propietarios, con una acentuada “tendencia oligopólica”. Era una metáfora clara, se afirmaba, de que la democracia comunicacional estaba “confiscada” en unos pocos agentes financieros. Específicamente en la televisión, el pluralismo quedaba distorsionado por las empresas que acaparaban el 70 % del mercado, haciendo referencia –sin nombrarlos– al Grupo 1CB y al Grupo Cisneros (AA. VV., 1992, p. 120).

El comité liderado por Pasquali sugería medidas que procuraban transformar el mercado de las telecomunicaciones. En principio se solicitaba la “democratización y la descomercialización” de la concesión de frecuencias radiales y televisivas, sujetas a acuerdos por lo general opacos entre el poder político y el empresarial. En ese punto, se demandaba el otorgamiento de frecuencias a los diversos partidos políticos, a las universidades y asociaciones civiles que, en su conjunto, eran las instituciones que representaban a la sociedad venezolana. Seguidamente, el documento daba un paso más y sugería “erradicar de urgencia”, siempre por la “vía legal”, cualquier oligopolio instituido en el campo de la prensa, la radio, el cine o la televisión. El Estado, en este punto y como garante de las necesidades de las mayorías, debía establecer una “cuota-parte máxima” de mercado en cada región del país (AA. VV., 1992, p. 120).

De todos modos, la pregunta que acechaba a la intelectualidad era cómo el Estado se iba a encargar de llevar estas medidas adelante, si los sucesivos Gobiernos que habían asumido el poder nacional habían “cooperado” a que el servicio público de comunicación estuviera en una situación “de abandono”. El Comité, en este punto, proponía la creación de una “Comisión de Medios” del Poder Legislativo que garantizara

“objetividad, calidad y utilidad social”. Esta comisión sería el resultado del proceso de desgubernamentalización de los servicios públicos de radio y televisión. Estos servicios públicos, según el documento, debían transferirse a un “ente autónomo” administrado por el ministerio con las competencias para asumir la responsabilidad de respetar la autonomía de la “Comisión de Medios” (AA.VV., 1992, p. 121).

En las semanas posteriores a la presentación de la propuesta, en abril de 1992, Pasquali escribió una serie de artículos en el diario El Nacional acerca de la relación entre democracia y comunicaciones, en los cuales buscaba profundizar en algunos puntos del texto producido por el Comité. Puntualmente, consideraba que era “imperativo” iniciar un proceso de “redistribución del poder de comunicar” (Pasquali, 1992a).¹⁰⁷ Esta “redistribución” contenía una dimensión política clara: si existía una relación directa entre cantidad de licencias y disposición de espacio que se ocupaba en el espectro radioeléctrico, la empresa que disponía de mayor cantidad de licencias ocupaba un espacio correlativamente mayor. Por lo tanto, se trataba de redistribuir el espacio que ocupaban las grandes empresas en el espectro radioeléctrico que poseía cada grupo empresarial para que ingresaran otras instituciones no gubernamentales y sin fines de lucro. En este sentido, afirmaba Pasquali (1992b), la “real participación” de la sociedad solo se daría si se generaban las condiciones de tener un lugar “en su órgano deliberante”.

Todo este movimiento cultural e intelectual iniciado en marzo de 1992, que articuló a una diversidad de agentes de distintos campos, no impidió el avance de las políticas de privatización. A pesar de la activa participación en foros, mesas de diálogo y eventos públicos que resultaban en comunicados y manifiestos que eran remitidos a la prensa y a distintos partidos políticos, en el sector específico de las telecomunicaciones tanto la TVN-5 como la Compañía Anónima Nacional de Teléfonos de Venezuela (CANTV) fueron “entregadas al capital privado” (Safar, 2014, p. 53). En un análisis posterior, Pasquali sostenía, en un tono autocrítico,

¹⁰⁷ El destacado de la cita nos pertenece.

que la intelectualidad tenía poca capacidad de intervención en los debates públicos y en general para “incidir sobre realidades concretas” en Venezuela (Safar, 2001).

La democracia amenazada por el “pensamiento único” y la global village

Hacia finales de los años noventa, en las obras de Pasquali se reintroduce el problema del “renovado” carácter dependiente de las democracias latinoamericanas a las grandes empresas concentradas de la comunicación. Tras la experiencia fallida del RTSP, el teórico de la comunicación sostenía en *Bienvenido global village* (1998) que, luego de la caída del Muro de Berlín, un “pensamiento único reinaba en el ámbito político y cultural”. La democracia había sido finalmente “anexada, plagiada, confiscada o totalmente acaparada” por el capitalismo. El fin de la Guerra Fría, seguía, daba “rienda suelta a la universalización de un capitalismo totalitario, a una plutocracia unidimensional”. Sin alternativas políticas en el horizonte, el capitalismo era regido “por leyes que las multinacionales” intentaban convertir en “constitución de una economía mundial unificada” dentro de los proyectos fomentados por el Fondo Monetario Internacional u otros organismos análogos (Pasquali, 1998, p. 139). Las transformaciones en el régimen político imponían un nuevo orden en el que la *real politik* admitía, como únicas categorías interpretativas de todas las realidades, al “mercado, el individualismo y el liberalismo” (p. 142).

En este contexto, advertía que los medios masivos habían devenido en “los grandes formadores de opinión pública, sus grandes mediadores”. Si acaso se producía una “plusvalía comunicacional” que resultaba del desarrollo técnico y productivo, era apropiada por las grandes empresas al tiempo que alteraban “los mecanismos tradicionales del ágora” (Pasquali, 1998, pp. 22-23).

Si bien el desarrollo de las nuevas tecnologías implicaba para un sector de la intelectualidad un índice de “progreso” social, era solo una dimensión que “encandilaba”: las potencialidades democráticas en cuanto a la diversificación de los usos de los nuevos dispositivos de la comunicación eran contrarrestadas por una realidad en la que se habían profundiza-

do los mercados culturales y comunicacionales. Por ello consideraba un “doble fenómeno”. Por un lado, lo que observaba como un abaratamiento y una “satisfactoria democratización” *solo* para las clases altas y medias de la sociedad, en lo relativo a las comunicaciones personales que, consideraba Pasquali, carecían de “impacto social”. Hacía referencia específicamente a la telefonía inalámbrica y celular, al correo electrónico e internet. Por otro lado, como tendencia complementaria y en opuesta dirección, se producían “enormes y antipluralistas” concentraciones de los grandes medios de comunicación que reducían la participación de la sociedad. Esta tendencia a la concentración, seguía el teórico venezolano, se había visto favorecida por “la costosa y creciente complejidad técnico-industrial” de los grandes medios. Eran concentraciones que se amparaban en argumentos de libertad de prensa: fundamentalmente en el marco del modelo neoliberal norteamericano, “en la creencia de que las leyes del mercado se encargarían una vez más de crear las correctas condiciones para una libre comunicación” (Pasquali, 1998, p. 23). En este aspecto, las experiencias políticas –no solo– latinoamericanas dejaban en evidencia que los grandes medios de comunicación social se habían configurado como “un polo de poder socio-político-cultural” que trascendía la función de *watchdog* de los poderes Ejecutivo, Legislativo y Judicial. Para justificar dicha argumentación, Pasquali leía el desplazamiento de la función de los medios como “cuarto poder” a agentes centrales para el ascenso de ciertos proyectos políticos al poder estatal. Esta “escalada” de poder, de “complicidad negociada”, era una amenaza para el devenir de la democracia.

El teórico entendía que la relación entre política y empresas concentradas de comunicación se había vuelto evidente en el ascenso de Fernando Collor de Mello en Brasil (1990-1992), con la importante financiación y apoyo de la cadena O Globo; en el segundo mandato en Venezuela de Carlos Pérez (1989-1993), en “complicidad” con el Grupo Cisneros; en la victoria en México de Carlos Salinas de Gortari (1988-1994), del Partido Revolucionario Institucional (PRI), con el apoyo de la empresa Televisa; y en Europa, pero fundamentalmente en Italia, en la asunción de Silvio Berlusconi como presidente del Consejo de Ministros (1994-1995), apoyado en su empresa Mediaset (Pasquali, 1998, p. 24).

En esta trama, afirmaba Pasquali, era necesario elaborar sistematizaciones epistemológicas que orientaran la praxis en el campo de las

comunicaciones hacia la reflexión sobre una “nueva moral”¹⁰⁸ de la intersubjetividad, que reorganizara la acción comunicacional de modo tal que todos/as los/as ciudadanos/as pudieran expresarse y comunicarse por todos los medios. Las razones que daban sentido a ello se encontraban, según el autor, en que se había producido una reconfiguración del orden informacional y comunicacional (Pasquali, 1998, p. 20). Este había efectuado, bajo la “máscara de la pluralidad”, procesos de regulación en términos de políticas comunicacionales que, lejos de generar mayores condiciones de acceso y participación, reconcentraban el sistema de producción cultural y comunicacional desmantelando los servicios públicos radiotelevisivos.

A propósito de esto, era un proceso que traía como consecuencia nuevas instancias de disputa en el marco de la hegemonía del mercado y empresarial en lo referente a la producción cultural e ideológica, reconfigurando, asimismo, las relaciones de poder entre Gobiernos y empresas mediáticas. Estas últimas habían adquirido mayor preponderancia y fuerza para presionar a los gobernantes y de ese modo construir una opinión pública que legitimara sus intereses y posiciones. Lo que se ponía en juego era el sentido mismo de la democracia, debido a que las alianzas entre el sector empresarial y el político se anudaban con más fuerza. Otra dimensión central del problema, advertía Pasquali, era la nula participación de la población en términos de producción cultural y comunicacional. El acceso a la pluralidad de fuentes y la diversidad cultural eran restringidas producto de la “hegemonía de la industria del entretenimiento”, convirtiendo a la cultura en mercancía estandarizada y a los/as ciudadanos/as en consumidores/as y no en productores/as culturales. Según el teórico venezolano, se habían alterado los meca-

¹⁰⁸ Esta problematización en torno a una “moral de la comunicación” entraba en diálogo con las elaboraciones del filósofo Jürgen Habermas en sus obras *Teoría de la acción comunicativa* (1981) y *Conciencia moral y acción comunicativa* (1983). Según el propio Pasquali, esos dos trabajos del pensador alemán constituían un punto de partida y todo un programa de investigación que debía profundizarse.

nismos tradicionales del ágora como espacio de discusión, debate y formación de la opinión pública, al acentuarse el carácter mediador de los medios masivos. La mediación entre realidad y ciudadanos/as que asumían unos medios masivos fuertemente concentrados y “mercado-dependientes” cuestionaban el sentido mismo de la democracia (Pasquali, 1998, p. 23).

Por ello es que proponía rehabilitar la relación intersubjetiva como condición necesaria de un proceso comunicacional democrático, de reconocimiento de demandas y necesidades del otro. Para esto se tornaba necesario formular estrategias para “liberar” la comunicación (Pasquali, 1998, p. 36). Una liberación, según Pasquali, del habla, del discurso y del diálogo en todas sus formas. Para lo cual había que construir procesos participativos concretos que reestructuraran y otorgaran representatividad a la población en los “órganos directivos y de programación de los grandes servicios radiotelevisivos públicos”, o en organismos públicos de supervisión y control (p. 37). La construcción, en definitiva, de nuevas políticas que buscaran transformar las prácticas culturales, a partir de las cuales la comunicación pueda volverse una categoría central de la nueva moralidad que permitiera nuevos modos de “estar juntos”. Siendo las comunicaciones uno de los sectores más conflictivos en términos de que históricamente se habían configurado sujetos a las reglas del mercado, se requerían nuevas regulaciones políticas y sociales para garantizar la libertad de comunicarse, reequilibrios, reciprocidades, derechos, deberes y responsabilidades (p. 38).

Dada la crisis de los Estados nacionales, a la par de su desinterés e incapacidad de pensar con imaginación la incorporación de los dispositivos comunicacionales para ampliar la democracia, las empresas privadas se habían convertido en el motor de las innovaciones técnicas. Al respecto, Pasquali afirmaba que desde 1993 uno de los organismos especializados del sistema de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) era la Unión Internacional de Telecomunicaciones (UIT), que aceptaba la plena membresía de las grandes empresas de telecomunicaciones, prácticamente en “pie de igualdad con los Gobiernos”. Empresas como Motorola, Siemens, Bell, NEC, Alcatel, Ericsson y AT&T comenzaron a “formar parte de su principal órgano consultivo”. Varios países tercermundistas, continuaba Pasquali, habían cedido sus telecomunicaciones a las compañías transnacionales sin dotarse de “fuertes

organismos de regulación y vigilancia”; la paradoja era que ahora eran “representados” ante las conferencias de la UIT por funcionarios que defendían más los intereses de las empresas que les pagaban el sueldo que los del país que las hospedaban (1998, p. 171).

La idea de *global village* Pasquali la recuperaba de la obra de McLuhan, pero marcando una serie de importantes diferencias. El teórico venezolano afirmaba que McLuhan había elaborado la idea de “aldea global” sin considerar la reconfiguración transnacional de la cultura, la economía y la comunicación. De todos modos, a diferencia de unas décadas atrás, reconocía que la conceptualización *mcluhaniana* acerca de la interdependencia electrónica era ahora mejor comprendida a partir de internet, proceso que a comienzos de los sesenta no se vislumbraba con claridad entre sus críticos colegas. Igualmente esa idea de “globalidad sin conflicto” había devenido en una desfigurada aldea que tomaba forma a partir de una tendencia globalizante y controlada de su dimensión económica, sin reciprocidad ni interdependencia real y global entre sus integrantes; en lo electrónico, entendía Pasquali, la aldea únicamente garantizaba –al menos en los países periféricos– el acceso “al mensaje de los grandes y siempre menos numerosos emisores centrales, sin verdadera interdependencia ni reciprocidad total” (1998, p. 175).

Reconfiguraciones del campo político y dilemas emergentes

Las elecciones presidenciales de 1998 en Venezuela se produjeron luego de varios años de políticas que, enmarcadas en el *gran viraje*, tendieron hacia privatizaciones a gran escala en casi todos los sectores productivos, desnacionalización y desregulación de la economía. Antes que resolver, la “fiebre neoliberal” había agudizado los problemas de desigualdad, pobreza y exclusión. Este proceso “arrastró consigo no solo la defensa de los intereses nacionales en esferas como la industria y el agro”, sino que también había significado un retroceso importante en la “posibilidad de que el Estado normara la vida de las comunicaciones” (Cañizález, 2002).

En diciembre de 1998, Hugo Chávez, líder del Movimiento V República (MVR), asumió la presidencia de la nación. En 1999, a través de una

consulta popular, se elaboró la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela. Al año siguiente, una ley habilitante facultó al presidente Chávez a emitir una serie de decretos con rango de ley, dirigidos a reorganizar la industria petrolera que unos años antes había sido parcialmente cedida a las empresas transnacionales como paso previo a su privatización, y otra ley de igual relevancia, vinculada con la reforma del latifundio como modo de organizar la propiedad de la tierra (Hernández & Reina, 2010, p. 18).

Esta reconfiguración que se inició con el ascenso del MVR al poder es importante para poner de relieve las tensiones entre el campo político y el campo económico, tensiones que pronto devinieron en una abierta confrontación en los primeros años del siglo xxi. La distribución de la tierra y la producción de crudo fueron puntos clave de esa disputa. Desde la Constitución de 1999, el Estado nacional comenzó a poseer el total de las acciones de la industria petrolera, es decir, el monopolio exclusivo de los hidrocarburos, prohibiendo que sus acciones puedan ser vendidas a particulares.

En este marco, la Comisión Legislativa Nacional decretó en marzo del 2000 la Ley Orgánica de Telecomunicaciones. De esta se excluía la regulación de contenidos de las transmisiones y comunicaciones, y buscaba “garantizar el derecho humano a la comunicación y a la realización de las actividades económicas” vinculadas al campo telecomunicacional. Por otro lado, se posicionaba con claridad en cuanto a la defensa “de los intereses de los usuarios”, asegurando su derecho al “acceso a los servicios de telecomunicaciones” en condiciones “de igualdad” y de “calidad”, además que buscaba promover y coadyuvar el ejercicio a establecer “medios de radiodifusión sonora y televisión abierta comunitarias” sin fines de lucro, para el ejercicio del derecho a la comunicación libre y plural.¹⁰⁹

Las regulaciones destinadas al sector de las telecomunicaciones, como vimos anteriormente, eran una de las demandas de una franja de la intelectualidad, entre ellos Pasquali, como director del RTSP. Los pri-

¹⁰⁹ Gaceta Oficial, n.º 36920, Caracas, 28 de marzo de 2000.

meros comentarios acerca de la ley dan cuenta de que se trataba de un tipo de regulación necesaria, en un sector históricamente concentrado, y además *entregado* a las empresas privadas durante la década del noventa, como fueron las señales estatales y la compañía de servicios telefónicos. La ley proponía una Comisión Nacional de Telecomunicaciones como ente autónomo en términos financieros, organizativos y administrativos.

El Comité liderado por Pasquali se había consolidado como un espacio formado por una diversidad de expertos, académicos y referentes político-culturales provenientes de espacios heterogéneos. Desde allí se procuraba intervenir en los debates públicos acerca del mercado comunicacional y el derecho a la comunicación, sin una clara articulación orgánica con movimientos políticos. De todos modos, Pasquali sí había comenzado a participar en el partido Izquierda Democrática, de tendencia de centroizquierda, que desde finales de los noventa había emergido tras una escisión del Movimiento al Socialismo. El partido Izquierda Democrática se presentaba como una alternativa “progresista” al movimiento liderado por Chávez (Pasquali, 2006).

El grupo de intelectuales nucleados en la revista *Comunicación* coincidía parcialmente con las propuestas del RTSP, puntualmente en que la comunicación en el país estaba sujeta a las “leyes de un mercado globalizado”. A diferencia de la experiencia y las redes en las que se inscribía el Comité, los intelectuales de la mencionada publicación –en el marco de una red jesuita de acción social en Venezuela– se vinculaban a los movimientos de base desde las prácticas de comunicación y educación popular en los barrios caraqueños. Desde esa militancia se consideraba que era necesario revisar el papel del Estado en relación con el mercado de las telecomunicaciones. Desde la revista, el académico Francisco Tremonti sostenía por entonces que, si el espectro radioeléctrico “está definido como un bien de dominio público”, la Comisión Nacional de Telecomunicaciones tendría un papel relevante y activo, al reglamentar y sancionar a quienes infringieran la ley. En este punto, afirmaba que una ley de estas características era necesaria para organizar “un poco más las reglas de juego”, que se estableciera un “balance” y le diera de ese modo “mayor asistencia” al usuario (Tremonti, 2000, p. 28).

La ley, al contrario de la tendencia de las empresas vinculadas al sector que invertían en las zonas de mayor densidad poblacional donde

obtenían mayores ganancias, establecía un “servicio universal”, independientemente de la localización geográfica en el territorio nacional. Esto imponía la necesidad de reformar los servicios públicos de comunicación, otorgar mayor presupuesto para inversiones y realizar una prestación de calidad y accesible en términos monetarios. En su artículo 159, preveía una serie de sanciones a los infractores de la ley, como una amonestación pública, la suspensión de la publicidad comercial –de licencia o concesión según el caso–, revocaciones, clausuras temporales o, en última instancia, decomisar equipos para la prestación del servicio y prisión. Tremonti consideraba que en la historia venezolana eran pocas las sanciones que se habían aplicado al sector de las telecomunicaciones, y sostenía que era en todo caso la “falta de voluntad” política para enfrentarse a los “centros de poder económico comunicacionales” lo que había tornado inviable cualquier intento de regulación (2000, p. 31).

Las tres leyes enunciadas aquí, vinculadas a la producción petrolera, al régimen de propiedad de la tierra y al sector de las telecomunicaciones, fueron motorizando las disputas con el campo empresarial y agudizando los antagonismos. A principios del año 2000, el Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos (Provea) presentaba en su informe una serie de inquietudes respecto a las relaciones entre el campo político y el empresarial. Luego de hacer alusiones laterales a las críticas en aumento de las empresas de medios de comunicación a la gestión política de Chávez, el informe hacía mayor énfasis en que el presidente “en varias declaraciones cuestionó fuertemente” las coberturas periodísticas. Eran críticas que se formulaban en un contexto de polarización creciente. Provea destacaba que se habían realizado marchas de organizaciones vinculadas al partido de Gobierno en las que se había agredido verbalmente a periodistas de distintas empresas mediáticas. Lo que queremos destacar del informe de Provea es el hecho de que daba cuenta de la configuración de un “clima de hostilidades” que atravesaba a la sociedad, y que, si bien el presidente Chávez no aprobaba ese tipo de marchas, seguía el informe, sí realizaba comentarios públicos acerca de los propietarios y editores de los medios. Según constataba por esos años el investigador Andrés Cañizález, Chávez nombraba “a los propietarios y en más de una ocasión dejó entrever tácitos señalamientos por cuestiones impositivas o de sucesión en la propiedad de

los medios” (2002, p. 18).

Complementariamente, en términos específicos del mercado telecomunicacional, Venezuela daba pasos importantes hacia un mayor desarrollo. Como señala el también investigador William Peña, el país se convirtió en un “ejemplo en telecomunicaciones” con su ley orgánica y, luego de diversas pugnas con el sector privado, se había logrado un nivel de consenso importante en materia de innovaciones e inversiones para el sector (2013, p. 85). El Gobierno nacional, además, iniciaba un proyecto de desarrollo de internet, que se volvía una prioridad para modernizar las telecomunicaciones. Distintas empresas, como las estadounidenses BellSouth y New Global Telecom, la italiana TIM, entre otras, “se sumaron al desarrollo de las telecomunicaciones y el Estado obtuvo unos 24 millones de dólares” en inversiones que “abrían nuevas posibilidades para la expansión del país” (p. 86).

Entre la intelectualidad surgían una serie de interrogantes en torno a cómo se iba a organizar políticamente la cultura. El reordenamiento de las reglas de juego propuesto por el nuevo Gobierno exigía repensar las políticas públicas que permitieran el acceso a los bienes culturales, la democratización de las posibilidades de participación en la producción cultural, al tiempo que suscitaba inquietudes el modo en que se realizarían las estrategias de regulación. Era un debate clave que estaba inscrito en una trama de ofensas provenientes con recurrencia desde las empresas de medios y de las “amonestaciones públicas del presidente a los medios de comunicación”, que, si bien no avanzaba en términos de sanciones, sí recurría a ciertas “amenazas” a empresarios (Comunicación, 2001, p. 2).

Los intelectuales, afirmaba Marcelino Bisbal, debían recuperar una discusión histórica del campo de estudios e investigación en comunicación y cultura de los años ochenta, que había sido progresivamente “abandonada”: la cuestión vinculada a qué relación se debía establecer entre cultura, política y Estado. En este sentido, apuntaba que ya no se podía pensar por separado el desarrollo de políticas públicas destinadas a la promoción cultural desligadas de las grandes industrias culturales, generadoras de contenidos a escala masiva (Bisbal, 2001, p. 12). El avance neoliberal había debilitado el papel del Estado, y el poder de las corporaciones empresariales dominaba el mercado. En ese contexto, el grupo de intelectuales nucleado en la revista *Comunicación* sostenía

que, si bien el “discurso oficial” se presentaba en tono “amenazante” en cuanto a suprimir licencias a algunos canales de televisión, “lo que tenemos en la realidad es un poder comunicacional que no tiene normas ni reglas” (AA. VV., 2001, p. 20). Era un debate que se debía asumir en clave “política”, en cuanto que se trataba del modo de organizar la vida social. Y los ejes de la discusión redimensionaban el lugar que ocupaban los medios en la sociedad. Se estaba cuestionando, seguía el grupo de Comunicación, “el papel de los medios de comunicación como actores políticos” y su responsabilidad como agentes que “reflejan y transmiten la realidad” (p. 23).

La radicalización del conflicto entre el campo político y el económico llegó a su punto más alto con el golpe de Estado de abril de 2002. Algunas de las crónicas de la época planteaban que “el ciudadano venezolano no sale del asombro que causó presenciar la juramentación de tres presidentes en menos de 72 horas” y los más de cincuenta muertos de “la masacre del Puente Llaguno” (Villamediana, 2002, p. 59).¹¹⁰ Tras una serie de conflictos en la empresa estatal Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA), que involucró a un sector del campo empresarial y una franja del sindicalismo opositor al Gobierno,¹¹¹ el presidente Chávez fue detenido y enviado al Complejo Militar Fuerte Tiuna –en Caracas–, y asumió, *de facto*, Pedro Carmona Estanga, hasta ese momento presidente

¹¹⁰ Al respecto se pueden ver las producciones audiovisuales *La revolución no será transmitida* (2003), de Kim Bartley y Donnacha O’Briain (Irlanda), y *Puente Llaguno: claves de una masacre* (2004), de Ángel Palacios (España).

¹¹¹ Según algunas fuentes, el conflicto con el campo empresarial y con un sector de la burocracia sindical se agudizó cuando el Poder Ejecutivo nombró a Gastón Parra como el nuevo presidente de PDVSA y a la junta directiva que lo acompañaría en el ejercicio de sus funciones. FEDECAMARAS y un sector de los trabajadores nucleados en la Confederación de Trabajadores de Venezuela (CTV) propusieron conjuntamente una huelga por tiempo indefinido, que trascendió las demandas hacia la empresa y devino en una serie de movilizaciones en las que pedían la renuncia del presidente Chávez. Ver Villamediana (2002) y Barrios & Urdaneta Jayaro (2002).

de la Federación de Cámaras y Asociaciones de Comercio y Producción de Venezuela (FEDECAMARAS). Mientras estos hechos iban aconteciendo, los canales de televisión y las grandes empresas de radio estaban en otra “onda”, reproduciendo “comics, musicales y novelas”. Desde el grupo periodístico de comunicación popular y comunitaria venezolano Radio Fe y Alegría denunciaron que en esos días “los ciudadanos estuvieron en una situación de ausencia de información acerca de lo que ocurría en diversos lugares de la ciudad de Caracas y en otros lugares del interior del país”. Este hecho, sostuvieron, se había constituido en “una violación al derecho de los ciudadanos al acceso a la información” (Barrios & Urdaneta Jayaro, 2002, p. 31).

Los venezolanos habían sido testigos de la suspensión de la transmisión de los canales privados y el cese de las transmisiones del canal del Estado. Como afirman Cañizález y Jairo Lugo, una de las primeras medidas de Carmona Estanga durante el gobierno *de facto* fue reunirse con algunos propietarios y ejecutivos de los principales medios de comunicación comerciales para coordinar una estrategia de apoyo. Esta consistía en fomentar la autocensura acerca de todos los movimientos y manifestaciones para restablecer a Chávez en el poder y “apuntalar a Carmona como legítimo gobernante” (Cañizález & Lugo, 2007, pp. 53-54). De todos modos, a pesar de las distintas estrategias de las empresas de medios de comunicación, y tras una serie de movilizaciones populares que demandaban el retorno del presidente elegido democráticamente, Chávez fue liberado y volvió a ejercer su lugar como primer mandatario el 14 de abril de 2002. El historiador venezolano Luis Britto García dirá unos años después que en Venezuela se había experimentado “la semana más larga de la década” y que la sociedad había vencido al “primer golpe mediático” (2012, p. 13).

Después del golpe. Políticas estatales y reposicionamientos intelectuales

El golpe cívico-militar había dejado en evidencia las tramas y conexiones entre un sector del empresariado y las fuerzas militares, y puso en el centro de la escena la responsabilidad de los medios masivos de comunicación de informar a la ciudadanía más allá de sus intereses ideológi-

cos o comerciales. El periodista Andrés Izarra, ex gerente de producción de *El observador*, por entonces el programa de noticias más importante de Radio Caracas Televisión (propiedad del Grupo 1BC, de la familia Phelps-Granier), declaró que había renunciado al canal porque se impuso, en los días del golpe, una línea editorial “que censuraba toda información relacionada con el chavismo”. El periodista, de trayectoria en el campo de las comunicaciones masivas en empresas norteamericanas, sostenía que se había perdido la “ecuanimidad” al establecer una línea parcializada cuando la empresa se había lanzado a una “aventura política” (citado en Cañizález, 2002, p. 21). Por otro lado, una investigación daba cuenta de que, entre el 7 y el 15 de abril de 2002, “las tendencias informativas de los principales medios del país fueron abrumadoramente negativas”: el 75 % de las noticias relacionadas con la gobernabilidad eran críticas al presidente y distintos miembros del Poder Ejecutivo (Villamediana, 2002, p. 61).

En ese contexto de finales del año 2002 y principios del 2003, hubo un acercamiento entre los intelectuales nucleados en el Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público con el Gobierno de Chávez, al presentar un proyecto de ley orgánica de la radiotelevisión. Según Pasquali, el mismo ingresó en la agenda de discusión de la Asamblea Nacional y fue rápidamente desestimado y “engavetado”.¹¹² Elizabeth Safar, por su parte, considera que el proyecto propuesto por el Comité sugería el carácter no gubernamental de los servicios de comunicación, como “piedra de toque” de su carácter público, y afirma que fue “enterrado por la mayoría oficialista de los parlamentarios” (2014, p. 54).

Esta presentación *fallida* del proyecto por parte del Comité podemos considerarla como el punto de comienzo de una relación conflictiva entre un sector de la intelectualidad y el partido de Gobierno. Es decir, en el marco de las elaboraciones de regulaciones para el sector de las comunicaciones, estos intelectuales con reconocimiento y prestigio in-

¹¹² Entrevistado por el autor, 11 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

ternacional, y de larga trayectoria, no fueron convocados en su papel de *productores de leyes culturales*, sino más bien como interlocutores para dialogar acerca del proyecto preparado por el MVR. De esa forma, el carácter especializado de la actividad de los intelectuales, como los nucleados en el Comité, estaba llamado a cumplir un rol que no fue el esperado por Pasquali y compañía. En este contexto posgolpista, el Gobierno aspiraba a la dirección político-cultural de la sociedad y tendía a consolidar su vínculo con otros intelectuales en una clave orgánica. Esta era una posición que Pasquali, entre otros/as, no estaba dispuesto a asumir.

Sí, en cambio, otros grupos se vincularon al Gobierno en esa clave, al tiempo que buscaron producir interpretaciones del proceso conducido por Chávez y legitimarlo intelectualmente. Por nombrar algunos casos: el historiador Britto García; el periodista y ensayista venezolano Modesto Guerrero; Néstor Francia; la periodista Luisana Colomine; o los intelectuales españoles Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero¹¹³, que tempranamente viajaron a Venezuela y se acercaron al Gobierno de Chávez. Estos intelectuales, en un trabajo editado por el Ministerio de la Cultura de Venezuela y la Fundación Editorial el Perro y la Rana, planteaban que la emergencia y las propuestas de transformación legislativa del MVR debían inscribirse en el marco de la formación de un nuevo proyecto histórico, que cuestionaba la noción “burguesa” de “democracia” y de “ciudadanía”. Esto trastocaba y hacía “colapsar”, afirmaban los autores, las posiciones de los intelectuales progresistas que veían cómo el Estado comenzaba a transformar las reglas del juego “liberal”. En este sentido, consideraban que a pesar de las “críticas liberales” el Gobierno no iba “más allá del derecho”, sino que había generado “los instrumentos legislativos” para que los grandes empresarios fueran considerados “ciudadanos como cualquier otro”, sin más influencia que otros/as y sin privilegios. La “revolución bolivariana”, según los intelectuales, estaba

¹¹³ Alegre Zahonero sería posteriormente, entre 2015 y 2016, secretario general de Podemos Comunidad de Madrid, organización estratégica territorial de Podemos (España).

“simplemente” obligando a “los poderosos a comportarse como meros ciudadanos” y se estaba sentando la posibilidad “de que los desposeídos” asumieran “todo el protagonismo que les otorgaba su ciudadanía” de *ampliar las garantías de la ciudadanía* y la independencia civil al conjunto de la población (Fernández Liria & Alegre Zahonero, 2006, pp. 22-23).

En una trama de radicalización de los conflictos a principios de la década, la invocación de intelectuales como Pasquali a las ideas de “autonomía” e “independencia” a partir de la producción de medidas y regulaciones expresaba una posición de incorporación *no orgánica* al nuevo proyecto político de país, que no se conjugaba con el horizonte y las necesidades del MVR. Si bien la orientación en cuanto a tomar medidas específicas para el sector de las telecomunicaciones pudo convertirse, entre 2002 y 2003, en una zona de confluencia entre el Gobierno y una franja de la intelectualidad de la comunicación, en los significados y las formas que debía cobrar *lo público* se producía una distancia sustancial entre ambas posiciones.

Se puede afirmar, en un sentido más amplio, que el Gobierno venezolano procuraba transformar el sentido mismo de lo público, una tendencia que se puede pensar en escala regional tras la hegemonía neoliberal. El investigador Jorge Huergo, al analizar las reconfiguraciones políticas latinoamericanas a principios del siglo xxi, considera que se produjo un proceso de “restitución del Estado” que se dio en gran medida con la “recuperación de las memorias históricas, en la reconstrucción de la justicia social y en la iniciativa de políticas públicas populares”. En este sentido, Huergo plantea que en América del Sur el Estado había tomado la iniciativa de crear “espacios formadores de sujetos que habían sido destituidos” por el neoliberalismo, pero “reconociendo las luchas de organizaciones y movimientos sociales y populares” (2011, p. 17). En la clave del proceso liderado por Hugo Chávez, lo público en términos concretos representaba, entre otras dimensiones que no trabajaremos aquí, la ampliación y el ingreso de los sectores populares al Sistema Nacional de Medios. Según el reglamento para la radiodifusión sonora y televisión abierta comunitaria, el servicio público tendría que construir “nuevas relaciones sociales” que coadyuvaran el poder de las comunidades, el fortalecimiento de la cultura local, al crear una participación activa de

las personas donde se circunscribía el medio.¹¹⁴ En la experiencia del MVR, esto significaba el acceso y la participación de las organizaciones populares y los movimientos sociales a los medios masivos de comunicación, con una importante inversión por parte del Estado.

A diferencia de esta proyección del sentido de lo público en las políticas estatales, el RTSP entendía a los medios públicos como los “difusores que estimulan el acceso y la participación en la vida pública” de todos/as los/as ciudadanos/as (Safar & Pasquali, 2006). Era una idea de servicio público vinculada a la propia trayectoria intelectual de Pasquali en organismos transnacionales como la UNESCO. Por ello, este postulaba junto a Safar que en América Latina no existía “un solo caso de auténtico y genuino *servicio público* verdaderamente desgubernamentalizado” (p. 72). Esta idea de “ciudadanía”, en el contexto específico de los conflictos venezolanos, estaba representada según Pasquali por esa fracción “ni oficialista ni opositora”: un sector de la sociedad que no tenía intereses políticos específicos, pero sí necesidades culturales que debían atenderse. Entendemos que otras de las tensiones entre el movimiento liderado por Chávez y este grupo de intelectuales eran las ideas mismas de lo público y de construcción de ciudadanía, como también la jerarquización de las necesidades y las demandas que el Estado debía atender en primera instancia.

En esta trama general debe inscribirse el proyecto de regulación que lanzó el Gobierno nacional en el año 2004, denominado Ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión (ley resorte). El proyecto de ley tenía por objeto establecer la “responsabilidad social” de los prestadores de servicios de radio y televisión, proveedores de medios electrónicos, anunciantes, entre otros agentes vinculados al sector, para “fomentar el equilibrio democrático entre sus deberes, derechos e intereses a los fines de promover la justicia social”.¹¹⁵ Además, pretendía orientar y con-

¹¹⁴ Gaceta Oficial, n.º 37359, Caracas, 8 de enero de 2002.

¹¹⁵ Asamblea Nacional de la República Bolivariana de Venezuela, “Ley de Responsabilidad Social en Radio y Televisión”, 7 de diciembre de 2004.

tribuir a la formación de la ciudadanía, la democracia, la paz, los derechos humanos, la cultura y el desarrollo social y económico.

Cuando el proyecto comenzó a circular entre los medios masivos y al interior del campo cultural, un sector de los intelectuales, entre los que se situaba Pasquali, lo denunció como una amenaza a la libertad de expresión y del derecho a la comunicación. Uno de los interrogantes se vinculaba a que no se podría fomentar la “responsabilidad social” de los medios y las empresas, contribuir a la democracia, sin regular los contenidos, sin reordenar las “grillas” de la televisión y sancionar comportamientos que, según el Gobierno y sus sentidos atribuidos a la democracia y a la paz, pudieran generar “desequilibrios” en el orden social. En un documento publicado en el número 123 de la revista Comunicación en el año 2003, y que de forma conjunta firmaron Pasquali, Bisbal, Oscar Lucien, Pablo Antillano y Luis Godoy, procuraron interpelar a otros intelectuales a “rechazar” la propuesta porque estaba destinada a “ejercer control gubernamental”. El grupo de intelectuales que firmaba el documento sostenía que se había producido un desplazamiento en las regulaciones estatales: la nueva propuesta introducía, de forma implícita, la posibilidad de controlar los contenidos de los medios de comunicación. Se denunciaba que el proyecto era una iniciativa del Poder Ejecutivo no discutida en el Parlamento y que respondía “específicamente” a intereses y propósitos de la “propuesta política que hoy el Gobierno quiere imponerle al país” (AA. VV., 2003).

El grupo de intelectuales argumentaba que el proyecto no había surgido de los debates de la sociedad, como mecanismo básico de “definir” y “construir” su propio Estado. Al contrario, se planteaba que el proceso que llevaba adelante el Gobierno de Chávez era el inverso: el Estado regulaba y después se discutía. De ese modo, continuaba el documento, no era la sociedad la que definía los contornos del Estado, sino que se construía desde “arriba” y no desde sus bases sociales (AA. VV., 2003). Esta discusión planteada en el documento ponía en escena la crisis del “lugar del intelectual” como mediador en los procesos de organización de la cultura, una mediación situada entre los funcionarios políticos y la sociedad civil. Al menos para estos académicos e investigadores, la relación con el Estado era lo suficientemente conflictiva como para que sus posiciones no fueran validadas. Esta situación los llevaba a rechazar cualquier concepción orgánica del intelectual y asumir un espacio

de “independencia” de los grupos sociales en pugna. Pero, tal como se estaban produciendo los conflictos que estructuraban a la sociedad venezolana, la figura del “intelectual independiente” relativamente desvinculado de las clases o los grupos sociales contaba con un margen cada vez más estrecho. Los conflictos en ascenso volvían ineludibles la toma de posición.

Respecto a ello, en el documento se concordaba con la necesidad de iniciar un debate sobre “el tema de la regulación de los medios radioeléctricos en la sociedad”, pero se afirmaba que era una disposición gubernamental surgida en la coyuntura y como estrategia ante los hechos acontecidos en abril de 2002. La propuesta, seguía el documento, estaba “definitivamente orientada a burocratizar y crear instancias de control gubernamental en la existencia, manejo, dirección y producción de contenido de los medios radioeléctricos”. Abiertamente, los intelectuales *exhortaban* a “rechazar la invitación a negociar el proyecto”. La posición, continuaba el documento, debía ser “de franco, abierto, activo y militante rechazo” y oposición. No se debían “convalidar instancias de consulta” (AA. VV., 2003).

En el documento se puede leer alguna de las dimensiones de la propuesta que unos años atrás había planteado el RTSP: una regulación que apuntara a dos frentes distintos, tanto a la eliminación de los oligopolios como a la desgubernamentalización de los servicios públicos de comunicación. En este punto, se exigía a los medios privados de comunicación el derecho de los/as ciudadanos/as al acceso a la información plural, imparcial y de calidad, al tiempo que se hacía énfasis en la distinción entre servicio público y “brazo informativo y contra informativo del Gobierno”. El texto finalizaba con que unos medios de servicio público eran el “contrapunto necesario” ante el avance de las empresas privadas de telecomunicaciones (AA. VV., 2003).

Al tiempo que el proyecto se convertía en ley,¹¹⁶ Pasquali publicó una serie de reflexiones que, sin atenuar sus críticas al Gobierno de Chávez,

¹¹⁶ *Gaceta Oficial*, n.º 38081, Caracas, 7 de diciembre de 2004.

situaba el análisis en otras coordenadas que queremos señalar. Afirmaba que, con los acontecimientos de abril de 2002, en Venezuela se había experimentado un “episodio tal vez único en la historia moderna de las comunicaciones” y se abría una nueva etapa de reconfiguración en las relaciones entre Estado, política y comunicación (Pasquali, [2004] 2005, p. 289): en un contexto en el que millones de ciudadanos/as marchaban por las calles de Caracas a favor o en contra del Gobierno nacional, los medios de comunicación impresos y audiovisuales habían adoptado “beligerantes actitudes de un maniqueísmo sin matices, al límite de la caricatura”. Tras ello, el “casi omnímodo” sector privado “radicalmente antigobierno” comenzó una etapa de “decadencia” en la que, tras erosionarse la precaria “alianza oligarca” que había depuesto al Gobierno de Chávez, quedó en evidencia ante las audiencias. El Gobierno *de facto*, en esos días, había logrado “oscurecer” las señales más afines al movimiento chavista: la televisión comercial las había “sacado del país por satélite”. Luego de estos episodios, seguía Pasquali, el Gobierno nacional decidió “acabar con las *ficciones de imparcialidad* de los medios públicos” y en poco tiempo incrementó su inversión en el sector.¹¹⁷ En unos meses se incrementó el presupuesto más que “en los 65 años anteriores”, convirtiendo a los medios públicos en una “omnipresente voz comunicacional de un Gobierno legalmente electo pero metamorfoseado en autocracia” (p. 290).

Estas afirmaciones de Pasquali acerca del redireccionamiento de las políticas de comunicación del Gobierno de Chávez eran producidas en un momento en el cual en Venezuela se comenzaba a fortalecer la ampliación del Estado en el espectro radioeléctrico con la formación del Sistema Nacional de Medios Públicos.¹¹⁸ Entre algunos de los medios, surgía la señal Venezolana de Televisión (VTV); ViVe TV, un canal destinado a transmitir contenidos educativos y culturales; y, posteriormente, el

¹¹⁷ El destacado de la cita nos pertenece.

¹¹⁸ Desde el 2008 pasó a denominarse Sistema Bolivariano de Comunicación e Información (SiBCI).

Gobierno fue motorizando el canal Televisora Venezolana Social (TVes) y Ávila Televisión. En el plano de la radiodifusión, a la histórica Radio Nacional Venezolana se incorporaron con un mayor desarrollo técnico el circuito radial YVKE Mundial y Radio del Sur.

El fortalecimiento del Sistema Nacional de Medios, según Pasquali, no revelaba necesariamente un mejoramiento de los servicios públicos de comunicación, sino que, al contrario, se reconfirmaba un vínculo histórico: el “duopolio mediático empresas/Gobiernos”. En esta clave de análisis, el investigador finalizaba que la sociedad venezolana necesitaba de una suerte de “tercer polo” informativo, ni empresarial ni gubernamental, capaz de garantizar “imparcialidad y credibilidad informativa en épocas normales” y en casos de emergencia, como los acontecimientos de abril de 2002 (Pasquali, [2004] 2005, p. 290).

Las diferencias entre el nuevo proyecto político y una franja de la intelectualidad se fueron radicalizando complementariamente al tiempo que se profundizaron los antagonismos entre el Gobierno y el campo empresarial. Ese reposicionamiento de *participación no orgánica*, desde cierta exterioridad a la organización política, no era un lugar que el Gobierno de Chávez reconocería en intelectuales como Pasquali. Luego de esa relación fallida del año 2003, Pasquali, como otros/as de los/as intelectuales mencionados/as aquí, asumirá sucesivamente posiciones abiertamente opositoras al Gobierno nacional.

Telesur: la transnacionalización del debate cultural e intelectual

Las transformaciones que se fueron produciendo en Venezuela las debemos inscribir en un mapa de relaciones más amplio, en el que, luego de la hegemonía neoliberal, fueron surgiendo proyectos políticos que pueden ubicarse en lo que algunos trabajos han denominado como “giro a la izquierda” (De Moraes, 2010; Kitzberger, 2010; Badillo, Mastrini & Marengi, 2015); Gobiernos que iniciaron transformaciones en los sistemas de medios, a partir de la revalorización del Estado con el objetivo de formular políticas públicas orientadas a la información y a la cultura. Sin entrar en profundidad en este aspecto, al menos debemos consi-

derar que algunos de los proyectos, como el liderado por Chávez, el de Morales en Bolivia o el de Correa en Ecuador, se dieron con un énfasis mayor en ideas nacionalistas, antineoliberales y de izquierda, capaces de articular a las mayorías populares de sus países, atravesadas por una multiplicidad de diferencias culturales y desigualdades sociales y económicas (Borón, 2007; Sousa Santos, 2008). Dentro de este “giro”, un segundo bloque de Gobiernos, como los de Brasil, Uruguay, Argentina y Chile, apostaron al desarrollo social con políticas de inclusión social y económicas para atender las necesidades de las clases populares (De Moraes, 2010, p. 30).

En esta tendencia de Gobiernos progresistas que emergieron tras el neoliberalismo, según Martín Becerra, estos realizaron una “original incursión” en un campo que históricamente se había presentado como “un verdadero tabú” en las agendas de gobierno: buscaron “modificar el sistema de medios comercial” a través de una serie de regulaciones, en las cuales los Gobiernos se convirtieron en un “importante actor comunicacional”. Esto, continúa el investigador, se dio de modo complementario con “la ruptura del credo en la objetividad, la imparcialidad y la neutralidad” del campo periodístico (Becerra, 2011, p. 12). En el caso específico venezolano, como indicamos anteriormente, creció acentuadamente el sistema de medios públicos, a la par de un proceso de creación y reforma de medios estatales, la producción de regulaciones que fomentaban a los medios comunitarios, y medidas orientadas a regular los medios privados, frecuencias y medidas anticoncentración (Badillo, Mastrini & Marengi, 2015, p. 118).

En este contexto de intensos debates políticos y comunicacionales en la región, en el año 2005 y desde el Sistema Nacional de Medios venezolano hacia América Latina, aparece en la escena la señal Telesur. Con sede en Caracas, era financiada por los Gobiernos de Venezuela (51 %), Cuba, Argentina, Bolivia, Ecuador y Nicaragua. La emisora, según la investigación de Denis de Moraes (2010), inició su política de programación orientada a contextualizar y ampliar las interpretaciones de los hechos, abierta a nuevas temáticas históricamente no tratadas en las agendas de los medios de comunicación, además de no admitir publicidad comercial. Con la meta de “ayudar a construir ciudadanos críticos, informados y participativos en la sociedad” (comunicado institucional

de Telesur, citado en De Moraes, 2010, p. 63), el 80 % de la programación de Telesur tenía contenido informativo de carácter regional, con mesas redondas, entrevistas, documentales, reportajes y series históricas; y el 20 % restante se vinculaba a la reproducción de películas y documentales independientes regionales, que hallaron en Telesur la posibilidad de ser transmitidos por primera vez en televisión y que no habían tenido circulación comercial.

Destacamos la creación de este canal multiestatal porque, al tiempo que procuró consolidarse como un servicio de contrapeso “a la dominación hegemónica de las cadenas internacionales como la BBC y CNN” y promover la “integración política y cultural” de la región (Cañizález & Lugo, 2007, p. 56), se constituyó como una política cultural regional que se convirtió en un escenario de importantes disputas intelectuales a escala latinoamericana. Además de los posicionamientos de Pasquali o Bisbal acerca de que Telesur estaba condenada al fracaso en su proyección ideológica, política y financiera, otros referentes del campo de la comunicación y la cultura rechazaron su puesta en funcionamiento. El investigador Martín-Barbero consideraba que el proyecto no era latinoamericano ni sudamericano, sino un programa político-cultural del chavismo. En este sentido, sostenía que representaba “a la izquierda más dogmática que existe en América Latina”, y que había salido al aire sin una consulta popular ni diálogos con “presidentes y ministros de la región”. Las problemáticas y los debates que abordaba la señal eran vistos por Martín-Barbero como “absolutamente anacrónicos” (citado en De Moraes, 2010, p. 65). En una línea similar se situaba el investigador Omar Rincón, que acentuaba algunas de las reflexiones de Martín-Barbero en cuanto a que la señal no representaba el pensamiento de América Latina, sino “el pensamiento chavista”. Y finalizaba con que parecía más bien una “CNN mal hecha”, pero lo que la exceptuaba era que expresaba “el punto de vista de Chávez” (citado en De Moraes, 2010, p. 65).

De todos modos, otra franja de intelectuales, entre los que se encontraban Ignacio Ramonet –por entonces director de la publicación francesa *Le Monde Diplomatique*–, la periodista argentina Stella Calloni y el periodista e investigador Pascual Serrano, mantenía una posición bastante diferente respecto a Telesur. Más bien en una clave de organización político-cultural latinoamericanista, Ramonet (2005) planteaba que

la señal se constituía en la posibilidad de producir un “punto de vista” regional en el marco de las industrias culturales internacionales. Telesur expresaba, según el investigador francés –por entonces también miembro del Consejo Asesor de la señal multiestatal–, un proyecto de “soberanía informativa”. Este buscaba finalizar la “escandalosa” situación en la que un continente consumía imágenes de sí mismo, pero producidas y difundidas por Estados Unidos, que desde hacía más de un siglo trataba de “dominar la región”.

Calloni (2006), por su parte, consideraba a la política comunicacional condensada en Telesur como una estrategia para “crear lazos de integración amplios en la comunicación y rescatar la verdad ocultada por la oferta banal” de las grandes empresas periodísticas. Este era un aspecto clave en términos geopolíticos: la manipulación y la mentira, seguía la periodista, eran parte “del esquema de dominación mundial”. Y, en este sentido, establecía una analogía con el surgimiento de la Revolución cubana, en cuanto a la necesidad de crear la agencia de noticias Prensa Latina. Contra las estrategias de monopolización de los mercados infocomunicacionales, la señal era una posibilidad de garantizar un “derecho ganado por los pueblos del mundo, el derecho universal de acceder a la información veraz”, y decirle “no a la desinformación de raíces criminales” que se diseminaba por los medios concentrados de comunicación masiva.

Serrano (2006), asesor editorial del proyecto, afirmaba que era una señal que llegaba “para darle voz a los pueblos del sur” como respuesta a un “panorama mediático internacional” que era dominado por los “grandes emporios económicos”. El periodista y ensayista español consideraba que había mucho trabajo por hacer en términos técnicos y en calidad de producción de información, pero que las entrevistas con “sonido defectuoso” que se publicaban, o esos textos “regularmente” escritos al calor de los acontecimientos, siempre iban a representar una fuente más “válida” y “decente” que las “noticias frívolas y manipuladas emitidas por la CNN”.

En esta red de posiciones diferenciadas, Pasquali planteaba que después del golpe de abril de 2002 el Gobierno de Chávez, en un sentido “estructuralmente análogo”, producía objetos ideológicos así como las empresas privadas de medios masivos producían cualquier mercan-

cía.¹¹⁹ Esa perspectiva desde la cual se incorporó a los debates intelectuales caraqueños, como dijimos previamente, se fue profundizando. Respecto a Telesur, Pasquali (2005) reconocía que era “conceptualmente un proyecto hermoso e importante”, similar a las iniciativas “por las que uno ha luchado durante décadas”. Pero en términos políticos, y fuera de una mirada formal, afirmaba que era una “caricatura ideológica unidimensional” vinculada al proyecto de Chávez. Si bien se presentaba como “un instrumento de información independiente”, la señal era un “segmento de una estrategia regional” de expandir al continente “el trabajo de persuasión ideológica” que, finalizaba, “ya se ejerce en el país”.

Con esta posición, el filósofo venezolano marcaba una ruptura con sus propias posiciones ideológicas de los años setenta. Si en *Comprender la comunicación* el marco para construir una teoría de la comunicación y un esquema de regulaciones se hallaba en la “riqueza” del “pensamiento heterodoxo de izquierda” encarnado en la línea “Lukács-Korsch-Gramsci” (Pasquali, 1978, p. 127), la experiencia chavista requería revisar los posicionamientos políticos e intelectuales, y aquel marco interpretativo debía abandonarse. Esa clave ideológica en la configuración de la política cultural del chavismo devenía, según Pasquali, en un “férreo rol hegemónico de corte leninista-gramsciano” que era utilizado para garantizar, “por saturación de mensajes”, “un predominio ideológico” que reprodujera el consenso (2007a, p. 270).

El cese de las actividades de RCTV y después

Tanto Pasquali como el grupo de intelectuales organizado en torno al Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público mantuvieron críticas permanentes al accionar del Estado en materia de comunicación.

¹¹⁹ Entrevistado por el autor, 14 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

Las críticas se profundizaron cuando el Gobierno nacional decidió, en el año 2007, el cese de la concesión del espacio radioeléctrico otorgado a la empresa Radio Caracas Televisión (RCTV), perteneciente al Grupo 1BC (Phelps-Granier).

En esos meses, el Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información publicó el documento *Libro blanco* sobre RCTV, con el que buscaba explicar la medida del Poder Ejecutivo que, según se afirmaba, era una disposición legalmente asumida, pero “manipulada” y “tergiversada” por los grandes medios de comunicación con la “intención política de confundir a la opinión pública nacional e internacional”, que la presentaban “como un acto arbitrario e ilegal” (MIPPCI, 2007, p. 9). El trabajo, por otra parte, argumentaba que según los datos de la Comisión Nacional de Telecomunicaciones (Conatel), en el año 2007, el 78 % de las estaciones de televisión estaban adjudicadas al sector privado, mientras que el 22 % pertenecía al sector público. Los principales grupos que controlaban el mercado, según el documento, eran los siguientes: Organización Diego Cisneros (propietaria de Venevisión); Grupo 1BC (propietario mayoritario de RCTV); Grupo Núñez, Zuloaga, Mezerhane & Ravell (propietario mayoritario de Globovisión); y Grupo Camero (propietario mayoritario de Televen) (pp. 20-26).

Respecto a la situación de RCTV, el material ministerial sostenía que la concesión finalizaba el 27 de mayo de 2007, luego de veinte años, tal como había sido dictaminada la duración de las concesiones en el Reglamento sobre Concesiones para Televisoras y Radiodifusoras, en cumplimiento con la Ley de Telecomunicaciones del año 2000. Por lo tanto, seguía el documento, “la situación que se presenta en Venezuela con el operador televisivo RCTV es la extinción jurídica de una concesión que el Estado decidió no renovar” (MIPPCI, 2007, p. 54).

Como respuesta al cese de las actividades de RCTV dictaminadas por el Estado, Pasquali publicó en la revista Chasqui que el “cierre” se había realizado sin mediación del Poder Judicial y “contra la opinión del 80 % del país” (2007b, p. 14). Sus posiciones respecto a las políticas estatales de comunicación del Gobierno de Chávez, como dijimos, fueron cada vez más críticas. En el 2010, como parte de su activa militancia y como espacio de enunciación desde el Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público, denunció “abusos presidenciales” en el empleo de los medios públicos y privados (*El Universal*, 2010). Al año siguiente sostuvo

que, aun siendo “novedoso” el reordenamiento del mercado infocomunicacional y la “batalla mediática” que se dio con el ascenso al Gobierno del “socialismo bolivariano”, el mercado se había reconfigurado “ineficazmente” ante el avance de los medios gubernamentales que fueron “acosando” progresivamente a los “portavoces independientes” de la oposición cada vez más “debilitados” (Pasquali, 2011, p. 70).

En su horizonte político y lo que fundaba su praxis intelectual, se manifestaba, no sin conflicto, el ideal de un servicio público de radiotelevisión que garantizara las ideas de universalidad, diversidad, independencia y diferenciación (Pasquali, 2013). Para ello, postulaba, se tenía que lanzar una nueva política que pusiera por delante los intereses colectivos. Consideraba que se volvía urgente que participaran “emisoras alternativas y comunitarias” sin “hipotecas políticas o comerciales”, que garantizaran una genuina comunicación de proximidad (p. 348). En el año 2014, en calidad de perito, Pasquali viajó a Costa Rica a declarar ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), en contra del cierre de RCTV. En la declaración ante la CIDH, sostuvo que hasta el año 2002 “Radio Caracas y casi todos los demás medios” habían cometido “abusos de posición dominante” en el mercado comunicacional. Pero ello no justificaba, finalizaba, el “ataque jurídico” llevado adelante por el Gobierno nacional (CIDH, 2015, p. 69).

El dilema que surgió en los últimos años de su trayectoria intelectual no fue otro que el de la relación entre política y comunicación. La *experiencia chavista*, afirmaba, implicaba seguir pensando estrategias que articularan la democratización del mercado cultural, la libertad de expresión y las condiciones de acceso y participación en los medios masivos como derecho humano (Pasquali, 2007b). En términos teóricos, como vimos, Pasquali se fue ocupando de pensar y llevar a la práctica una progresiva acentuación del carácter independiente del servicio público. Es decir que era justamente el aspecto no gubernamental del servicio lo que garantizaba su dimensión pública. Esta premisa debía ligarse con la progresiva descentralización y regionalización de la producción y emisión de programas del servicio público de radiotelevisión.

La cuestión en torno a la puja por la *captura* de la opinión pública entre los Gobiernos y el mercado fue otro eje al cual le dedicó diversas reflexiones teóricas. A propósito de esto, consideraba que era un proceso que traía como consecuencia nuevas instancias de disputa en el marco

de la hegemonía del mercado y empresarial en lo referente a la producción cultural e ideológica, reconfigurando, asimismo, las relaciones de poder entre Gobiernos y empresas mediáticas. En esta trama, el *tercer sector*, ni empresarial ni gubernamental, tenía que surgir como espacio que articulara las necesidades e intereses de los grupos sociales que no se sintieran identificados con las ofertas provenientes del campo político o del campo empresarial.

Palabras finales

Situar el itinerario de Antonio Pasquali en distintos espacios de la producción cultural nacional y regional entre finales de los años cincuenta y principios de los dos mil nos permitió dar cuenta del modo en que se fueron configurando y reconfigurando sus reflexiones en torno a la comunicación, la cultura y la política, en un mapa más amplio en el que se desplegaron dilemas y tópicos que ocuparon a un sector de la intelectualidad venezolana y latinoamericana.

Cualquiera sea el momento de la trayectoria intelectual de Pasquali que consideremos, nos permite ver, a través de los temas y las posiciones de sus escritos, un sector del mundo político y cultural que los excede: fundamentalmente el de la *intelligentsia* de izquierda venezolana a lo largo de la segunda mitad del siglo xx. Las reflexiones de Pasquali tuvieron luz propia, pero, como hemos intentado demostrar a lo largo de esta tesis, el suyo nunca fue un pensamiento que se produjera en soledad, al margen de amistades e interlocutores/as intelectuales. Al analizar su itinerario desde la perspectiva de la historia y la sociología de los intelectuales, vimos cómo fueron emergiendo microsociedades, es decir, revistas, redes culturales, círculos ideológicos, instituciones académicas; ya se trate del tramo inicial hacia finales de la década del cincuenta como alumno de la universidad, en los círculos universitarios de cine; luego en Francia en los espacios de estudio e investigación filmológica; a principios de los años sesenta, como integrante de esa joven guardia intelectual que surgió tras el perezjimenismo, y que se nucleó en distintos proyectos revisteriles, con el objetivo de poner en escena debates claves del campo cultural; o, posteriormente, como *intelectual de la comunicación*, interviniendo en los debates sobre la formulación de políticas estatales de comunicación durante el gobierno de Carlos Pérez. En definitiva, y –como dijimos– es lo que hemos intentado demostrar, sus escritos y posiciones se articularon con esos espacios más o menos formales de interacción que suelen ser los grupos intelectuales.

Desde principios de la década del sesenta, el mapa de problemas que se delineó desde el campo académico venezolano estuvo vinculado a la pregunta por el estatuto disciplinar de la comunicación, su delimita-

ción en términos teóricos y los probables abordajes teórico-metodológicos. Esto fue emergiendo en unas incipientes agendas universitarias e intelectuales en las que se comenzó a analizar el rol económico e ideológico de los medios masivos en la producción cultural, en cuánto incidían en el comportamiento de los individuos de las sociedades de masas.

Otro de los elementos de ese mapa fue estrictamente político: la falta de autonomía de la “producción nacional” de información y noticias. En las páginas de *Crítica Contemporánea*, como vimos, la relación entre cultura y medios masivos era mediada por la lectura de los procesos políticos de la región. Específicamente, el rol de los medios de comunicación fue pensado a partir de la experiencia de la Revolución cubana: los modos en que la prensa norteamericana –y las “repetidoras locales”, como se afirmaba en clave de crítica ideológica– representaban los hechos que acontecían en la isla, y la necesidad de que los pueblos latinoamericanos comenzaran a tener una producción de noticias independiente de las grandes cadenas de noticias “imperialistas”. Consideramos que fue en las fronteras porosas entre la cultura política, la académica y la intelectual, donde la *comunicación*, más que un “tema”, fue un problema que interpeló y sobre el cual discutieron políticos/as y militantes en el interior de la academia, y académicos/as en el campo intelectual y político.

Justamente, y a contracorriente de las asociaciones teóricas habituales que tienden a homogeneizar los opacos procesos sociales en su afán de periodizar, dimos cuenta de la coexistencia de una multiplicidad de discursos sobre la “problemática de los medios masivos” que fueron institucionalizándose en Venezuela a partir de un proceso de renovación de los saberes y sobre los cuales se fue instituyendo una exploración conceptual del problema de la comunicación de manera heterodoxa, con marcos teóricos provenientes de distintas instituciones y formaciones culturales tanto locales como transnacionales.

En términos de pensar las modalidades de intervención en los debates que interpelaron a los/as intelectuales venezolanos/as y latinoamericanos/as, seguir el itinerario de Pasquali nos permitió dar cuenta de una pluralidad de posicionamientos que fue asumiendo a lo largo del período construido. Atendiendo a las reflexiones de Gisèle Sapiro (2017) respecto a los modelos de intervención política de los intelec-

tuales, los posicionamientos de Pasquali fueron sucesivamente diferentes en la medida en que, dado nuestro análisis, no dejamos de pensarlo en términos relacionales considerando su propia posición en el campo intelectual y sus vínculos con otros académicos o grupos intelectuales, y en relación, a su vez, con el Estado o en el marco de redes culturales más amplias, de orden latinoamericanas o transnacionales.

Hacia principios de los años sesenta, Pasquali se incorporó, tras su viaje a Francia, a esa oleada vanguardista que *transversalizó* a las jóvenes generaciones que comenzaron a participar activamente en los debates del campo cultural tras el retorno de la democracia en 1958. A diferencia de algunos de sus compañeros de *Crítica Contemporánea* que radicalizaron sus posicionamientos hacia la lucha política –y en algunos casos acompañaron abiertamente a los movimientos guerrilleros–, el escenario de intervención de este joven intelectual se mantuvo inscrito en el campo de la producción académica y cultural. Este mantenimiento de sus posiciones dentro de la universidad y del campo cultural le valió a él y a un sector de los académicos la acusación de que su compromiso no rompía con los moldes hegemónicos.

De todos modos, ese desplazamiento hacia posiciones más radicalizadas, al menos en términos simbólicos, sí se produjo unos años después, cuando participó de la experiencia de Cine al Día a finales de los sesenta. Tal como vimos, dicho proyecto revisteril fue asumiendo una posición *latinoamericanista* que se puede distinguir en dos dimensiones. Como estrategia de enunciación e inscripción, lo latinoamericano se volvía ineludible porque surgía como horizonte cognitivo que sobredeterminaba lo nacional. Una segunda dimensión volvía a lo *latinoamericano* como espacio de intervención: tendieron a formar redes y espacios culturales no institucionalizados. La vocación por instituir políticas culturales nacionales en relación con espacios de circulación de la producción audiovisual latinoamericana llevó al grupo, y entre ellos al propio Pasquali, a incorporarse políticamente en los debates sobre la necesidad de formular una ley de cine. Ese proceso devino en que el Estado comenzó a mediar en el conflicto de intereses entre productores locales y exhibidores, al emitir una serie de decretos y resoluciones sobre la exhibición comercial de la producción nacional.

Entre mediados y finales de los años sesenta, una franja de la academia e intelectualidad venezolana atravesó intensos debates políticos y

teóricos: a partir de las reflexiones críticas en torno a la praxis política tras las derrotas de los movimientos guerrilleros, comenzaron a incorporarse diversas matrices filosóficas. Como hemos visto, el movimiento revolucionario reconocía que la vía armada –y su posterior derrota– había profundizado “el aislamiento” de las organizaciones guerrilleras “respecto a las masas populares”, y se consideraba que el problema radicaba fundamentalmente en “la incapacidad de la organización de una estrategia eficaz para incorporarse en la lucha política no armada” (Moreno Bravo, 2008, p. 22).

En relación con lo anterior, un aspecto que abordamos parcialmente a lo largo de este libro, y que merecería la atención de la investigación ocupada en los problemas de la circulación de las ideas en el interior de la intelectualidad de izquierda latinoamericana, tiene que ver con las diferencias en los *marxismos* que se fueron configurando a lo largo de América Latina. En el caso específicamente venezolano, los debates entre la intelectualidad que más o menos adhería a la lucha revolucionaria convergieron con las tensiones que a nivel internacional atravesaron al Partido Comunista. Estas revisiones propusieron una serie de sugerencias teóricas que impulsó un esfuerzo de renovación que hallaría una buena acogida entre los agentes vinculados a la crítica cultural. En Venezuela, las principales referencias filosóficas fueron, entre otras, las reflexiones francesas de Sartre, Althusser y Goldmann; y, de la tradición alemana, las ideas vinculadas a la Escuela de Frankfurt, fundamentalmente Marcuse, Adorno y Horkheimer. Estos posicionamientos dentro del campo cultural venezolano eran sintomáticos de la configuración de una izquierda *desestalinizada*. Fue un fenómeno cultural que adquirió diversas características a lo largo de América Latina, pero en lo que se refiere específicamente a la conformación de la nueva izquierda intelectual venezolana, en términos filosóficos, se produjo bajo una impronta alemana. Esa diversidad en el marco de interpretación marxista no se debe leer simplemente como un proyecto de renovación académica, sino como síntoma de la crisis del marxismo “oficial” en su capacidad de trazar el horizonte político y filosófico revolucionario después de la experiencia estalinista (Aricó, [1988] 2005).

En esa constelación de dimensiones emergieron, como vimos, distintos proyectos, tal como *Cine al Día*, que produjo una importante recepción del cine y de la crítica cinematográfica marxista italiana de la

mano de Guido Aristarco, que operaba como mediador del pensamiento de Gramsci y de Lukács. Según el testimonio retrospectivo de Jesús Aguirre, los líderes de *Cine al Día* –Roffé, Marrosu y el propio Pasquali– eran conocidos como “el clan”, por su procedencia italiana y su filiación a la “cultura comunista”.¹²⁰ De todos modos, a diferencia de Roffé y Marrosu, Pasquali no se vinculó directamente al PCV.

La filosofía marxista fue una de las claves teóricas en las producciones intelectuales de Pasquali entre finales de los años cincuenta y de los años sesenta. Pero era un “marxismo abierto”, para usar la expresión de Héctor Agosti (citado en Petra, 2017, p. 364), reelaborado por intelectuales en contacto con la cultura de la época, que tuvo sus principales focos en Francia, Alemania y en menor medida en Italia. En ese contexto intelectual general situamos la pregunta de cómo leyó Pasquali algunas de las obras de los referentes de la Escuela de Frankfurt. Al situarnos en los dilemas que atravesaron a un sector de la intelectualidad caraqueña de fines de la década del sesenta, procuramos dar cuenta de las condiciones a partir de las cuales algunas ideas fueron operativas para la crítica cultural, para repensar la relación entre producción de conocimiento y práctica política, y, en un sentido más general, acerca de los vínculos entre los/as intelectuales y el partido. Pasquali consideraba al marxismo como una de las fuentes para la crítica de la cultura y la comunicación, pero en sus posicionamientos intelectuales y políticos se leía escepticismo respecto de la fuerza del partido en la organización de la lucha revolucionaria y sobre la posibilidad de constitución de un metasujeto colectivo identificado con el proletariado.

En el amanecer de los años setenta, con una posición consolidada en la UCV, Pasquali comenzó a desplazarse de las revistas culturales como espacios de intervención hacia las tramas institucionales universita-

¹²⁰ Entrevistado por el autor, 14 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

rias. La cátedra y el instituto de investigación fueron las metáforas de esos nuevos territorios a los que *se fue incorporando al tiempo en que se fueron creando*. La singularidad de este momento de su itinerario reside en que tuvo una participación clave en el proceso de institucionalización de la comunicación como proyecto científico, en el marco de lo que se denominó desde 1974 como Instituto de Investigaciones de la Comunicación (ININCO), del cual fue su principal promotor y primer director. En estos tiempos, podemos afirmar, Pasquali se situó en la intersección de un proceso universitario a nivel local de consolidación de los estudios en comunicación y cultura; el fortalecimiento en la región de organismos transnacionales vinculados al *desarrollo cultural*, como CIESPAL y la UNESCO; y la proliferación en América Latina –como en Brasil, Chile y México, por ejemplo– de institutos y centros nacionales dedicados a la investigación en comunicación que, al tiempo que fueron tejiendo una red de producción, circulación y traducción de obras, procuraron legitimar este saber especializado en el interior de las ciencias sociales.

Esta intersección posibilitó, además, la emergencia de una figura intelectual en el cruce de la actividad académica profesional, como dijimos, inscrito en la cátedra y en los nuevos espacios de investigación como *nodos* de producción de conocimientos. Las redes transnacionales, además, fomentaron el desarrollo de una *expertise* en comunicación, cultura y políticas públicas. Ello se conjugó, al menos en el caso del Estado venezolano, con la formación de espacios como el Consejo Nacional de Cultura que incorporaron a un conjunto de referentes de distintos campos de saberes, como sociólogos/as, economistas, juristas y especialistas en comunicación –en un movimiento que simultáneamente legitimaba esos saberes–, para proveer de fundamentos teóricos y científicos a las nuevas políticas públicas vinculadas a la cultura y la comunicación. Esta trama fue la condición de posibilidad del ingreso de Pasquali al Proyecto Ratelvé.

¹²⁰ Entrevistado por el autor, 14 de marzo de 2016, Caracas, Venezuela.

En los debates que en esos años ocuparon a los/as intelectuales de la comunicación venezolanos/as, pudimos ver, dado el posicionamiento de Pasquali como director del Comité de Radio y Televisión promovido por el Gobierno nacional, cómo tanto él como Evangelina García Prince y Oswaldo Capriles, entre otros, fueron asociados con el partido Acción Democrática y pensados como “intelectuales del Gobierno”. Ello era justificado por las tomas de posición de estos en cuanto a la necesidad de promover la nueva política de radiodifusión del Estado venezolano llevada adelante por el Gobierno de Pérez.

Posteriormente, analizamos la formación de una serie de vínculos institucionales transnacionales que facilitaron el movimiento de ideas en torno a la relación entre comunicación, política y cultura. La emergencia hacia principios de los años setenta de espacios de investigación en comunicación, junto a la consolidación de redes editoriales, habilitó una mayor fluidez en la circulación de libros especializados. El establecimiento de convenios de intercambio entre formaciones culturales generó las condiciones propicias para que la obra y figura del filósofo venezolano comenzara un proceso de conocimiento y legitimación a escala transnacional. Situamos la obra de Pasquali en esa red de relaciones entre intelectuales, academia y mercado editorial, para analizar la circulación transnacional de algunas de sus publicaciones –como *Comunicación y cultura de masas* y *Sociologia e comunicação*– a partir de considerar algunos aspectos de la estructura y el programa de la editorial universitaria Ediciones de la Biblioteca de la Universidad Central (EBUC) y de la estatal Monte Ávila.

Hacia principios de los años setenta, en las instituciones vinculadas a la investigación en comunicación en Venezuela, como el ININCO, se colocó a la sociedad en el centro de la interrogación y se puso a la disciplina en la dirección de un examen crítico del mundo moderno. Como leímos en su programa, la investigación adoptó un carácter marcadamente interdisciplinario y un estilo colectivo de trabajo comenzó a desplazar la producción intelectual como obra de una artesanía individual. El centro o instituto de investigación fue adoptado como matriz institucional para el desarrollo de la investigación social.

Por otro lado, analizar la participación de Pasquali en el “Informe Ratelvé” nos permitió situar ese proyecto de formulación de políticas estatales de comunicación en una amplia política cultural –la Ley del

Consejo Nacional de la Cultura–, que pretendió reordenar en general las reglas de la producción cultural y, específicamente, redireccionar las funciones de la industria cultural y cuestionar la monopolización en la producción de contenidos de las empresas privadas. En definitiva, el Ratelve expresó el intento de organizar un proyecto político-cultural para transformar las condiciones de producción “arraigadas en los intereses de los sectores dominantes” (Capriles, 1996, p. 81). Más allá de las diferentes posiciones intelectuales respecto a los intereses del Gobierno de Pérez, el informe se convirtió en un caso seguido en todo el mundo y rápidamente fue objeto de debate dentro del campo intelectual nacional y latinoamericano.

A mediados de la década del setenta, una visita cultural trastocó la dinámica de la coyuntura del debate y erosionó los posicionamientos hasta ese momento establecidos entre los/as intelectuales de la comunicación. Si bien la trayectoria académica e intelectual de Pasquali era ascendente porque lo vinculaba a un lugar de prestigio en el interior de la universidad y era un hombre muy cercano al campo político, la presencia del teórico canadiense Marshall McLuhan en Venezuela reactivó ciertos dilemas. Su llegada en 1976 como invitado estelar del I Seminario Venezolano de Radiodifusión, organizado por la Cámara de la Industria de la Radiodifusión, reconfiguró las posiciones y solidaridades en el campo intelectual local: operaba, así fue entendida su visita, como argumento y apoyo para un sector del campo político-cultural que pretendía deslegitimar las políticas culturales del Gobierno nacional y a los/as intelectuales que se habían involucrado en ellas, acusados –como vimos– de “subversivos” y “extremistas” culturales por fundamentar el Proyecto Ratelve. Ante ello, en 1976 los/as intelectuales de la comunicación *cerraron filas* en el marco del III Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación y firmaron, de manera conjunta, un documento en defensa de Pasquali y de los/as intelectuales que participaban del Comité de Radio y Televisión.

Esa figura que encarnó Pasquali, como teórico y al mismo tiempo como un agente con experiencia de gestión de espacios culturales estatales, habilitó –fomentada por el Gobierno de Pérez– su llegada a la UNESCO. Allí, entre 1978 y 1989 cumplió varias funciones: primero como subdirector general adjunto para el Sector de la Cultura y Comunicación, luego como subdirector general responsable del Sector

de las Comunicaciones y, finalmente, como coordinador regional de la UNESCO para América Latina y el Caribe.

Tanto la crisis en la implementación del Ratelve como la emergencia de Gobiernos dictatoriales en América Latina a mediados de los años setenta reavivaron las tensiones entre los/as intelectuales de la comunicación venezolanos/as respecto a la participación del Estado en la promoción de políticas públicas. Para un sector de la intelectualidad, la experiencia del Gobierno de Pérez en materia de regulaciones del sistema de medios había expresado las contradicciones de un Estado que procuraba generar políticas orientadas a la soberanía económica, política y cultural, pero fuertemente condicionado por el poder de las “metrópolis dominantes”. Si bien el Proyecto Ratelve era considerado por un sector de los/as académicos/as como el “plan más ambicioso y técnico elaborado en la región latinoamericana” (Aguirre, 1977, pp. 488-492), la situación política nacional dejaba en evidencia que, sin transformar las relaciones sociales, se podía cambiar la acción de los medios sin que por ello se dejara de ser un país política, económica y culturalmente dependiente. Estas reconfiguraciones en la dinámica política local convergieron con el escenario latinoamericano que marcaba un repliegue de la intelectualidad que se había organizado en torno a las reuniones de políticas culturales promovidas desde la UNESCO, como la Conferencia Intergubernamental sobre Políticas de Comunicación en América Latina y el Caribe, que se realizó en San José de Costa Rica en 1976. Al contrario de lo que se esperaba y producto del desinterés en la materia de los nuevos Gobiernos dictatoriales, se fue erosionando la creación de lazos y compromisos para la construcción de políticas comunes para el sector.

En términos teóricos, los dilemas que fueron ocupando a Pasquali y en menor medida a otros/as intelectuales –como, por ejemplo, Capriles, Luis Ramiro Beltrán y Elizabeth Safar– se fueron vinculando a la progresiva acentuación del carácter independiente del servicio público; es decir, a que era justamente el aspecto no gubernamental del servicio lo que garantizaba su carácter *público*. Esta premisa debía ligarse con la progresiva descentralización y regionalización de la producción y emisión de programas del servicio público de radiotelevisión.

La cuestión respecto a la puja por la *captura* de la opinión pública entre los Gobiernos y el mercado fue ascendiendo en las reflexiones

de Pasquali. Uno de los temas que fundamentó su praxis intelectual desde principios de los años noventa en adelante fue la noción de un servicio público de radiotelevisión que garantizara las ideas de universalidad, diversidad, independencia y diferenciación.

Luego de jubilarse de la UNESCO en 1989, la actividad intelectual de Pasquali continuó a lo largo de la década del noventa. Sus posiciones teóricas se desplazaron de la pregunta por las industrias culturales hacia las condiciones materiales de las telecomunicaciones. El interrogante que se formuló en este contexto fue cuáles eran las condiciones de acceso y participación de la sociedad venezolana en la producción económica, cultural y educativa. Su participación y militancia en espacios de discusión sobre las regulaciones vinculadas a la producción cultural y comunicacional fue intensa durante los años noventa. Hacia marzo de 1992 fundó junto a intelectuales y académicos/as venezolanos/as la Asociación Civil Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público. Este comité fue un espacio crítico de los procesos de privatización llevados adelante durante el segundo gobierno de Pérez, al que entendían como un gobierno que había iniciado un proceso de “entrega de bienes y servicios públicos del vital sector de comunicaciones” (Safar & Pasquali, 1992, p. 7).

El grupo de intelectuales militó en foros, en la prensa periódica y en distintos eventos la necesidad de crear una ley orgánica de la radiotelevisión. El primer proyecto de estas características, dirigido por Pasquali, postulaba que dicha ley debía construir un espacio *autónomo* del poder gubernamental y del mercado, que garantizara la presencia de los/as consumidores/as en la junta directiva, el pluralismo ideológico y orientara la formación e independencia del servicio público radiotelevisivo. El proyecto de ley fue publicado en 1997 en el “Boletín” del Comité, y hacía hincapié en que “el destino de las democracias” dependía cada día más de “la posibilidad de democratizar los grandes medios formadores de opinión pública” (RTSP, 1997).

En *Bienvenido global village* (1998), Pasquali consideró que la transformación del mercado de las comunicaciones a escala transnacional traía como consecuencia nuevas instancias de disputa en el marco de la hegemonía del mercado y empresarial en lo referente a la producción cultural e ideológica, reconfigurando, asimismo, las relaciones de poder entre Gobiernos y empresas mediáticas. Estas últimas habían

adquirido mayor preponderancia y fuerza para presionar a los gobernantes y de ese modo construir una opinión pública que legitimara sus intereses y posiciones. Lo que se ponía en juego era el sentido mismo de la democracia, debido a que las alianzas entre el sector empresarial y el político se anudaban con más fuerza. Otra dimensión central del problema era la falta de pluralidad de fuentes y de diversidad cultural: ambas cuestiones resultaban de “la hegemonía de la industria del entretenimiento” que convertía a la cultura en mercancía estandarizada y a los/as ciudadanos/as en consumidores/as y no en productores/as culturales (Pasquali, 1998, p. 238).

En los primeros años del siglo xxi, la producción intelectual de Pasquali se mantuvo vinculada a la reflexión sobre las transformaciones de los procesos comunicacionales, y se siguió ocupando de las transformaciones políticas a nivel regional, pero fundamentalmente sobre el Gobierno nacional de Venezuela, primero bajo la presidencia de Hugo Chávez (1999-2013) y posteriormente la de Nicolás Maduro. La tensión entre la franja de intelectuales de la comunicación en la que Pasquali participaba activamente y el Gobierno nacional había surgido entre los años 2002 y 2003. Según el testimonio del filósofo venezolano, hacia esos años hubo un acercamiento entre los/as intelectuales nucleados/as en el Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público con el Gobierno de Chávez, cuando presentaron un proyecto de ley orgánica de la radiotelevisión; sin embargo, el proyecto ingresó en la agenda de discusión de la Asamblea Nacional y fue rápidamente desestimado y “engavetado” por parte de la mayoría de representantes del Gobierno nacional.

Respecto a las políticas estatales de comunicación del Gobierno de Chávez, como vimos, Pasquali sostenía que el reordenamiento del mercado infocomunicacional y de la batalla mediática que se produjo había conllevado a un ascenso “ineficaz” de los medios gubernamentales que fueron “acosando” progresivamente a los “portavoces independientes” de la oposición cada vez más “debilitados” (2011, p. 70).

En una reconfiguración del escenario de intervención de la intelectualidad que implicaba reposicionamientos ante la profundización de los conflictos políticos, Pasquali buscó situarse de forma autónoma a las fuerzas en pugna. Una zona de “independencia” o de relativa autonomía desde la cual denunciaba los “embustes” de las políticas

gubernamentales como también las estrategias del sector privado de las telecomunicaciones. Era una posición que se vuelve inteligible en relación con su propia trayectoria y los marcos interpretativos a partir de los cuales fue pensando e interviniendo en las discusiones sobre la relación entre intelectuales, política y comunicación. Decimos esto porque, desde su formación filosófica y sus primeras incorporaciones al debate público, Pasquali había recurrido en distintos momentos a las elaboraciones conceptuales de Karl Mannheim, en clave de crítica teórica e intelectual a lo que el sociólogo húngaro denominaba como “ideología” y “utopía”. En su obra *Ideología y utopía* ([1929] 1966), Mannheim había planteado que la “ideología” reflejaba hasta qué punto “el pensamiento de los grupos dirigentes” podía estar “tan profundamente ligado a una situación que, por sus mismos intereses”, eran incapaces de visualizar ciertos hechos, volviéndose una “representación” que buscaba mantener “el existente orden de cosas”. La “utopía”, en cambio, trascendía la situación social y pretendía, mediante una “actividad de oposición, transformar la realidad histórica existente” (p. 265). Considerando el rechazo enfático con el que Pasquali se situaba frente al devenir de las políticas del Gobierno de Chávez y frente a ciertas estrategias del sector privado de las telecomunicaciones, se puede leer en su posicionamiento esa figura con la que Mannheim pensaba la intelectualidad. Al respecto, Mannheim sostenía que la *intelligentsia* era un grupo socialmente desligado, o “relativamente *desclasado*”, que, antes que asumir una “afiliación voluntaria” a una u otra de las clases antagónicas, asumía una posición de “particular vigilancia hacia la realidad histórica del presente”. Desde esta zona de intervención, la intelectualidad “desclasada” realizaba un examen de sus propios enlaces sociales de clase y buscaba el cumplimiento de “su misión como el abogado predestinado de los intereses intelectuales del todo” (p. 217).

Era esta una posición que, además, le permitía a Pasquali, como vimos, elaborar una serie de críticas en clave *habermasiana* a la formación de la opinión pública y a los modos en que los grupos sociales construían consenso. Desde finales de los noventa en adelante, Pasquali pondrá en escena elementos de los análisis de Habermas en *Historia y crítica de la opinión pública* ([1962] 2016). Para construir su propia mirada acerca del proceso venezolano, Pasquali advertía que la sociedad construía su interpretación de lo que acontecía a partir de la

mediación de los dispositivos mediáticos gubernamentales o empresariales que condicionaban una opinión crítica de los hechos. En este sentido, siguiendo a Habermas, planteó en sucesivos trabajos que la *opinión pública crítica*, producida del intercambio entre los agentes sociales, quedaba sustituida por una *opinión manipulada*, que intervenía en los debates de los asuntos públicos “direccionados” por las estrategias del *marketing* y de la “persuasión ideológica”. Desde aquí ya no se intervenía con una reflexión crítica, sino desde una inscripción “orgánica” a un discurso que únicamente pretendía agrupar a la sociedad bajo intereses particulares.

Queda por analizar para otros trabajos, por un lado, cómo se posicionaron los/as intelectuales de la comunicación en estos últimos años en América Latina frente a las fuerzas políticas que ascendieron en las primeras décadas del siglo xxi, y en particular en lo referente a las políticas estatales de comunicación¹²¹. De qué modo la noción de *servicio público de la comunicación* ha operado en los debates públicos, cuando no han sido simplemente los medios de comunicación, sino los *sentidos en torno a la organización social*, los que fueron discutidos. Es decir, aquellas ideas de “universalidad”, “diversidad”, “independencia” y “diferenciación” se volvieron ejes o sentidos que fueron cuestionados por los ascendentes proyectos políticos, o al menos pretendieron

¹²¹ En Argentina algunos trabajos han abordado parcialmente esta dimensión. Por ejemplo, Francisco García Laval, Serguei Komissarov y Leandro Smith (2014) analizaron cómo se incorporó la Ley 26522 de Servicios de Comunicación Audiovisual (LSCA) a la agenda de investigación y los debates que emergieron en el campo de los estudios en comunicación. Por su parte, desde el Instituto de Estudios Comunicacionales en Medios, Cultura y Poder Aníbal Ford, y bajo la dirección de Florencia Saintout, se publicó *Los estudios de comunicación en Argentina. Consensos y disensos* (2015), en el que se elaboraron entrevistas a investigadores/as respecto a qué dilemas emergían en el interior de las instituciones vinculadas a la formación en comunicación, ante las transformaciones del mercado comunicacional que proponía la LSCA.

redimensionarlos en función de nuevos horizontes ideológicos. En este punto, entonces, al contrario de entender aquellas ideas como valores esenciales e inmutables, se vuelve oportuno en términos cognitivos analizar si, en los sentidos atribuidos a esos significantes por parte de la intelectualidad de la comunicación, operan distintos proyectos político-culturales de organización de lo social.

En líneas generales, el alcance de las políticas estatales de cultura y comunicación está siendo rediscutido en un contexto de potenciación de la convergencia tecnológica (Becerra & Mastrini, 2017). Algunos de los interrogantes que ocuparon a la intelectualidad de la que formaba parte Pasquali siguen teniendo vitalidad en tiempos en que los mercados culturales continúan siendo opacos en cuanto al acceso a la información y a la documentación. El derecho del pueblo a la comunicación, la posibilidad de que organizaciones políticas y culturales de la sociedad civil puedan garantizar la mayor participación democrática posible, se sitúa en la intersección entre Estados con poca capacidad e imaginación para construir regulaciones; otros con una serie de políticas que, destinadas a defender a empresas y grupos nacionales, a veces lo hacen a expensas de la diversidad y del pluralismo; y empresas privadas de telecomunicaciones que tienen cada vez mayor poder de participación en el mercado, volviendo por demás estrecho el margen para la configuración de una comunicación democrática.

Consideramos, en suma, que los momentos analizados en este libro nos permitieron trazar las discusiones a partir de las cuales Pasquali se fue vinculando a las problematizaciones sobre las modalidades de regulación estatal de la producción comunicacional y cultural, en el marco de intensos movimientos culturales e intelectuales que se condensaron en proyectos académicos, científicos y revisteriles. Indagamos, a lo largo de cincuenta años de trayectoria intelectual, las maneras en que el teórico venezolano fue analizando y relacionando en términos conceptuales a la comunicación con la cultura y la política.

Referencias bibliográficas

Bibliografía de Antonio Pasquali

Libros

- Pasquali, Antonio (editor) (1960). *Información audiovisual. Antología de textos*. Caracas: UCV.
- Pasquali, Antonio (1963). *Fundamentos gnoseológicos para una ciencia de la moral*. Caracas: EBUC.
- Pasquali, Antonio (1964b). *Comunicación y cultura de masas*. Caracas: EBUC.
- Pasquali, Antonio (1967). *El aparato singular: análisis de un día de TV en Caracas*. Caracas: UCV.
- Pasquali, Antonio (1970). *La moral de Epicuro*. Venezuela: Monte Ávila.
- Pasquali, Antonio ([1964] 1972). *Comunicación y cultura de masas*. Caracas: Monte Ávila.
- Pasquali, Antonio (1973). *Sociologia e comunicação*. Petrópolis: Editora Vozes.
- Pasquali, Antonio (1978). *Comprender la comunicación*. Venezuela: Monte Ávila.
- Pasquali, Antonio (1990). *La comunicación cercenada. El caso Venezuela*. Venezuela: Monte Ávila.
- Pasquali, Antonio (1991). *El orden reina. Escritos sobre comunicaciones*. Venezuela: Monte Ávila.
- Pasquali, Antonio (1998). *Bienvenido global village. Comunicación y moral*. Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Pasquali, Antonio (2005). *18 ensayos sobre comunicaciones*. Venezuela: Random House Mondadori.
- Pasquali, Antonio (2011). *La Comunicación Mundo. Releer un mundo transfigura do por las comunicaciones*. España: Comunicación Social.
- Pasquali, Antonio (2017). *La devastación chavista. Transporte y comunicaciones*. Venezuela: Abediciones - Libros El Nacional.

Coautor

- Agudo Freitas, Raúl; Pasquali, Antonio y Gómez, Luis (1975). *Políticas de comunicación en Venezuela*. Caracas: UCV/ININCO.
- AA.VV. (1977). *Proyecto Ratelvé*. Venezuela: Suma.
- Pasquali, Antonio y Vargas Araya, Armando (editores) (1990). *De la marginali*

dad al rescate: los servicios públicos de radiodifusión en la América Latina. San José de Costa Rica: EUNED.

Safar, Elizabeth y Pasquali, Antonio (compiladores) (1992). *Memorias de un país en subasta (I). La comunicación social.* Mérida: Universidad de los Andes.

Safar, Elizabeth y Pasquali, Antonio (compiladores) (1994). *Memorias de un país en subasta (II). Las telecomunicaciones.* Mérida: Universidad de los Andes.

Artículos de Pasquali en publicaciones periódicas y libros

AA.VV. (1992). "Documento que el Comité por una Radiotelevisión de Servicio Público somete a consideración del Consejo Consultivo de la Presidencia de la República". En Safar, Elizabeth y Pasquali, Antonio, *Memorias de un país en subasta (I). La comunicación social.* Mérida: Universidad de los Andes.

Pasquali, Antonio (1957). "Deberes de la crítica cinematográfica". En *Revista Nacional de Cultura*, n.º 123, pp. 57-67.

Pasquali, Antonio (1958). "Los intelectuales y el lenguaje audio-visual". En *Cultura Universitaria*, n.º 64, pp. 51-61.

Pasquali, Antonio (1961). "La televisión frente a la prensa, o el show a lo Nixon". En *Crítica Contemporánea*, n.º 5, pp. 30-31.

Pasquali, Antonio (1964a). "Sobre algunas implicaciones dialécticas entre 'información' y 'cultura de masas'". En *Cultura Universitaria*, n.º 165, pp. 103-113.

Pasquali, Antonio (1968a). "Televisión: los paraísos electorales de la TV". En *Cine al Día*, n.º 2, pp. 28-31.

Pasquali, Antonio (1968b). "Acción en Caracas contra el cine nacional". En *Cine al Día*, n.º 4, pp. 4-6.

Pasquali, Antonio (1968c). "Marshall McLuhan o la ideología represiva". En *Imagen*, n.º 27, pp. 16-17.

Pasquali, Antonio (1968d). "Por Marcuse y por la utopía". En *Imagen*, n.º 29, pp. 6-7.

Pasquali, Antonio (1968e). "Televisión: lucecita o de la pedagogía telefílmica". En *Cine al Día*, n.º 4, pp. 29-31.

Pasquali, Antonio (1983). "¿Contradicción entre libertad y equilibrio informati

- vo?”. En *Chasqui*, II Época, n.º 6, pp. 26-31.
- Pasquali, Antonio ([1986a] 1991). “Comunicación y cultura”. En Pasquali, Antonio, *El orden reina*. Escritos sobre comunicaciones. Venezuela: Monte Ávila.
- Pasquali, Antonio ([1986b] 1991). “Qué es una radiodifusión de servicio público”. En Pasquali, Antonio, *El orden reina*. Escritos sobre comunicaciones. Venezuela: Monte Ávila.
- Pasquali, Antonio (1992a). “La democracia y las telecomunicaciones (I)”. Artículo publicado en el diario *El Nacional*, edición del 6 de abril de 1992.
- Pasquali, Antonio (1992b). “La democracia y las telecomunicaciones (II)”. Artículo publicado en el diario *El Nacional*, edición del 20 de abril de 1992.
- Pasquali, Antonio (2005). “A conversation with Antonio Pasquali about Telesur” (entrevista). Artículo publicado el 5 de agosto de 2005. Recuperado de www.vcrisis.com/index.php?content=letters/200508051538.
- Pasquali, Antonio (2006). “Entrevista a Antonio Pasquali”. Artículo publicado en el semanario *La Razón* (Caracas), n.º 598, año XI, 25 de junio de 2006.
- Pasquali, Antonio (2007a). “La libertad de expresión bajo el régimen chavista: mayo de 2007”. En *Signo y Pensamiento*, vol. 50, n.º 25, pp. 264-275.
- Pasquali, Antonio (2007b). “Dos apostillas a la libertad de expresión”. En *Chasqui*, n.º 100, pp. 14-15.
- Pasquali, Antonio (2013). “Por una radiotelevisión de servicio público”. En Bisbal, Marcelino (editor), *Saldo en rojo. Comunicaciones y cultura en la era bolivariana*. Venezuela: UCAB.
- Pasquali, Antonio y Safar, Elizabeth (2006). “La radiotelevisión pública en Venezuela”. En Banerjee, Indrajit y Seneviratne, Kalinga (editores), *Radiotelevisión de servicio público: un manual de mejores prácticas*. España: UNESCO.

Ponencias

- Pasquali, Antonio (1963). “Sobre algunas implicaciones dialécticas entre ‘información’ y ‘cultura de masas’”. XIII Congreso Internacional de Filosofía, Ciudad de México. Copia mimeografiada.
- Pasquali, Antonio (1968f). “La filosofía práctica y la mediación del análisis sociológico”. XI Congreso Internacional de Filosofía, Viena. Copia mimeografiada.

Otras fuentes

Entrevistas

- Aguirre, Jesús María. Caracas, 14 de marzo de 2016.
- Bisbal, Marcelino. Caracas, 10 de marzo de 2016.
- Carrera Damas, Germán. Caracas, 18 de febrero de 2015.
- Chacón, Alfredo. Caracas, 17 de febrero de 2015.
- Chacón, Alfredo. Caracas, 9 de marzo de 2016.
- Chacón, Alfredo. Caracas, 14 de marzo de 2016.
- Herrera, Bernardino. Caracas, 22 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 3 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 9 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 16 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 20 de febrero de 2015.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 1 de marzo de 2016.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 11 de marzo de 2016.
- Pasquali, Antonio. Caracas, 18 de marzo de 2016.
- Pérez Morales, Ovidio. Caracas, 11 de marzo de 2016.
- Safar, Elizabeth. Caracas, 10 de marzo de 2016.
- Safar, Elizabeth. Caracas, 15 de marzo de 2016.

Material de archivo

a) Archivo Histórico de la Facultad de Humanidades y Educación (FHyE), Universidad Central de Venezuela (UCV)

- “Escuela de Filosofía”, período 1959, expediente “Memorias”, clasificación “M.1”.
- Doctorat de l’ Université de Paris (Philosophie), Faculté Des Lettres, 3 de julio de 1957, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Attestation”, Institut de Filmologie de la Université de Paris, 29 de mayo de 1957, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Currículum Vitae”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Examen de credencial de méritos del profesor Antonio Pasquali”, 5 de octubre de 1967, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.

- “La filosofía práctica y la mediación del análisis sociológico”, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Iniciativas particulares”, 4 de febrero de 1970, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Notificación de nombramiento”, 10 de febrero de 1972, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Informe al decano de la Facultad de Humanidades y Educación”, 17 de noviembre de 1972, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, período “1973”, clasificación “I. 18”.
- “Estatutos”, 29 de febrero de 1973, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, período “1973”, clasificación, “I. 18”.
- “Presentación”, 29 de octubre de 1973, expediente “Instituto de Investigaciones de la Comunicación”, período “1973”, clasificación “I. 18”.
- “Oficio N.º IIC-158/75”, 20 de enero de 1975, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Oficio N.º IIC-512/76”, 29 de septiembre de 1976, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “A”, clasificación “D. 67”.
- “Currículum”, 14 de marzo de 1977, expediente “Pasquali Greco, Antonio Arnaldo”, período “B”, clasificación “D. 67”.

b) Archivo personal de Antonio Pasquali

- M’Bow, Amadou-Mahtar, “Sous-Directeuer général adjoint (Programme), Secteur de la culture et de la communication”, 20 de septiembre de 1978, París.
- República de Venezuela, ministro de Estado para Asuntos Científicos, Tecnológicos y Culturales, “Carta del ministro de Estado José Luis Salcedo-Bastardo a Antonio Pasquali”, 25 de julio de 1978.
- De Venanzi, Francisco, “Oficio A-9”, 29 de marzo de 1958, Caracas.

Documentos institucionales

CIDH (2015). “Caso Granier y otros (Radio Caracas Televisión) vs. Venezuela”.

Sentencia de 22 de junio de 2015.

CIESPAL (1961). *Las escuelas de periodismo en América Latina*. Quito: CIESPAL.

CIESPAL (1966). *Utilización de los medios de información en Quito*. Quito: CIESPAL.

MIPPCI (2007). *Libro blanco sobre RCTV*. Caracas: Ministerio del Poder Popular para la Comunicación y la Información.

RTSP (1997). “Boletín”. Edición especial, marzo. Caracas: RTSP.

- UNESCO (1953). *El correo de la UNESCO*. Publicación de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, VI (3).
- UNESCO (1956). *Working paper prepared by Unesco Secretariat for the colloquium held at the University of Strasbourg*. París: mimeo.
- UNESCO (1978). *Informe provisional sobre los problemas de comunicación en la sociedad moderna*. París: UNESCO.
- Universidad de Michigan (1959). *The President's Report for 1958-1959*. Estados Unidos: Universidad de Michigan.

Publicaciones periódicas

- *Apuntes*. Cuadernos de la Escuela de Comunicación Social (UCV). Período 1987-1988.
- *Chasqui*. Centro Internacional de Estudios Superiores de Periodismo para América Latina. Período 1973-1975 / 1982-1984.
- *Cine al Día*. Venezuela. Período 1967-1970.
- *Cine Teatro*. Venezuela. Período 1964-1966.– Comunicación. Venezuela. Período 1975-1980.– Comunicación y Cultura. Período 1973-1985.
- *Crítica Contemporánea*. Venezuela. Período 1960-1962.
- *Cuadernos del Centro de Estudios de la Comunicación*. Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). México. Período 1978-1979.– *Cultura Universitaria*. Venezuela. Período 1957-1959.
- *Imagen*. Venezuela. Período 1966-1969.
- *Los Libros*. Argentina. Período 1969-1976.
- *Órbita. Temas de comunicación social*. Caracas. Período 1972-1976.– *Revista Nacional de Cultura*. Ministerio de Educación de la Nación, Venezuela. Período 1960-1964.– *Sardio*. Venezuela. Período 1960-1962.– SIC. Venezuela. Período 1964-1972.
- Tabla Redonda. Venezuela. Período 1960-1962. – *Video-Forum*. Ciencias y artes de la comunicación audiovisual. Fundación Academia Nacional de Ciencias y Artes del Cine y la Televisión. Caracas. Período 1975-1980.– *Zona Franca*. Venezuela. Período 1968-1970.

Bibliografía general

- AA. VV. (1978). “La información en el nuevo orden internacional. Recomendaciones para la acción”. *En Comunicación*, n.º 18, pp. 86-95.
- AA. VV. (1981). *Políticas nacionales de comunicación*. Quito: Época.

- AA.VV. (2001). "Venezuela: política, Estado y comunicación". En *Comunicación*, n.º 116, pp. 16-23.
- AA.VV. (2003). "Debemos rechazar el proyecto de Ley sobre la Responsabilidad Social en Radio y Televisión". En *Comunicación*, n.º 123, pp. 93-94.
- Acosta Bello, Arnaldo (1964). "La cultura de masas es dirigida en Venezuela por una oligarquía de la información". En *Qué pasa en Venezuela*, n.º 10, p. 188.
- Aguirre, Jesús María (1976a). "Tendencias de los estudios latinoamericanos en el análisis de los medios masivos". En *Comunicación*, n.º 7, pp. 49-61.
- Aguirre, Jesús María (1976b). "McLuhan y el McLuhanismo". En *Comunicación*, n.º 8, pp. 64-76.
- Aguirre, Jesús María (1977). "El futuro de la radiotelevisión venezolana: 1985". En *SIC*, n.º 400, pp. 488-492.
- Aguirre, Jesús María (1978). "Proyecto Ratelvé". En *Comunicación*, n.º 17, pp. 69-83.
- Aguirre, Jesús María (1996). *De la práctica periodística a la investigación comunicacional*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- Aguirre, Jesús María (1998). *La estructuración de la identidad profesional del comunicador social en Venezuela*. Venezuela: UCAB.
- Aguirre, Jesús María (2005). "Democratizar la comunicación: el caso Venezuela. Aprendiendo de la adversidad". En *Anuario ININCO*, vol. 1, n.º 17.
- Aguirre, Jesús María (2012). "Estilos de la crítica cinematográfica: el cine para leer y su crisis". En *Comunicación*, n.º 157, pp. 77-80.
- Aguirre, Jesús María y Bisbal, Marcelino (1980). *El nuevo cine venezolano*. Venezuela: Ateneo de Caracas.
- Aguirre, Jesús María y Bisbal, Marcelino (1981). *La ideología como mensaje y masaje*. Venezuela: Monte Ávila.
- Albornoz, Orlando (1962). "Wright Mills, sociólogo militante". En *Crítica Contemporánea*, n.º 8, p. 1.
- Albornoz, Orlando (1972). *La sociología en Venezuela*. Caracas: Tropikos.
- Alcalá Sucre, María (2019). "Antonio Pasquali, un intellectuel nómade". En Granjon, Fabien; Guyot, Jacques y Magis, Christophe (directores), *Matérialismes, culture & communication*. París: Presses des Mines.
- Antillano, Sergio (1967). "Prefacio". En Pasquali, Antonio, *El aparato singular: análisis de un día de TV en Caracas*. Caracas: UCV.
- Aragão, Iury Parente (2017). *Elos teórico-metodológicos da folkcomunicação: retorno às origens (1959-1967)* (Tesis doctoral). São Bernardo do Campo:

- Escola de Comunicação, Educação e Humanidades-Universidade Metodista de São Paulo.
- Aricó, José María ([1988] 2005). *La cola del diablo*. Itinerario de Gramsci en América Latina. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Badillo, Ángel; Mastrini, Guillermo y Marengi, Patricia (2015). “Teoría crítica, izquierda y políticas públicas de comunicación: el caso de América Latina y los Gobiernos progresistas”. En *Comunicación y Sociedad*, n.º 24, pp. 95-126.
- Barrios, Javier y Urdaneta Javaro, Belkis (2002). “Desenredando los nudos del silencio”. En *Comunicación*, n.º 119, pp. 26-31.
- Becerra, Martín (2011). “La disputa y sus matices”. En De Moraes, Dênis, *La cruzada de los medios en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Becerra, Martín y Mastrini, Guillermo (2017). *La concentración infocomunicacional en América Latina. Nuevos medios y tecnologías, y menos actores*. Bernal: UNQUI/OBSERVACOM.
- Beltrán, Luis Ramiro (1974). *Las políticas nacionales de la comunicación en América Latina*. París: UNESCO.
- Beltrán, Luis Ramiro (1976). “Políticas nacionales de comunicación en América Latina: los primeros pasos”. En *Nueva Sociedad*, n.º 25, pp. 4-34.
- Beltrán, Luis Ramiro (2006). *El pensamiento latinoamericano sobre la comunicación democrática: recuento de su insurgencia*. La Paz: mimeo.
- Beltrán, Luis Ramiro y Fox, Elizabeth (1982). *Comunicação dominada. Os Estados Unidos e os meios de comunicação da América Latina*. São Paulo: Paz e Terra.
- Bisbal, Marcelino (2001). “Políticas, cultura y comunicación: ¿una relación actual y necesaria?”. En *Comunicación*, n.º 116, pp. 10-15.
- Bisbal, Marcelino (coordinador) (2005). *Televisión, pan nuestro de cada día*. Venezuela: Alfadil Ediciones.
- Bisbal, Marcelino (editor) (2013). *Saldo en rojo. Comunicaciones y cultura en la era bolivariana*. Venezuela: UCAB.
- Blanco, Alejandro (2006). *Razón y modernidad: Gino Germani y la sociología en la Argentina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Blanco, Alejandro (2007). “Ciências sociais no Cone Sul e a gênese de uma elite intelectual (1940-1965)”. En *Tempo Social*, vol. 1, n.º 19, pp. 89-114.
- Blanco, Alejandro y Jackson, Luiz (2015). *Sociología en el espejo*. Ensayistas, científicos sociales y críticos literarios en Brasil y en la Argentina (1930-1970). Bernal: Universidad de Quilmes.

- Blanco Muñoz, Agustín (1981). *La conspiración cívico-militar: Guairazo, Barcelonazo, Carupanazo y Porteñazo*. Caracas: EBUC.
- Borón, Atilio (2007). “Si en América Latina se hace un reformismo serio se sientan las bases para un proceso revolucionario” (entrevista). En *Bolpress*, edición del 13 de noviembre de 2013.
- Britto García, Luis (2012). *Dictadura mediática en Venezuela*. Caracas: Ediciones Correo del Orinoco.
- Caballero, Manuel (1999). *Las crisis de la Venezuela contemporánea*. Caracas: Monte Ávila.
- Calloni, Stella (2006). “Los pueblos tienen derecho a ver Telesur”. En *Rebellion*, publicado el 11 de mayo de 2006. Recuperado de: <https://rebellion.org/los-pueblos-tienen-derecho-a-ver-telesur>
- Calzadilla, Juan (2008). “Los años turbulentos”. En Calzadilla, Juan; Ortega Oropeza, Israel y González, Daniel (editores), *El techo de la ballena, 1961-1969* (Antología). Caracas: Monte Ávila Editores Latinoamericana.
- Camargo, Silvio (2006). “Axel Honneth e o legado da Teoria Crítica”. En *Política e Trabalho*, n.º 24, pp. 123-138.
- Camargo, Silvio (2012). “Itinerários da teoria crítica na sociologia brasileira”. En Silva, Josué (organizador), *Sociologia crítica no Brasil*. São Paulo: Anna blume.
- Camargo, Silvio (2014). “Os primeiros anos da ‘Escola de Frankfurt’ no Brasil”. En *Lua Nova*, n.º 91, pp. 105-133.
- Cañizález, Andrés (2002). “Meses de conflictividad en el 2002”. En *Comunicación*, n.º 119, pp. 16-21.
- Cañizález, Andrés (2014). “El modelo de comunicación de Antonio Pasquali”. En Bisbal, Marcelino y Cañizález, Andrés (editores), *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas*. Venezuela: UCAB.
- Cañizález, Andrés y Lugo, Jairo (2007). “Telesur. Estrategia geopolítica con fines integracionistas”. En *CONfines*, agosto-diciembre.
- Capriles, Oswaldo (1968). “Mérida: realidad, forma y comunicación”. En *Cine al Día*, n.º 6, pp. 4-9.
- Capriles, Oswaldo (1974). “Prólogo”. En Mattelart, Armand, *El imperialismo en busca de la contrarrevolución cultural*. Venezuela: UCV.
- Capriles, Oswaldo (1976). *El Estado y los medios de comunicación en Venezuela*. Caracas: UCV/ININCO.
- Capriles, Oswaldo (1979). *Elementos para un análisis crítico del Nuevo Orden*

- Internacional de la Información o de la Comunicación* (Trabajo de ascenso). Caracas: UCV.
- Capriles, Oswaldo (1996). *Poder político y comunicación*. Caracas: UCV.
- Carrillo, Carmen (2007). "Grupos artístico-literarios en la Venezuela de los años sesenta". En *Latinoamérica*, n.º 44, pp. 59-81.
- Carrillo, Carmen (2013). *De la belleza y el furor*. Propuestas poéticas renovadas en la década de los sesenta en Venezuela. Mérida: El Otro, el Mismo.
- Castillo, Ocarina (2011). "La dictadura militar desarrollista en Venezuela 1948-1958. Algunos temas claves". Mimeo.
- Chacón, Alfredo (1971). *La izquierda cultural venezolana, 1958-1968*. Caracas: Editora San José.
- Chacon, Vamireh (1994). "A recepção da Escola de Frankfurt no Brasil". En *Revista Brasileira de Filosofia*, vol. XLI, n.º 176, pp. 453-457.
- Chasqui (1973). "Impulso a la comunicación en América Latina". Artículo sin firma, en *Chasqui*, n.º 3, pp. 59-62.
- Ciappina, Carlos (2015). *Facultad de Periodismo y Comunicación Social: una historia de formación y política, 1934-1998* (Tesis doctoral). La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Cine al Día (1967a). "Cine y cultura en Venezuela". Artículo sin firma, en *Cine al Día*, n.º 1, pp. 1-2.
- Cine al Día (1967b). "La crítica según los hijos de Gramsci y Lukács". Artículo sin firma, en *Cine al Día*, n.º 1, pp. 12-15.
- Cine al Día (1968). "Entre Job y Jeremías". Artículo sin firma, en *Cine al Día*, n.º 4, pp. 2-3.
- Cine al Día (1969). "Cine del tercer mundo". Artículo sin firma, en *Cine al Día*, n.º 8, p. 3.
- Cisneros, José (2002). "El concepto de la comunicación: el cristal con el que se mira". En *Ámbitos*. Revista Internacional de Comunicación, n.º 5, pp. 49-82.
- Cohn, Gabriel (1972). *Sociologia da comunicação. Teoria e ideologia*. São Paulo: Pioneira.
- Cohn, Gabriel (organizador) (1973). *Comunicação e Indústria Cultural*. São Paulo: Editora Nacional.
- Colmenares, María Gabriela (1993). *Contextualización de Cine al Día (1967-1983) y sus planteamientos en torno al cine venezolano y latinoamericano* (Tesis de grado). Caracas: UCV.
- Colmenares, María Gabriela (2014). "La incorporación del cine a las políticas

- culturales del Estado (Venezuela, 1958-1982)". En *Anuario ININCO*, vol. 26, n.º 1, pp. 259-277.
- Colomina, Marta (1968). *El huésped alienante*. Maracaibo: Universidad del Zulia.
- Comunicación (1975a). "II Encuentro Nacional de Investigadores de la Comunicación Colectiva". Artículo sin firma, en *Comunicación*, n.º 2, pp. 41-46.
- Comunicación (1975b). "La cultura es de todos, no es de un grupo de extremistas". Artículo sin firma, en *Comunicación*, n.º 3, pp. 78-80.
- Comunicación (1975c). "Una visita importante para la comunicación". Artículo sin firma, en *Comunicación*, n.º 5, pp. 63-64.
- Comunicación (1977). "El profesor Antonio Pasquali". Artículo sin firma, en *Comunicación*, n.º 12, pp. 133-134.
- Comunicación (2001). "Presentación". Artículo sin firma, en *Comunicación*, n.º 116, pp. 2-3.
- Coronil, Fernando (2000). "Del eurocentrismo al globocentrismo. La naturaleza del poscolonialismo". En Lander, Edgardo (editor), *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. Caracas: Ediciones FACES/UCV.
- Coutinho, Carlos (1986). "A Escola de Frankfurt e a cultura brasileira". En *Revista Presença*, n.º 7, pp. 100-112.
- Coviella, Esther (2015). "Marco histórico". En Coviella, Esther y Dávila, Nelson (editores), *Desde el fondo. El techo de la ballena, 1961-1967*. Caracas: En sayo Contemporáneo.
- Crítica Contemporánea (1960a). "The Sociological Imagination". Artículo sin firma, en *Crítica Contemporánea*, n.º 2, p. 40.
- Crítica Contemporánea (1960b). "Cuba primero". Artículo sin firma, en *Crítica Contemporánea*, n.º 3, pp. 1-3.
- Crítica Contemporánea (1961). "No intervención y autodeterminación". Artículo sin firma, en *Crítica Contemporánea*, n.º 5, pp. 1-3.
- Cultura Universitaria (1964). "Nuestros colaboradores". Artículo sin firma, en *Cultura Universitaria*, n.º 165, pp. 190-192.
- Delgado Flores, Carlos (2014). "Al inicio de una ruta. Antonio Pasquali y la antropología de la comunicación". En Bisbal, Marcelino y Cañizález, Andrés (editores), *Travesía intelectual de Antonio Pasquali*. Caracas: UCAB.
- De Moraes, Dênis (2010). *La cruzada de los medios en América Latina*. Buenos Aires: Paidós.
- Díaz Rangel, Eleazar (1967). *Pueblos sub-informados*. Caracas: UCV.

- Di Prisco, Rafael (2012). “Medio siglo de libros” (conferencia). Porlamar: mimeo.
- Diviani, Ricardo (2019). *Semiólogos, críticos y populistas. La investigación sobre la comunicación, cultura y lenguaje en la Argentina de los años 60 y 70 del siglo xx*. Rosario: UNR Editora.
- Duarte, Rodrigo (2009). “Sobre la recepción de la teoría crítica en Brasil: el caso Merquior”. En *Constelaciones*. Revista de Teoría Crítica, n.º 1, pp. 36-50.
- Dumazedier, Joffre (1956). Televisión y educación popular. *Los teleclubs en Francia*. París: UNESCO.
- Duno, Pedro y Rangel, Domingo (1979). *La pipa rota*. Valencia: Vadell Hermanos.
- El Universal (2010). “Chávez abusa de medios de comunicación estatales”. Artículo sin firma, en diario *El Universal*, 13 de julio de 2010, Caracas.
- Entel, Alicia; Lenarduzzi, Víctor y Gerzovich, Diego ([1999] 2005). *Escuela de Frankfurt. Razón, arte y libertad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Escobar, Arturo (2007). *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*. Caracas: El Perro y la Rana.
- Esteinou Madrid, Javier (2004). “El rescate del Informe MacBride y la construcción de un nuevo orden mundial de la información”. En *Razón y Palabra*, n.º 39.
- Exeni, José Luis (1998). *Políticas de comunicación: andares y señales para no renunciar a la utopía*. La Paz: Plural Editores.
- Fernández Liria, Carlos y Zahonero Alegre, Luis (2006). *Comprender Venezuela, pensar la democracia*. Caracas: Ministerio de la Cultura - Fundación Editorial el Perro y la Rana.
- Fox, Elizabeth (editora) (1988). *Medios de comunicación y política en América Latina: la lucha por la democracia*. Ciudad de México: Gustavo Gili.
- Fox, Elizabeth ([1988] 1990). *Días de baile: el fracaso de la reforma en la televisión en América Latina*. Ciudad de México: FELAFACS-WAICC.
- Fuentes Navarro, Raúl (1992). *Un campo cargado de futuro. El estudio de la comunicación en América Latina*. Guadalajara: ITESO.
- Gago, Paula (2012). *Controversia, una lengua del exilio*. Buenos Aires: Biblioteca Nacional.
- García Laval, Francisco; Komissarov, Serguei y Smith, Leandro (2014). *Los desafíos de la labor académica ante la interpelación política* (Tesis de grado). La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social. Edición mimeo grafiada.
- García Prince, Evangelina (1972). “La comunicación: historia y desarrollo”. En

- Órbita, n.º 1, pp. 5-12.
- García Prince, Evangelina (1974). "Editorial". En *Órbita*, n.º 9, pp. 3-7.
- García Prince, Evangelina (1975). "Editorial". En *Órbita*, n.º 10, pp. 3-7.
- Gargurevich, Juan (1987). Prensa, radio y TV. *Historia crítica*. Perú: Ital.
- Gifreu, Josep (1986). *El debate internacional de la comunicación*. Pamplona: Ariel.
- Gobbi, Maria Cristina (2006). "Aportes pioneiros: um breve resgate da Comunicação na América Latina". En *ALAIC*, n.º 4.
- Goicochea, Pedro (editor) (1991). *América Latina: las comunicaciones de cara al 2000*. Perú: IPAL.
- Gómez, Luis Aníbal (1965). *Apuntes de introducción a la comunicación colectiva*. Caracas: UCV.
- Graziano, Margarita (1980). "Para una definición alternativa de la comunicación". En *ININCO*, n.º 1, pp. 71-74.
- Gumucio, Alfonso y Tufte, Thomas (compiladores) (2008). *Antología de comunicación para el cambio social*. Lecturas históricas y contemporáneas. La Paz: Plural Ediciones.
- Guzmán de Silva, Beatriz (compiladora) (2014). *Para recordar a Ludovico Silva*. Venezuela: El Perro y la Rana.
- Habermas, Jürgen ([1962] 2016). *Historia y crítica de la opinión pública*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Habermas, Jürgen ([1981] 2005). *Teoría de la acción comunicativa*. México: Taurus.
- Habermas, Jürgen ([1983] 1991). *Conciencia moral y acción comunicativa*. Barcelona: Ediciones Península.
- Heidegger, Martin ([1927] 2007). *El ser y el tiempo*. Buenos Aires: FCE.
- Hernández, Daniel y Reina, Oliver (2010). "Elementos para la definición de una política de información y comunicación de Estado". En Sel, Susana (coordinadora), *Políticas de comunicación en el capitalismo contemporáneo. América Latina y sus encrucijadas*. Buenos Aires: CLACSO.
- Hobsbawm, Eric ([1994] 2006). *Historia del siglo xx*. Buenos Aires: Crítica.
- Hohlfeldt, Antonio (2010). "Teorias da comunicação: A recepção brasileira das correntes do pensamento hegemónico". En Ferreira, Giovandro y otros (organizadores), *Teorias da comunicação*. Trajetórias investigativas. Porto Alegre: EDIPURCS.
- Horkheimer, Max y Adorno, Theodor ([1944] 2009). *Dialéctica de la ilustración*. Fragmentos filosóficos. Madrid: Trotta.

- Huergo, Jorge (2011). "Sentidos estratégicos de comunicación/educación en tiempos de restitución del Estado". En Da Porta, Eva (compiladora), *Comunicación y educación: debates actuales desde un campo estratégico*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Huizi Castillo, Isabel (2014). "Cultura, artes, modernidad y democracia en el siglo xx venezolano: algunas reflexiones". En Bracamonte, Leonardo (coordinador), *El siglo xx venezolano: análisis y proyección histórica de una centuria*. Caracas: CELARG.
- Karam Cárdenas, Tanius (2014). "Para seguir celebrando: constantes y variantes en el pensamiento de Antonio Pasquali". En Bisbal, Marcelino y Cañizález, Andrés (editores), *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas*. Venezuela: UCAB.
- Kitzberger, Philip (2010). "Giro a la izquierda, populismo y activismo gubernamental en la esfera pública mediática en América Latina". Mimeo.
- Kornblith, Miriam (1996). "Crisis y transformación del sistema político venezolano: nuevas y viejas reglas de juego". En Álvarez, Ángel (compilador), *El sistema político venezolano: crisis y transformaciones*. Caracas: IEP-UCV.
- León, Terry (1981). *McLuhan en Venezuela*. Caracas: Ediciones Amón.
- León Duarte, Gustavo (2012). "Historia y comunicación en América Latina: el papel de Ciespal en el proceso de institucionalización de los estudios de la comunicación en América". En *MHJC*, vol. 12, n.º 3, pp. 217-261.
- Linarez, Pedro (2006). *Lucha armada en Venezuela*. Caracas: Universidad Bolivariana de Venezuela.
- López-Escobar, Esteban (1978). *Análisis del Nuevo Orden Internacional de la Información*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra.
- López Portillo, Felicitas (1986). *El perexjimenismo: génesis de las dictaduras de sarrollistas*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Maar, Wolfgang (2005). "Notas sobre la Teoría Crítica en Brasil". En *Revista Internacional de Filosofía Política*, n.º 26, pp. 45-51.
- Mangone, Carlos (2007). "Dimensión polémica y desplazamientos críticos en la teoría comunicacional y cultural". En *Cuadernos Críticos de Comunicación y Cultura*, n.º 2, Buenos Aires.
- Mannheim, Karl ([1929] 1966). *Ideología y utopía. Introducción a la sociología del conocimiento*. Madrid: Aguilar.
- Marcuse, Herbert ([1964] 1973). *El hombre unidimensional. Ensayo sobre la ideología de la sociedad industrial avanzada*. Ciudad de México: Joaquín Mor

tiz.

- Marques de Melo, José (1973). "Prefácio". En Pasquali, Antonio, *Sociologia e comunicação*. Petrópolis: Editora Vozes.
- Marques de Melo, José (2009). *Pensamiento comunicacional latinoamericano. Entre el saber y el poder*. Sevilla: Comunicación Social.
- Márquez Rodríguez, Alexis (1996). "La revista Zona Franca, 1964-1984". En *Cahiers du Criccal*, n.º 15-16, pp. 237-245.
- Martínez, Jesús (1970). "Para entender los medios: medios de comunicación y relaciones sociales". En *Cuadernos de la Realidad Nacional*, n.º 5, pp. 161-187.
- Mastrini, Guillermo y De Charras, Diego (2005). "20 años no es nada: del NOMIC a la CMSI". En *Anuario ININCO*, vol. 2, n.º 17.
- Mata, María Cristina (1981). "Investigar lo alternativo". En *Chasqui*, II Época, n.º 1, pp. 72-75.
- Mestman, Mariano (2016). "Las rupturas del 68 en el cine de América Latina. Contracultura, experimentación y política". En Mestman, Mariano (coordinador), *Las rupturas del 68 en el cine de América Latina*. Argentina: Akal.
- Moragas Spà, Miquel (2011). *Interpretar la comunicación*. España: Gedisa.
- Morán Beltrán, Lino y León del Río, Yohanka (2008). "Reflexiones en torno al pensamiento marxista de Ludovico Silva". En *Revista de Filosofía*, vol. 26, n.º 58, pp. 105-125.
- Moreno, Amado (2008). "Historia sociopolítica de la universidad y autonomía en Venezuela: rostros y máscaras". En *Educere*, vol. 41, n.º 12, pp. 351-377.
- Moreno Bravo, Eva (2008). "Estudio introductorio". En *Archivo General de la Nación* (dirección), *Documentos del Movimiento Revolucionario Venezolano, 1960-1979*. Caracas: Fundación Imprenta de la Cultura.
- Mosco, Vincent (2009). *The Political Economy of Communication*. Estados Unidos: Age Publications Inc.
- Mujica, Héctor ([1967] 2010). *El imperio de la noticia*. Venezuela: AVN.
- Mujica, Héctor (1973). *Apuntes para una sociología venezolana de la comunicación*. Caracas: UCV.
- Murciano, Marcial (1981). "El Informe MacBride: la búsqueda imposible del consenso entre norte/sur y este/oeste". En *Anàlisi*, n.º 3, pp. 109-119.
- Musse, Ricardo y Klein, Stefan (2018). "Um olhar sobre a teoria crítica no Brasil: entrevista com Gabriel Cohn". En *Tempo Social*, vol. 30, n.º 3, pp. 289-300.
- Negrón, José (2005). *Saber y poder. El proceso de renovación académica en la Escuela de Sociología y Antropología de la UCV (1967-1970)* (Tesis de gra

- do). Caracas: UCV.
- Núñez Tenorio, José ([1968] 2009). “Necesidad de una universidad nueva en Venezuela”. En Núñez Tenorio, José, *Renovar la renovación. Hacia la constituyente universitaria*. Venezuela: El Perro y la Rana.
- Núñez Tenorio, José (2009). *Renovar la renovación. Hacia la constituyente universitaria*. Venezuela: El Perro y la Rana.
- Olmedo, Silvia (2011). “Comprender la comunicación, de Antonio Pasquali”. En *Razón y Palabra*, n.º 75, pp. 1-31.
- Ortega, María Luisa (2016). “Mérida 68. Las disyuntivas del documental”. En Mestman, Mariano (coordinador), *Las rupturas del 68 en el cine de América Latina*. Argentina: Akal.
- Ortiz, Renato (1988). *A moderna tradição brasileira. Cultura Brasileira e Indústria Cultural*. São Paulo: Editora Brasiliense.
- Oszlak, Oscar (2004). “Privatización y capacidad de regulación estatal: una aproximación teórico-metodológica”. En AA. VV., *Política y gestión pública*. Buenos Aires: FCE.
- Ossott, María Eugenia (2010). 35 años del ININCO: su historia, vigencia y proyección. *Una perspectiva de la institución desde la óptica de sus directores* (Tesis de maestría). Venezuela: FH y E, UCV.
- Parker, Edwin ([1977] 1984). *Información es poder*. Caracas: ININCO/UCV.
- Peña, William (2013). “Luces y sombras en las telecomunicaciones y las TIC en los 14 años de Hugo Chávez”. En Bisbal, Marcelino (coordinador), *Saldo en rojo. Comunicación y cultura en la era bolivariana*. Venezuela: UCAB - Konrad Adenauer Stiftung.
- Petkoff, Teodoro (1969). *Checoslovaquia: el socialismo como problema*. Caracas: Domingo Fuentes.
- Petra, Adriana (2017). *Intelectuales y cultura comunista. Itinerarios, problemas y debates en la Argentina de posguerra*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Pineda de Alcázar, Migdalia (2010). “Antonio Pasquali: la vigencia de su pensamiento cuarenta años después”. En *Chasqui*, n.º 109, pp. 18-20.
- Pressler, Gunter (2006). Benjamin, Brasil: a recepção de Walter Benjamin, de 1960 a 2005. *Um estudo sobre a formação da intelectualidade brasileira*. São Paulo: Annablume.
- Quirós, Fernando (2013). “El debate sobre la información, la comunicación y el desarrollo en la UNESCO durante el siglo xx”. En *Commons*, pp. 7-38.
- Quirós, Fernando y Sierra Caballero, Francisco (editores) (2016). *El espíritu*

- MacBride. *Neocolonialismo, comunicación-mundo y alternativas democráticas*. Quito: Ediciones CIESPAL.
- Rama, Ángel (1976). *Salvador Garmendia y la narrativa informalista*. Caracas: UCV.
- Ramírez, Rafael (1981). *La intelectualidad impotente. Crítica de la obra de Ludovico Silva*. Caracas: UCV.
- Ramonet, Ignacio (2005). "Telesur". En *La Voz de Galicia*, publicado el 2 de agosto de 2015. Recuperado de https://www.lavozdeg Galicia.es/noticia/opinion/2005/08/02/telesur/0003_3949920.htm
- Rebolledo, Carlos (1967). "La Muestra de Mérida y los problemas del cine latinoamericano" (entrevista). En *Cine al Día*, n.º 4, pp. 15-17.
- Rey, José Ignacio (1976). "Políticas de comunicación y democracia". En *Comunicación*, n.º 10-11, pp. 4-14.
- Rey, José Ignacio ([1976] 1981). "El mensaje de McLuhan". En León, Terry (compilador), *McLuhan en Venezuela*. Caracas: Ediciones Amón.
- Rey, José Ignacio (1981). "Encuentro de Investigadores y Nuevo Orden Informativo Internacional". En *Comunicación*, n.º 30-31, pp. 32-40.
- Reyes Matta, Fernando (coordinador) (1983). *Comunicación alternativa y búsquedas democráticas*. Ciudad de México: ILET.
- Rodríguez, Cipriano; Villegas, Silvio y Reyes, Arminda (2000). *La UCV. Medio siglo de historia, 1950-2000*. Caracas: UCV.
- Rodríguez, Manuel (1975). *Tres décadas caraqueñas*. Caracas: Monte Ávila.
- Rojas, Rafael (2016). Traductores de la utopía. *La Revolución cubana y la nueva izquierda de Nueva York*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Roncagliolo, Rafael (1991). "América Latina y el NOMIC: ni viudas ni huérfanos". En Goicochea, Pedro (editor), *América Latina: las comunicaciones de cara al 2000*. Perú: IPAL.
- Safar, Elizabeth (2001). "La comunicación es uno de los grandes problemas morales de nuestra época" (entrevista). En *Anuario ININCO*, vol. 1, n.º 13.
- Safar, Elizabeth (2014). "Una constante en la obra de Antonio Pasquali: el Servicio Público de Radiotelevisión". En Bisbal, Marcelino y Cañizález, Andrés (editores), *Travesía intelectual de Antonio Pasquali. A propósito de los 50 años de Comunicación y cultura de masas*. Venezuela: UCAB.
- Saintout, Florencia y Díaz Larrañaga, Nancy (2003). "Mirada crítica de la comunicación en América Latina: entre el desarrollo, la dominación, la resistencia y la liberación". En Saintout, Florencia (editora), *Abrir la comunicación. Tradición y movimiento en el campo académico*. La Plata: Facultad

- de Periodismo y Comunicación Social.
- Saintout, Florencia (2011). “Los estudios socioculturales y la comunicación: un mapa desplazado”. En *ALA/C*, vol. 5, n.º 8-9, pp. 144-153.
- Saintout, Florencia (directora) (2015). *Los estudios de comunicación en Argentina. Consensos y disensos*. La Plata: Ediciones de Periodismo y Comunicación.
- Salinas, Raquel (1984). *Agencias transnacionales de información y el tercer mundo*. Quito: The Quito Times.
- Sánchez Narvarte, Emiliano (2020). Antonio Pasquali, *un itinerario intelectual transnacional: comunicación, cultura y política, 1958-1989* (Tesis doctoral). La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Sánchez Narvarte, Emiliano y Komissarov, Serguei (2019). “A noção de serviço público em Antonio Pasquali. Itinerário de um conceito”. En *EPTIC*, vol. 2, pp. 203-221.
- Sánchez Ruiz, Enrique (1992). *Medios de difusión y sociedad*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- Sánchez Ruiz, Enrique (2005). “Actualidad del Informe MacBride, a 25 años de su publicación”. En *Anuario ININCO*, vol. 1, n.º 17.
- Santaella, Juan Carlos (1992). *Manifiestos literarios venezolanos*. Caracas: Monte Ávila.
- Santoro, Eduardo ([1966] 1969). *La televisión venezolana y la formación de este reotipos en el niño*. Caracas: UCV.
- Sapiro, Gisèle (2017). *Los intelectuales: profesionalización, politización, internacionalización*. Villa María: Editorial Universitaria.
- Segnini, Yolanda (1995). *Historia de la cultura en Venezuela*. Caracas: Alfadil Ediciones.
- Serrano, Pascual (2006). “Diez días en Telesur”. En *Aporrea*, publicado el 4 de enero de 2006. Recuperado de <https://www.aporrea.org/actualidad/a18744.html>
- Shannon, Claude ([1948] 1957). “A Mathematical Theory of Communication”. En *Monograph B-1598*, diciembre, pp. 5-83.
- Silva, Josué (2007). “Teoria Crítica e sua recepção no Brasil”. En *Idéias*, vol. 14, pp. 134-147.
- Silva, Ludovico (1970). *Sobre el socialismo y los intelectuales*. Caracas: Bárbara.
- Silva, Ludovico ([1970] 1977). *La plusvalía ideológica*. Venezuela: EBUC.
- Silva, Ludovico ([1971] 1978). *Teoría y práctica de la ideología*. México: Nuestro Tiempo.
- Silva, Víctor Manuel (2009). “Teorías de la comunicación en América del Sur:

- historia, actualización y perspectivas”. En *Portal de la Comunicación*, In Com-UAB.
- Simpson Grinberg, Máximo (compilador) (1981). *Comunicación alternativa y cambio social* (I). América Latina. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Soares, Jorge (2010). “A recepção das idéias de Marcuse no Brasil”. Recuperado de <http://www.uta.edu/huma/illuminations/marcl.htm>
- Sousa Santos, Boaventura (2008). “Latinoamérica bipolar” (entrevista). En *La vaca*, publicado el 2 de junio de 2008. Recuperado de <https://www.lavaca.org/notas/boaventura-de-sousa-santos>
- Sucre, Guillermo (1968). “Primer aniversario”. En *Imagen*, n.º 24, pp. 2-3.
- Torres, Fidel y De los Reyes, David (2009). *Rompecabezas de una obra: Antonio Pasquali y su utopía comunicacional*. Caracas: UCAB.
- Torrico Villanueva, Erick (2016). *La comunicación pensada desde América Latina (1960-2009)*. Salamanca: Comunicación Social.
- Tremonti, Francisco (2000). “Proyecto de Ley de Telecomunicaciones”. En *Comunicación*, n.º 109, pp. 28-31.
- Vallina, Carlos (2015). *El tercer relato* (Tesis doctoral). La Plata: Facultad de Periodismo y Comunicación Social.
- Vandorpe, Yasmine (1996). “Sardio: un compromiso artístico y político”. En *Voz y Escritura*, n.º 6-7, pp. 26-39.
- Varela, Mirta (2010). “Intelectuales y medios de comunicación”. En Altamirano, Carlos (editor), *Historia de los intelectuales en América Latina (II). Los avatares de la “ciudad letrada” en el siglo xx*. Buenos Aires: Katz Editores.
- Velázquez, Ramón ([1976] 1979). “Aspectos de la evolución política de Venezuela en el siglo”. En AA. VV., *Venezuela moderna. Medio siglo de historia, 1926-1976*. España: Ariel.
- Villamediana, Carla (2002). “La prensa y el golpe: ¿conspiración militar o mediática?”. En *Comunicación*, n.º 119, pp. 58-63.
- Vivas Lacour, Carmen (2009). “El campo cultural venezolano en los años 50: un espacio abierto a la escritura”. En *Letras*, vol. 80, n.º 51, pp. 89-116.
- Wallerstein, Immanuel (coordinador) ([1996] 2006). *Abrir las ciencias sociales*. México: Siglo XXI.
- White, Robert (1989). “La teoría de la comunicación en América Latina”. En *Te los*, n.º 19.
- Wiener, Norbert ([1950] 1969). *Cibernética y sociedad*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Williams, Raymond ([1989] 1997). *La política del modernismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Wright Mills, Charles ([1956] 1960). *La élite del poder*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Zambrano, Nabor (1991). “A los medios estatales les salió su comisión de notables”. En *El Diario de Caracas*, edición del 5 de octubre de 1991.
- Zarowsky, Mariano (2013). *Del laboratorio chileno a la comunicación-mundo. Un itinerario intelectual de Armand Mattelart*. Buenos Aires: Biblos.
- Zarowsky, Mariano (2017). *Los estudios en comunicación en Argentina*. Buenos Aires: Eudeba.